



Papaíto **PIERNAS LARGAS**

Jean Webster



LIBRESA

Material protegido por derechos de autor

MIÉRCOLES NEGRO

El primer miércoles del mes era un día terrible. Así, con mayúsculas. Un día que había que esperar con temor, soportar con coraje y olvidar con prisa. Los pisos debían estar immaculados, las sillas, sin una partícula de polvo y las camas sin la más mínima arruga. Noventa y siete movedizos huerfanitos debían ser lavados, peinados y enfundados en limpios delantales de algodón a cuadritos, además de tener que recordarles sus buenos modales y que debían responder "Sí, señor", "No, señor", cada vez que alguno de los síndicos del orfanato les dirigieran la palabra.

Era una ardua jornada, sí, y a la pobre Jerusha Abbott, por ser la mayor de todos aquellos huérfanos, le tocaba siempre la peor parte. Al igual que los precedentes, este primer miércoles en que comienza nuestra historia llegó a su término y Jerusha pudo por fin escapar de la despensa, donde había estado ocupada haciendo sandwiches para las visitas del asilo, y encaminarse al piso de arriba para cumplir con su tarea de todos los días. Se hallaba bajo su especial cuidado el Cuarto F, donde once chiquilines de entre siete y once años ocupaban once camitas dispuestas en hilera. Jerusha reunió a sus huerfanitos, les alisó sus deslucidos delantales, les sonó las narices y los hizo marchar a paso vivo y en ordenada fila hasta el comedor, donde por espacio de una bendita media hora la dejarían descansar, ocupados como estarían con su leche y su budín de ciruelas.

La muchacha se desplomó entonces en el asiento de la ventana y recostó sus sienes ardientes contra el vidrio fresco. Estaba en pie desde las cinco de la mañana, a las órdenes de todo el mundo, soportando los regaños y los apurones de la nerviosa directora. No siempre la señora Lippett guardaba, de puertas adentro, aquella calma y pomposa dignidad de que hacía gala frente a una reunión de síndicos o de damas visitantes. Por la ventana Jerusha alcanzaba a ver, tras el enrejado de hierro que marcaba el límite del asilo, un amplio trecho de césped cubierto de hielo. Más lejos se divisaban las colinas ondulantes, sembradas de importantes residencias de campo, y más lejos aún, las torrecitas del pueblo elevándose por detrás de los árboles desnudos.

El día había terminado y, hasta donde ella había podido comprobar, con el mayor éxito. Tanto los síndicos como la comisión visitante habían efectuado sus rondas habituales y leído sus informes. Y después de tomar el té con que siempre los agasajaba el asilo, se apresuraron a regresar a sus cómodos hogares, alegres y calentaos, y allí olvidarse cuanto antes de sus fastidiosos huerfanitos hasta el próximo mes.

Jerusha se asomó a la ventana para observar con curiosidad —y un dejo de tristeza— la hilera interminable de coches y automóviles que salía por los portales del asilo. Con el pensamiento se puso a seguir primero un carruaje, después otro, hasta las grandes mansiones de las colinas. Se imaginó a sí misma con abrigo de piel y sombrero de terciopelo adornado de plumas, recostándose en el asiento trasero de uno de ellos como la cosa más natural del mundo mientras murmuraba al cochero: "A casa". Sin embargo, al llegar al umbral de la casa elegida, el cuadro se hacía borroso.

Jerusha tenía imaginación, ¡vaya si la tenía! Una imaginación que, al decir de la señora Lippett, le traería dificultades si no se cuidaba. Sin embargo, por activa que fuese su fantasía, no podía llevarla más allá de los pórticos de las casas en las que habría deseado penetrar. La pobre muchacha, sedienta de vida y de aventuras, jamás en sus diecisiete años de existencia había entrado en una casa de verdad. Y le era imposible imaginar la rutina cotidiana de aquellos seres cuyas vidas no se veían incomodadas por huérfano alguno.

¡Je-ru-sha A-bbott
Te ne-ce-si-tan
En la di-rec-ciún
Y me pa-re-ce
Que harías mejor
En a-pu-rar-te!

Tommy Dillon, que acababa de unirse al coro, subió cantando las escaleras y su canturreo se hizo cada vez más alto al acercarse al Cuarto F.

Haciendo un esfuerzo, Jerusha se apartó de la ventana y volvió a las tribulaciones de la vida.

—¿Quién me llama? —preguntó, interrumpiendo con una nota de aguda inquietud la cantata de Tommy.

La señora Lippett, en la dirección Y creo que está... ¡e-no-ja-da! ¡A-a-mén!

entonó piadosamente Tommy. Pero su tono no era del todo travieso, ya que hasta el más encallecido huerfanito se compadecía cuando una compañera era hallada en falta y convocada a la dirección por una directora de mal humor. Y Tommy quería a Jerusha, a pesar de que ella solía agarrarlo bruscamente del brazo y poco menos que arrancarle casi la nariz de tanto sonársela.

Jerusha marchó sin comentarios, pero con dos arrugas paralelas en la frente. "¿Qué puede haber salido mal? —se preguntaba—. ¿Será que no corté bastante delgado el pan para los sandwiches? ¿O habrán aparecido algunas cáscaras en las masitas de nuez? Puede que alguna de las damas visitantes haya visto el agujero en la media de Susie Hawthorne ¿O quizás... ¡horror! algún 'angelito de Dios' habrá regado a un síndico?"

Las luces del largo hall de la planta baja no estaban encendidas y, al bajar la escalera, Jerusha vio a un último síndico que, parado ante la puerta abierta que daba a la cochera, se disponía a partir. Sólo tuvo de él una visión fugaz, y la impresión podía resumirse en dos palabras: "alta estatura". Aquel hombre alto agitaba el brazo en dirección a un automóvil que aguardaba en el camino de acceso. Al ponerse el vehículo en movimiento, los faros rutilantes proyectaron contra la pared, por un instante nomás, pero bien nítida, la sombra del individuo. Y la sombra dibujó unas piernas grotescamente largas que se extendían por todo el suelo y subían por la pared del corredor. "Parece un enorme y vacilante papaíto-piernas-largas", pensó Jerusha, asociando la imagen con la de la araña de cuerpo chico y patas largas conocida entre ellos con ese nombre.

Muy pronto, una repentina sonrisa reemplazó al ceño adusto de la muchacha. Es que Jerusha era una chica de genio alegre por naturaleza que sabía aprovechar la menor excusa para divertirse. Y si uno podía extraer una pequeña diversión del deprimente hecho representado por un síndico, ¡ya podía decirse que tenía suerte!

Al acercarse a la dirección, muy reconfortada por el pequeño episodio, Jerusha pudo exhibir ante la señora Lippett un rostro sonriente. Con gran sorpresa vio que también la directora estaba, si no precisamente sonriente, al menos afable. Su expresión era casi como la que reservaba para las visitas.

—Siéntate, Jerusha. Tengo algo que decirte... —Jerusha se dejó caer sobre la silla más próxima y esperó con un dejo de ansiedad. Un automóvil que partía iluminó la sala al pasar por la ventana. La señora Lippett le echó una mirada y preguntó a la muchacha: —¿Te fijaste en el caballero que acaba de partir?

—Alcancé a verlo de espaldas.

—Es uno de nuestros síndicos más adinerados y ha donado fuertes sumas para el

mantenimiento del asilo. No estoy autorizada a revelar su nombre y él ha estipulado muy especialmente que deseaba mantenerse en el anonimato.

Los ojos de Jerusha se abrieron de sorpresa; no estaba acostumbrada a que la llamaran a la Dirección para discutir con las autoridades las excentricidades de los síndicos.

—Este señor ya se ha interesado por varios de nuestros muchachos. ¿Te acuerdas de Charles Benton y de Henry Frieze? Ambos fueron enviados a la universidad gracias a la generosidad del señor... de este síndico, y ambos han retribuido con mucho trabajo y éxitos el dinero gastado en ellos con tanto desinterés. El caballero no desea otra recompensa. Hasta ahora su filantropía se ha dirigido exclusivamente a los varones; nunca logré interesarlo por ninguna de las chicas de la institución, por merecedoras que fueran. Puedo decírtelo: no le gustan las chicas.

—No, señora —murmuró Jerusha, ya que al llegar la conversación a ese punto parecía esperarse de ella alguna respuesta.

—Hoy, en el curso de la sesión ordinaria, se trató el asunto de tu porvenir.

La señora Lippett dejó transcurrir un momento de silencio; luego reanudó el discurso con tono lento y plácido, exasperante para los nervios de la que escuchaba, ahora en súbita tensión.

—Sabes que lo usual es no conservar a los chicos en el instituto después de los dieciséis años y que tu caso constituyó una excepción. A los catorce terminaste aquí los estudios, y dado que tu desempeño había sido tan meritorio —aunque no siempre tu conducta—, se resolvió permitir que asistieras a la escuela secundaria del pueblo. Ahora que ya estás por terminarla, el asilo no puede seguir haciéndose cargo de tu mantenimiento, puesto que has usufructuado de él dos años más que la mayoría.

Aquí la señora Lippett omitió mencionar que Jerusha había trabajado muy duro para ganarse la pensión durante esos dos años, que la conveniencia del asilo siempre había tenido prioridad sobre su educación, y que, en días como ése, la hacían quedar adentro para fregar.

—Como te decía, se discutió la cuestión de tu futuro y tus antecedentes. Y a fondo —añadió con tono solemne.

La directora volvió sus ojos acusadores hacia la prisionera sentada en el banquillo y la "imputada" puso cara de culpable, tan sólo porque eso parecía ser lo que la otra esperaba y no porque recordara ninguna hoja demasiado negra en su legajo.

—Por supuesto, la disposición habitual en un caso como el tuyo sería colocarte en algún empleo donde pudieras comenzar a bastarte por ti misma; aprobaste muy bien ciertas materias y parece que tu trabajo en redacción ha sido brillante. La señorita Pritchard, que está en la Comisión de Visitas, pertenece también a nuestro Consejo Escolar. Dado que estuvo hablando de ti con tu profesora de retórica, hizo un alegato muy elogioso en tu favor. También leyó en voz alta un ensayo que habías titulado Miércoles negro.

Esta vez, la expresión culpable de Jerusha no fue simulada.

—Por mi parte, pensé que mostrabas muy poca gratitud al ridiculizar a la institución que tanto ha hecho por ti. Si no te las hubieras arreglado para ser graciosa, dudo mucho que se te hubiera perdonado. Y tuviste la suerte de que el señor..., es decir, el caballero que se acaba de ir, pareciera tener un ilimitado sentido del humor. ¡Basado en esa composición impertinente, ofreció mandarte a la universidad!

—¿A la universidad? —respondió Jerusha abriendo muy grandes los ojos.

La señora Lippett asintió.

—Este señor, después de que los demás se hubieron marchado, se demoró para tratar conmigo las condiciones, que son bastante insólitas. Debo admitir que se trata de un caballero algo excéntrico. Cree que tienes originalidad y quiere educarte para que llegues a ser escritora.

—¿Escritora? —Jerusha sentía la mente como embotada. No podía hacer otra cosa que repetir como un eco las palabras de la señora Lippett.

—Ése es su deseo. El futuro dirá si su idea dará o no resultado. Te ha asignado una mensualidad muy generosa; yo diría que demasiado generosa para una muchacha como tú, sin experiencia alguna en la administración del dinero. Sin embargo, como él ya había proyectado el asunto con todo detalle, no me sentí autorizada para hacer sugerencia alguna. Deberás quedarte aquí este verano y la señorita Pritchard se ofreció para dirigir la compra de tu guardarropa. La pensión, matrículas y costo de la enseñanza serán pagados directamente a la universidad y durante los cuatro años que pases allí recibirás, además, una mensualidad de treinta y cinco dólares. Esto te permitirá mantenerte en el mismo tren que las demás estudiantes. El dinero te será enviado por el secretario privado de este caballero, una vez por mes, y tú escribirás una carta mensual acusando recibo. Es decir, no se trata de que le agradezcas el dinero. Tal cosa no le interesa al señor en lo más mínimo. Tu carta consignará los progresos que hagas en los estudios y los detalles de tu vida cotidiana. Una carta como la que escribirías a tu padres, si vivieran. "Estas cartas las dirigirás al Sr. John Smith y serán enviadas a nombre del secretario. El señor no se llama John Smith, pero prefiere permanecer en el incógnito. Para ti no será nunca otra cosa que John Smith. El motivo de que ese caballero exija estas cartas es que él cree que nada fomenta tanto la facilidad de escribir como el estilo epistolar. Y ya que no tienes familia con quien mantener correspondencia, desea que suplas así esa carencia. Nunca contestará tus cartas ni las tendrá en cuenta en forma alguna. Detesta escribir y no quiere que te conviertas en una fastidiosa obligación. Si llegara a presentarse una situación que hiciera imperativa una respuesta — como el caso hipotético de una expulsión (que espero no se presente)—, puedes dirigirte al señor Griggs, el secretario. Estas cartas mensuales son estrictamente obligatorias. Es el único pago que el señor exige, de manera que debes cumplir en forma escrupulosa con ese requisito, como si se tratara de una cuenta que adeudaras. Espero que el tono de tus cartas sea siempre respetuoso y haga honor a tu educación. Debes recordar siempre que estás escribiendo a un síndico del Hogar John Grier.

Los ojos de Jerusha miraban la puerta con ansias. Sentía la cabeza como un remolino y lo único que deseaba en aquel momento era escapar de las trivialidades de la señora Lippett para poder pensar. Al ponerse de pie, dio un paso atrás como para probar fortuna. La directora la detuvo con un gesto. No era cosa de perderse aquella oportunidad única de lucir sus dotes oratorias.

—Espero que guardes la debida gratitud por esta preciosa fortuna que te ha tocado en suerte. No son muchas las chicas en tu situación a quienes se les ofrece semejante oportunidad de elevarse en el mundo. Debes recordar siempre que...

—Yo... Sí, señora, muchas gracias... Creo que, si ha terminado usted, tengo que ir a coser un remiendo en el pantalón de Freddy Perkins.

La puerta se cerró tras ella, mientras la señora Lippett la miraba boquiabierta y con su perorata en el aire.

LAS CARTAS DE JERUSHA ABBOTT
AL SEÑOR PAPAÍTO - PIERNAS - LARGAS SMITH

Fergusson Hall 215
24 de septiembre

Querido y bondadoso síndico que manda huérfanos a la universidad:

¡Aquí estoy, por fin! Ayer viajé cuatro horas en tren. ¿No es una sensación curiosísima? Era la primera vez que me subía a uno.

En cuanto a la universidad, es el sitio más enorme y desconcertante que haya soñado jamás. Me pierdo cada vez que salgo de mi cuarto. Más adelante, cuando esté menos confundida, le enviaré una descripción completa. También le contaré de las clases, que no empiezan sino hasta el lunes por la mañana y ahora estamos a sábado por la noche. Sólo quería escribirle una carta en seguida para trabar conocimiento con usted.

Produce una sensación muy rara escribir a alguien a quien no se conoce. Me parece raro, de todos modos, estar escribiendo una carta, ya que en toda mi vida no he escrito más de tres o cuatro. Le ruego, pues, que perdone si las que le envió no son precisamente un modelo de estilo.

Ayer a la mañana, antes de partir, la señora Lippett mantuvo conmigo una conversación muy seria. Me indicó cómo debía portarme por todo el resto de mi vida y sobre todo cómo portarme con el bondadoso caballero que tanto hace por mí. O sea que tengo que ser "sumamente respetuosa".

¿Pero cómo diablos sentirse respetuosa con una persona que quiere que la llamen John Smith? ¿Por qué no habrá elegido un nombre con un poquitito más de personalidad? Tanto valdría escribirle al "Querido Poste del Telégrafo" o al "Querido Buzón de la Esquina".

Todo el verano pensé mucho en usted. Tener alguien que se interese por mí me hace sentir casi como si hubiera encontrado una especie de familia, como si ahora perteneciera a alguien. Y le aseguro que me resulta una sensación muy reconfortante. Debo confesar, sin embargo, que cuando pienso en usted, cuento con muy poco material que mi imaginación pueda elaborar. Hay sólo tres cosas que sé con certeza:

I. Usted es alto.

II. Usted es rico.

III. Usted odia a las chicas.

Podría llamarlo "Querido Odiador de Chicas", sólo que eso resultaría insultante para mí. O "Querido Sr. Rico", lo cual sería insultante para usted, como si ser rico fuera su única cualidad importante. Además, ser rico es una contingencia puramente exterior. Podría suceder que no siga usted siendo rico toda su vida. Muchos hombres muy inteligentes se arruinan todos los días en la Bolsa. Pero que es alto... sí, eso seguirá siéndolo toda la vida. De modo que he decidido llamarlo "Querido Papaíto-Piernas-Largas". Espero que no tenga usted inconveniente. Será un sobrenombre particular y quedará entre nosotros. No le diremos nada a la señora Lippett.

En dos minutos va a sonar la campana de las diez. Nuestra jornada está dividida en secciones por medio de campanadas. Comemos, dormimos y estudiamos al son de las

campanas. Resulta muy estimulante. Me hace sentir todo el tiempo como un caballo de bomberos. ¡Ahí sonó la campana! Hay que apagar las luces... ¡Buenas noches!

Le ruego observe con qué precisión obedezco los reglamentos. Eso se debe a mi formación en el asilo John Grier.

*Suya, muy respetuosamente,
Jerusha Abbott*

1 ° de octubre

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

Adoro la universidad y lo adoro a usted por haberme mandado aquí. Estoy muy, pero muy feliz y casi no puedo dormir de tanta excitación que reina en cada momento de la vida universitaria. No puede usted imaginarse la diferencia entre esto y el asilo John Grier. En mi vida soñé que existiese en el mundo un lugar como éste. Siento compasión por cualquiera que no sea una chica y por lo tanto se vea impedido de venir aquí. Seguro que no era tan precioso el colegio a donde fue usted de chico.

Mi cuarto está en una torre que era el pabellón de enfermos contagiosos antes de que se construyera la enfermería nueva. En el mismo piso hay sólo tres chicas más: una sénior (son las estudiantes de cuarto año) que usa anteojos y se pasa la vida pidiéndonos por favor que hagamos un poco menos de barullo, y dos freshmen (estudiantes de primer año) de nombres Sallie McBride y Julia Rutledge Pendleton. Sallie es pelirroja, de nariz respingada y simpatiquísima; Julia pertenece a una de las principales familias de Nueva York y todavía no se ha dignado mirarme siquiera. Las dos comparten el cuarto y la sénior y yo tenemos cuartos solas. No es frecuente que las freshmen consigan cuartos individuales, pero yo lo logré sin solicitarlo siquiera. Supongo que a la empleada encargada de la inscripción no le pareció indicado que una chica criada normalmente compartiese la habitación con una expósita. ¿Ve usted cómo rodo en este mundo tiene sus compensaciones?

Mi cuarto queda en la esquina noroeste y tiene dos ventanas con una magnífica vista. Cuando se ha vivido durante dieciocho años en un pabellón compartido con veinte compañeras, estar sola resulta muy descansado. Le aseguro que ésta es la primera oportunidad que se me ofrece de trabar conocimiento con Jerusha Abbott. Me parece que me va a gustar... ;Y a usted?

Martes

Están organizando el equipo de básquet y tengo alguna chance de que me incluyan en él. Soy chiquita, es verdad, pero muy rápida y fuerte, y movediza como una ardilla. Mientras las demás jugadoras se quedan saltando por el aire, yo me escurro por debajo de sus pies y me apodero de la pelota. ¡Y cuánto disfruto con los entrenamientos!... El campo de deportes, por las tardes, es una pintura, con sus árboles de otoño de tonos rojizos y amarillos y el aire impregnado del olor a hojas quemadas. Y todo el mundo riendo y gritando. Estas chicas son las más alegres y felices que he visto en mi vida... ¡y yo, la más feliz de todas! Pensaba escribirle largo y tendido y contarle de todas las cosas que estoy aprendiendo (la señora Lippett me dijo que usted quiere saberlas), pero ya sonó la campana de la séptima hora y en diez minutos tengo que presentarme en la cancha de básquet con ropa de gimnasia... ¿Verdad que usted desea que me incluyan en el equipo?

P. D. (9 de la noche).

Sallie McBride acaba de asomar la cabeza a mi puerta y ¿sabe usted qué me dijo?

Pues lo siguiente: "Extraño tanto mi casa que no lo puedo soportar. ¿No te pasa lo mismo?".

Yo le sonreí y le dije que no, que no extrañaba tanto, que creía poder tolerarlo. ¡He aquí una enfermedad que me he ahorrado: la nostalgia! No me dirá usted que alguien tuvo alguna vez nostalgia de un asilo, ¿verdad que no?

10 de octubre

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

¿Ha oído hablar alguna vez de Miguel Ángel?

Fue un artista famoso que vivió en Italia durante el Renacimiento. Todas mis compañeras del curso de literatura inglesa parecían estar bien enteradas y la clase entera se divirtió en grande porque yo creía que era un arcángel. ¿Pero acaso no es cierto que el nombre suena como el de un arcángel? Lo malo de la universidad es que todo el mundo da por sentado que uno sabe cosas de las que no ha oído hablar en la vida. Eso me suele poner en aprietos, pero ya aprendí: lo que debo hacer cuando las chicas hablan de algo que no sé es quedarme muy calladita y buscarlo después en la enciclopedia.

El primer día metí la pata de una manera horrorosa. Alguien habló de Maurice Maeterlinck y yo pregunté si era estudiante de primer año. El chiste ya corrió por todo el colegio. Pero no me importa nada, porque me considero tan inteligente como cualquiera de las chicas y más que algunas.

¿Le interesa saber cómo amueblé mi cuarto? Es toda una sinfonía en marrón y amarillo. Como las paredes estaban pintadas de color gamuza, compré cortinas y almohadones amarillos de sarga y un escritorio de caoba (de segunda mano, por tres dólares), un sillón de mimbre y una alfombra marrón con una mancha de tinta en el medio. Pongo el sillón tapando la mancha y todo queda precioso.

Las ventanas son muy altas, de modo que no se puede mirar hacia afuera desde un asiento común. Entonces se me ocurrió desatornillar el espejo de la cómoda, después tapicé la parte de arriba y la aseguré a la pared justo como para un asiento de ventana. Sacando los cajones de la cómoda se forman escalones, y se puede subir con facilidad hasta el asiento y mirar para afuera... ¡Fantástico!

Sallie McBride me ayudó a elegir todo en el remate que las seniors acostumbran a hacer cuando terminan sus estudios. Sallie vivió toda su vida en una casa y sabe mucho de muebles y decoración. No se imagina usted el placer que siento haciendo compras, pagando con un verdadero billete de cinco dólares y recibiendo el vuelto, yo, que no he tenido en mi vida más que unos centavos en el bolsillo del delantal. Le aseguro, Papaíto querido, que valoro como es debido esa mensualidad que me asigna.

Sallie es la persona más entretenida del mundo y Julia Rutledge Pendleton la más aburrida. Es extraño los errores que puede cometer la empleada de inscripciones en materia de compañeras de habitación. A Sallie todo le parece divertido, hasta los bochazos o los ceros, y a Julia todo le aburre. Nunca hace el esfuerzo por ser amable. Cree que el solo

hecho de ser una Pendleton le asegura la admisión en el cielo sin examen previo. Julia y yo nacimos para ser enemigas.

Supongo que ya estará usted impaciente por saber lo que estoy estudiando, ¿eh? Bueno, ahí va:

I. Latín: Segunda Guerra Púnica. Anoche, Aníbal y sus huestes montaron campamento en el Lago Trasimeno. Prepararon una emboscada a los romanos y la batalla tuvo lugar a la cuarta hora de esta mañana. Los romanos, en retirada.

II. Francés: Veinticuatro páginas de Los tres mosqueteros y los verbos irregulares de la tercera conjugación.

III. Geometría: Hemos terminado con los cilindros y ahora estamos estudiando los conos.

IV. Inglés: Estudiamos el arte de la exposición. Mi estilo mejora día a día en claridad y concisión.

V. Fisiología: Estamos con el sistema digestivo. La próxima vez, bilis y páncreas.

*Suya, en vías de adquirir una educación,
Jerusha Abbott*

P. D. Espero que no toque nunca el alcohol, ¿eh, Papaíto? Hay que ver las cosas que le puede hacer a su hígado...

Miércoles

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

Me cambié de nombre.

Sigo figurando como "Jerusha" en el registro, pero soy "Judy" para todo lo demás. ¡Es demasiado tener que renunciar a guardarse para sí el único sobrenombre que una tuvo jamás! Claro que lo de Judy no fue invento mío, sino que así me llamaba Freddy Perkins antes de aprender a hablar bien.

Ojalá la señora Lippett tuviera más ingenio en materia de nombres para los bebés que llegan al asilo. Los apellidos los saca de la guía del teléfono (encontrará usted Abbott en la primera página); los nombres de pila los saca de cualquier parte. Jerusha lo tomó de una lápida del cementerio. Siempre odié ese nombre, pero Judy me gusta. ¡Es un nombre tan tonto! Corresponde a la clase de chica que yo precisamen-te no soy: una criaturita dulce, de ojos azules, mimada por toda la familia, que pasa por la vida jugando sin ninguna preocupación. ¡Qué lindo si una fuera así!... Cualquiera sea el defecto que se me pueda encontrar, ¡nadie podrá acusarme nunca de haber sido mimada por mi familia! Pero es divertido fingir que lo fui, de modo que, de ahora en adelante, le ruego llamarme Judy.

¿Quiere que le diga una cosa? ¡Tengo tres pares de guantes de cabritilla! He tenido mitones antes, que me ponían en el árbol de Navidad, pero nunca guantes de verdad, con cinco dedos en cada mano. A cada rato me los pruebo y me los vuelvo a quitar.

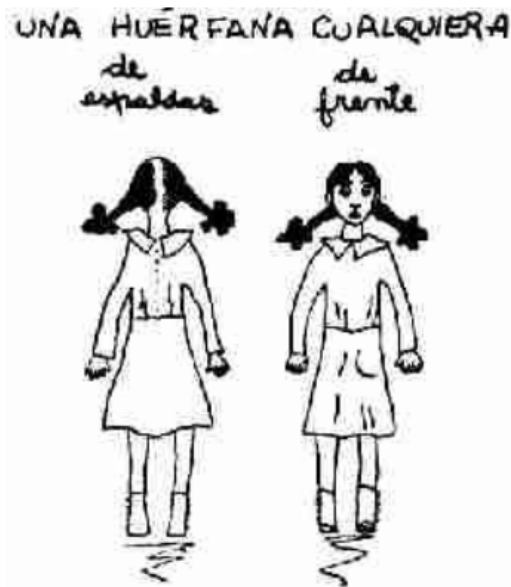
Es lo único que puedo hacer... ¡como no sea usarlos para ir a clase!

Ahí suena la campana de la hora de acostarse. Adiós.

Viernes

¿Qué le parece, Papaíto? La profesora de inglés opina que mi última composición acusa "un poco común nivel de originalidad".

Le aseguro que ésas fueron sus palabras textuales. Parece imposible, ¿verdad?, teniendo en cuenta mi formación de estos dieciocho años, ya que el objetivo



del asilo John Grier (como sin duda usted lo sabe y lo aprueba) es convertir a sus noventa y siete huérfanos en otros tantos gemelos.

En cuanto al talento artístico que despliego ante sus ojos, Papaíto, debe de haberse desarrollado en mi tierna infancia a fuerza de hacer con tiza caricaturas de la señora Lippett en la puerta de la leñera.

Espero que no se sienta ofendido cuando critico así el hogar de mi infancia, por favor. Pero usted tiene la sartén por el mango y, si me pongo demasiado impertinente, siempre puede interrumpir el envío de sus cheques. Esto no es muy cortés de mi parte, pero no puede usted esperar que tenga buenos modales, puesto que, como bien sabe, un asilo de huérfanos no es precisamente una escuela de señoritas.

Hablando de otra cosa, Papaíto, creo que no va a ser el estudio lo que me haga difícil la universidad, sino los recreos. La mitad del tiempo no sé de qué hablan las otras chicas. Todas sus bromas y chistes parecen referirse a un pasado que han compartido todas menos yo. Soy una extranjera en el mundo y no entiendo el idioma que se habla. Es una sensación penosa... y la he sentido toda mi vida. En la escuela secundaria del pueblo las chicas iban en grupos y me miraban. Me encontraban distinta, les parecía rara y todas tenían conciencia de ello. Yo me sentía como si las palabras "Asilo John Grier" hubieran estado escritas en mi cara. De pronto algunas almas caritativas se sentían obligadas a acercarse y decirme algo amable. Las odiaba a todas, se lo aseguro. A las caritativas más que a ninguna.

Aquí nadie sabe que me crié en un asilo. A Sallie le dije que mis padres habían muerto y que un anciano y bondadoso caballero me costeaba los estudios. Todo lo cual es estrictamente exacto. No quisiera que pensara usted que soy cobarde, pero de veras quiero aparecer igual a las otras chicas, y el Terrible Asilo se aparece amenazador en mi pasado es justamente la gran diferencia entre ellas y yo. Si yo fuera capaz de volver la espalda a ese

hecho y borrar su recuerdo, creo que me convertiría en un elemento deseable del colegio, por lo menos tan deseable como el resto de las chicas. No creo que en el fondo haya ninguna gran diferencia... ¿A usted qué le parece? Sea como fuere, a Sallie McBride le gusto.

*Siempre suya
Judy Abbot
(antes Jerusha)*

Sábado por la mañana

Releí esta carta y no la encuentro muy alegre que digamos. ¿Fue usted capaz de adivinar que tengo un monografía especial que entregar el lunes por la mañana, sin contar un parcial de geometría y un resfrío con estornudos que no paran?

Domingo

Como ayer me olvidé de echar esta carta al correo puedo agregar una posdata llena de indignación. Esta mañana oímos en la capilla el sermón de un obispo y... ¿qué cree usted que nos dijo?

"La promesa más beneficiosa que nos hace la Biblia es la siguiente: Los pobres están siempre con nosotros. Fueron puestos en el mundo a fin de que nos mantengamos caritativos."

Hablando de pobres, véame usted como una especie útil de animal doméstico. Si últimamente no me hubiera convertido en una señorita tan bien educada, me habría acercado a él después de terminar el servicio religioso y le habría dicho bien claro mi opinión.

25 de octubre

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

He sido admitida en el equipo de básquet y debería haber visto el moretón que me hice en el hombro izquierdo. Azul y caoba, con pequeñas vetas anaranjadas. Julia Pendleton trató de entrar y no la aceptaron. ¡Hurra!



¡Ya ve usted qué alma mezquina la mía!

El colegio se está poniendo cada vez mejor. Me gustan las chicas, los maestros, las clases, los parques y la comida. Nos dan helado dos veces por semana y nunca, nunca, pastel de maíz.

Usted quería que le escribiera una vez por mes, ¿no es así? ¡Y aquí me tiene, acribillándolo a cartas cada tres o cuatro días! Pero estoy tan emocionada con tantas novedades y aventuras, que tengo por fuerza que hablar con alguien y usted es la única persona que conozco. Por favor, perdóneme si me exalto. Ya me voy a serenar dentro de muy poco. Si mis cartas lo aburren, siempre le queda el recurso de tirarlas al cesto de papeles.

Le prometo que no le voy a escribir otra carta hasta mediados de noviembre.

*Su siempre locuaz
Judy Abbott*

15 de noviembre

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

La superficie del tronco de una pirámide regula es igual a la mitad del producto de la suma de los perímetros de sus bases por la altura de cualquiera de sus trapezoides.

No parece cierto, pero lo es. Y puedo demostrárselo.

Nunca le conté nada de mi ropa, ¿verdad Papaíto? Seis vestidos, todos nuevos y preciosos comprados especialmente para mí, no heredados de alguien mayor que yo. Quizá usted no se dé cuenta del punto culminante que tal cosa representa en la vida de una huérfana. Y es usted quien me ha dado todo esto, de modo que le estoy muy pero muy agradecida. Es muy hermoso recibir educación, pero no hay nada que se compare con el vértigo de poseer seis vestidos nuevos. Me los eligió miss Pritchard que es de la Comisión de Visitas, y gracias a Dios que no encomendaron la tarea a la señora Lippett.

Tengo un traje de baile de muselina rosa con enagua de seda (me queda precioso), un traje azul como para ir a la iglesia, un vestido de comida de tul rojizo con adornos orientales (con ése parezco una gitana), otro de lanilla rosa, un traje gris de calle y dos vestidos para diario, que uso para ir a las clases. Tal vez esto no constituya un gran guardarropas para Julia Rutledge Pendleton, pero para la pobrecita Jerusha Abbott... ¡Dios de mi vida!

Me imagino que estará pensando lo frívola y hueca que soy, y en el despilfarro que representa educar a una chica, ¿no?

Pero, Papaíto mío, si usted hubiera pasado toda una vida enfundada en un delantal de algodón a cuadritos, se daría cuenta de mis sentimientos en la actualidad. Y cuando entré en la escuela secundaria empezó una etapa peor aún que la del algodón a cuadritos: la de los vestidos heredados.

No se puede imaginar con qué terror me presentaba en la escuela llevando aquellos desdichados vestidos del baúl de pobres. Siempre estaba segura de que en la clase me sentarían al lado de la ex dueña del vestido que yo llevaba ese día y que la chica en cuestión se lo susurraría con risitas a las demás. Le aseguro, Papaíto, que la amargura de usar los vestidos descartados por su peor enemiga le corroe a una el alma. Aunque pudiera usar medias de seda el resto de mi vida, no creo que esa cicatriz llegara a borrarse.

ÚLTIMO BOLETÍN DE GUERRA

Noticias del teatro de la acción

En la cuarta hora del jueves 13 de noviembre, Aníbal diezmó la avanzada de los romanos y condujo a las fuerzas cartaginesas a través de la montaña hasta los llanos de Casilinio. Una división de númeridas con armas ligeras se trabó en lucha con la infantería de Quinto Fabio Máximo. Se sucedieron dos batallas y algunas escaramuzas. Los romanos, rechazados con numerosas bajas.

Tengo el honor de ser su corresponsal especial desde el frente de batalla.

J. Abbott

P. D. Sé que no debo esperar contestación alguna a mis cartas y me han advertido que no tengo que fastidiarlo con preguntas, pero dígame, Papaíto, por favor, por esta vez solamente... ¿Es usted muy viejo o sólo un poquitito viejo? ¿Y es completamente calvo o sólo un poquitín?... Me resulta muy difícil pensar en usted en abstracto, como si se tratara de un teorema de geometría.

Dado que se trata de un altísimo hombre rico que odia a las chicas, pero que es sumamente generoso para con una impertinente muchachita, ¿cómo es este bendito señor?

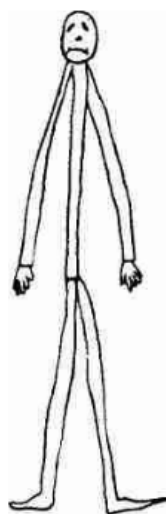
R. S. V. P. (Répondez, s'il-vous-plait.) Responda, por favor.

19 de diciembre

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

Nunca contestó mi pregunta. ¡Y era tan importante!

¿ES USTED CALVO?



Tengo una idea perfecta de cómo es usted, y a mi entera satisfacción, hasta que llego a la punta de la cabeza. Ahí me quedo en suspenso. No puedo decidir si le agrego pelo blanco, negro o gris, o tal vez no le pongo pelo en absoluto.

Ahí tiene usted su retrato. ¿Le gustaría saber de qué color son los ojos? Son grises, y las cejas sobresalen como un alero. En cuanto a la boca, la nene como una línea recta con tendencia a descender en las comisuras. Ya ve qué bien enterada estoy. Por lo que a la boca se refiere, he decidido que usted es un viejo enérgico, de muy mal genio.

(Ahí está la campana de la capilla.)

(9:45 de la noche.)

Me he impuesto una regla inviolable: no estudiar de noche, nunca jamás, por más pruebas escritas que rengamos a la mañana siguiente. En cambio, leo libros comunes, no de estudio. Tengo que hacerlo, ¿sabe, Papaíto?, ya que debo compensar dieciocho años pasados en blanco. Usted no puede concebir qué abismo de ignorancia es mi mente. Yo misma sólo ahora me doy cuenta de la profundidad de ese abismo. Los libros que la mayoría de las chicas dueñas de una familia bien surtida, una casa llena de amigos y una buena biblioteca conocen por absorción, yo ni siquiera los he oído nombrar.

Por ejemplo, no sabía que Enrique VIII se había casado más de una vez, ni que Shelley fuera un poeta. Ignoraba que los hombres antes fueron monos y que el Jardín del Edén no es más que un hermoso mito. Nadie me dijo jamás que R. L. S. quería decir Robert Louis Stevenson ni que George Eliot era una mujer. Jamás vi una reproducción de la Gioconda y, aunque parezca mentira, nunca había oído hablar de Sherlock Holmes.

Todas estas cosas constituyen conocimientos básicos en la educación de un niño de habla inglesa y yo las ignoraba. Ahora las sé, esas y muchas otras, pero con esto que le cuento quiero hacerle ver cuánto tiempo perdido debo recobrar. Pero es algo que me encanta y estoy deseando que llegue la noche para colgar en mi puerta un letrero de "No molestar", envolverme en mi bata calentita y ponerme las chinelas de piel, apilar a mi espalda todos los almohadones del diván y, luego de encender la lámpara de bronce, ponerme a leer y leer sin parar. No se lo dije a nadie —eso sí que me daría etiqueta de "rara"—, pero me fui en secreto y me compré un ejemplar de Mujercitas por sólo un dólar,

que saqué de mi mensualidad del mes pasado... ¡Y la próxima vez que alguien mencione en mi presencia las limas en almíbar, por lo menos sabré de qué habla!

(Campana de las diez. Esta carta está muy interrumpida.)

Sábado

Señor:

Tengo el honor de informarle acerca de mis nuevas exploraciones en el campo de la geometría. El viernes pasado abandonamos nuestro anterior trabajo sobre los paralelepípedos y seguimos con los prismas truncados. El camino nos resultó muy difícil y empinado.

Domingo

Las vacaciones de Navidad empiezan la semana próxima y ya nos han subido los baúles. Los corredores están tan abarrotados que apenas se puede circular. En cuanto al estudio, quedó abandonado, con toda esta excitación. Lo voy a pasar espléndido durante las vacaciones. Otra novata como yo, que vive en Texas, se queda también en el colegio y hemos proyectado dar largos paseos y, si hay hielo en el lago, aprender a patinar. Además, queda toda la biblioteca para leer y ¡tres semanas desocupadas para hacerlo!

Adiós, Papaíto. Espero que se sienta tan feliz como yo.

*Siempre suya,
Judy*

P. D. No se olvide de contestar mi pregunta. Si no quiere molestarse en escribir, dígame a su secretario que me telegrafe así:

El señor Smith es completamente calvo.

El señor Smith no es calvo.

El señor Smith tiene el pelo blanco.

Y puede usted descontar los veinticinco centavos del telegrama, de mi próxima mensualidad.

Adiós, hasta enero y ¡muy feliz Navidad!

Hacia el final de las vacaciones de Navidad.

Fecha exacta desconocida.

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

¿Está nevando allí donde está usted? Todo hasta donde puedo divisar desde mi torre se halla envuelto en un manto blanco y los copos siguen cayendo grandes como granos de maíz soplado. Es la hora del atardecer y el sol se pone (de un amarillo frío) tras unas colinas de color violeta más frías todavía, y yo, trepada en mi asiento junto a la ventana, aprovecho la última luz del día para escribirle.

¡Qué sorpresa me dieron sus cinco monedas de oro! No estoy habituada a recibir regalos de Navidad y usted ya me ha regalado tantas cosas (todo lo que tengo, en realidad), que no creo merecer ninguna extra. Pero igual me gustan. ¿Quiere saber qué me compré con el dinero?

1. Un reloj de plata para llegar a tiempo a las clases.
2. Los poemas de Matthew Arnold.
3. Una bolsa de agua caliente.
4. Una manta (hace frío en mi torre).
5. Quinientas hojas de papel amarillo para manuscritos (muy pronto empezaré a ser escritora).
6. Un diccionario de sinónimos (para aumentar el vocabulario de la escritora).
7. (No me gusta mucho confesar esta última adquisición, pero lo haré.) Un par de medias de seda.

Ahora, Papaíto, ¿no podrá decir que no le cuento todo!

Por si le interesa, fue un motivo muy ruin el que me impulsó a comprar las medias de seda. Julia Pendleton viene a mi cuarto a estudiar geometría y se cruza de piernas todas las noches en el diván, luciendo sus medias de seda. ¡Pero ya va a ver! En cuanto regrese de las vacaciones, seré yo la que se siente en su diván con mis medias de seda. Ya ve usted, Papaíto, la criatura miserable que soy. Pero por lo menos soy sincera y ya sabía usted, por mi expediente del asilo, que no era perfecta, ¿verdad?

Recapitulando (así empieza la profesora de inglés una de cada dos frases), le estoy muy agradecida por mis siete regalos. Me gusta hacerme la ilusión de que vinieron en un cajón enviado por mi familia desde California. El reloj es el regalo de papá, la manta de mamá, la bolsa de agua de mi abuela, que siempre se preocupa de que no me enfríe con este clima, y el papel amarillo de mi hermanito Harry. Mi hermana Isabel me mandó las medias y mi tía Susana, los poemas de Matthew Arnold. Tío Harry (a mi hermano le pusieron Harry por él), me envió el diccionario. Él quería mandarme bombones, pero yo insistí en los sinónimos.

Espero que no tenga usted inconveniente en hacer el complicado papel de una familia completa.

Y ahora, ¿quiere saber cómo paso mis vacaciones o sólo se interesa usted en mi educación como tal? Espero que valore el delicado matiz de "como tal". Es la última adquisición de mi vocabulario.

La chica de Texas se llama Leonora Fenton (casi tan ridículo como Jerusha, ¿no?). Ella me gusta mucho, pero no tanto como Sallie McBride. Creo que nadie nunca me va a gustar tanto como Sallie, con excepción de usted. Usted deberá gustarme siempre por encima de todos los demás, puesto que representa a toda mi familia en su sola persona. Leonora, yo y dos sobomores (son las alumnas que pasaron a segundo año) hemos atravesado a pie toda la región durante los días buenos y exploramos la vecindad vestidas con polleras cortas y chaquetas y gorros de punto. Siempre llevábamos bastones para abrirnos camino y un día anduvimos ocho kilómetros hasta la ciudad y paramos en un restaurante donde las chicas del colegio suelen ir a comer. Langosta a la parrilla (35 centavos) y de postre panqueques con almíbar (15 centavos). Alimenticio y barato.

¡Fue tan divertido! Sobre todo para mí, puesto que era todo tan distinto del asilo. Cada vez que salgo de la universidad me siento como un prisionero en fuga. Sin darme cuenta, casi se me escapa la verdad de la experiencia que estaba viviendo. Pero me detuve a tiempo. Me resulta muy difícil no contar todo lo que pienso. Soy por naturaleza muy poco reservada y me gusta hacer confidencias. Si no lo tuviera a usted para contarle mis cosas, creo que estallaría.

El viernes por la noche la directora de Fergusson ofreció una fiesta culinaria (hicimos caramelos de miel) para todas las chicas de los otros pabellones. Éramos veintidós entre

todas. Las freshmen, las sophomores, las juniors (tercer año) y las seniors, todas unidas en amistoso acuerdo. La cocina es descomunal, con enormes cacerolas de cobre colgadas de las paredes en hileras. En Fergusson viven cuatrocientas chicas. El chef, de gorro y delantal blancos, sacó otros veintidós gorros y delantales —no se me ocurre dónde pudo haber guardado tantos— y todas nos disfrazamos de cocineras. Nos divertimos mucho, aunque he comido caramelos mejores que los que hicimos. Cuando terminamos y todo estuvo bien pegajoso, desde nuestras personitas hasta los picaportes, organizamos una procesión y, siempre de gorro y delantal y llevando cada una un gran tenedor, cuchara o sartén, marchamos por los corredores desiertos hasta la sala de profesores, donde una media docena de instructores pasaban una tranquila velada. Les dimos una serenata con canciones del colegio y les ofrecimos golosinas. Ellos aceptaron cortésmente, aunque no muy convencidos, y allí los dejamos chupando miel, sin darles tiempo a decir una palabra.

Como ve, Papaíto, mi educación progresa.



¿No cree usted que debería ser pintora más bien que escritora?

Las vacaciones terminan de aquí a dos días y me alegraré mucho de ver nuevamente a las chicas. Mi torre está un poco solitaria; cuando nueve personas ocupan una casa construida para cuatrocientas, las nueve se encuentran por fuerza algo perdidas.

¡Cinco páginas! ¡Y yo que quería escribirle sólo una pequeña nota de agradecimiento! Parece que, cuando empiezo, mi pluma no se detiene fácilmente.

Adiós, Papaíto, y mil gracias por pensar en mí. Sería totalmente feliz si no fuera por una nubecita amenazadora en el horizonte: los exámenes son en febrero.

Suya, afectuosamente, Judy

La víspera (de los exámenes)

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

¡Qué manera de estudiar en este colegio! Nos hemos olvidado por completo de que tuvimos vacaciones. Cincuenta y siete son los verbos irregulares que me he metido en la cabeza en los últimos cuatro días. Sólo espero que allí se queden hasta después de los exámenes. Algunas chicas venden sus libros cuando han terminado con ellos, pero yo pienso conservar los míos. Así, cuando me reciba, tendré toda mi educación en un estante de la biblioteca y, cuando necesite recordar cualquier detalle, podré buscarlo sin la menor vacilación. Resultará mucho más simple y preciso que tratar de guardar todo en la memoria.

Esta tarde Julia Pendleton vino a hacerme una visita de cortesía y se quedó una hora enterita. Empezó con el tema de la familia y no pude sacarla de allí. Quería saber el nombre de soltera de mi madre.

¿Ha oído usted alguna vez algo más impertinente para preguntar a una expósita? No tuve valor para decirle que no lo sabía, de modo que eché mano del primer nombre que se

me ocurrió y dije "Montgomery". Entonces quiso saber si era de los Montgomery de Massachusetts o de los de Virginia.

La madre de ella era una Rutherford. La familia procedía del Arca de Noé y por casamiento se relacionó con Enrique VIII. Por el lado paterno se remontan a más allá de Adán, y en las ramas más viejas de la familia figura una raza superior de monos de pelo sedoso y larguísimas colas.

Pensaba escribirle una carta simpática y entretenida esta noche, pero tengo demasiado sueño... y terror. Es triste el destino de la novata.

Suya, a punto de ser examinada, Judy Abbott

Domingo

Queridísimo.Papaíto-Piernas-Largas:

Tengo una noticia horripilante que darle, pero no voy a empezar por ahí sino que primero trataré de ponerlo de buen humor.

Jerusha Abbott ya empezó a ser escritora. En la revista mensual correspondiente a febrero aparecerá en la primera página un poema titulado Desde mi torre. Figurar en la primera plana constituye un gran honor para una alumna de primer año. Ayer a la tarde, a la salida de la capilla, me paró la profesora de inglés y me dijo que el poema en cuestión era una obrita encantadora si se exceptúa el sexto verso, que tiene demasiadas sílabas. Le enviaré a usted un ejemplar de la revista por si le interesa leerlo.

A ver si se me ocurre alguna otra cosa agradable para contarle... ¡Ah sí! Estoy aprendiendo a patinar y ya me deslizo aceptablemente sola. También aprendí a deslizarme por una soga desde el techo del gimnasio y a saltar con garrocha una valla de un metro de alto. Espero, muy en breve, saltar una de un metro veinte.

Esta mañana escuchamos un sermón muy inspirado de un obispo procedente de Alabama. La idea principal era el texto bíblico "No juzguéis si no deseáis ser juzgados". Y trataba, por supuesto, de la necesidad de disimular los errores de los demás y no desanimar a nadie con juicios demasiado severos... ¡Ojalá hubiera podido usted oír ese sermón!

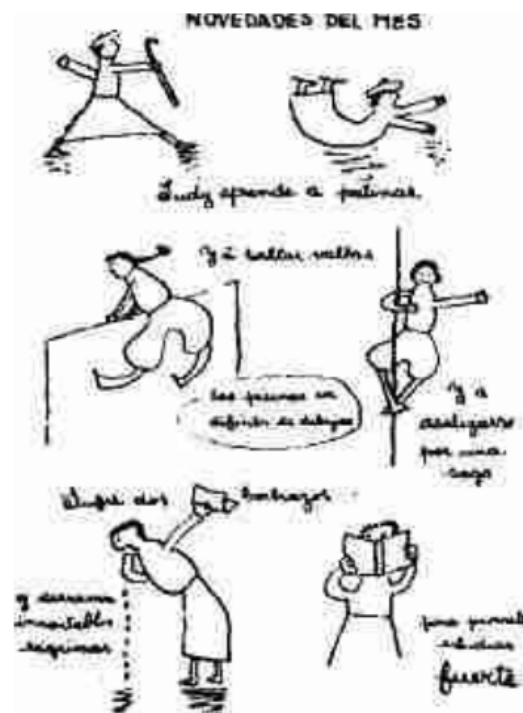
Tenemos la más deliciosa y soleada tarde de invierno que pueda imaginarse, con agujas de hielo colgando de los abetos y todo el mundo visible agobiado por el peso de la nieve... Con excepción de mi persona, agobiada por el peso del dolor.

Y ahora... ¡la noticia!... ¡Valor, Judy!... ¡No hay más remedio que darla!...

Me aplazaron en matemáticas y en latín. Me estoy preparando con una profesora y me tomarán otro examen el mes que viene. Sentiría mucho haberlo defraudado, pero, a no ser por eso, este contratiempo no me importaría un ápice, ya que he aprendido muchas otras cosas que no figuran en el programa. Leí diecisiete novelas y kilos de poesías. Se trata de novelas realmente necesarias, como Orgullo y prejuicio y Richard Feverel y Alicia en el país de las maravillas... Sin contar los Ensayos de Emerson y la Vida de Scott de Lockhart, el primer tomo del Imperio romano de Gibbon y la mitad de la Vida de Benvenuto Cellini... ¡Qué tipo tan divertido! Solía dar un paseíto por las mañanas y matar a alguien antes del desayuno.

Como ve, Papaíto, aprendí mucho más que si me hubiera limitado al latín. ¿Me perdonará usted por esta vez si le prometo no volver a fallarle nunca más?

Suya, arrepentidísima, Judy



Querido Papaíto-Piernas-Largas:

Ésta es una carta extra, a mitad de mes, sólo porque esta noche me siento muy sola. Hay mucha tormenta y la nieve golpea contra las paredes de mi torre. En la universidad todas las luces están apagadas, pero yo tomé café negro y no puedo conciliar el sueño. Es que hoy di una comida para Sallie McBride, Julia y Leonora Fenton. Comimos sardinas, bollitos tostados, ensalada, caramelos de chocolate y café. Julia dijo que se había divertido, pero Sallie se quedó conmigo y me ayudó a lavar los platos.

Sería muy útil —y conveniente— que esta noche dedicara algún tiempo al latín, pero no cabe ninguna duda de que soy una mala estudiante de latín.

Acabamos de terminar *De senectute* de Tito Livio y estamos ahora abocadas a *De amicitia*. Mucho me temo que yo no sentiré nunca mucha "amicitia" por estos señores romanos.

¿Le molestaría mucho representar por un tiempo el papel de mi abuela? Sallie tiene una, Julia y Leonora dos cada una, y esta noche se entretuvieron comparándolas. Yo, muda... En este momento no hay cosa alguna que yo prefiera a poseer una abuelita. ¡Me parece un pariente tan respetable! De modo que, si no tiene usted inconveniente, ayer, en la ciudad, le compré a mi abuelita una preciosa cofia de encaje de Cluny adornada con cintas lila, para regalarle cuando cumpla ochenta y tres años...

¡Doce campanadas! Es la campana de la capilla dando las doce de la noche. Creo que, después de todo, tengo sueño.

*¡Buenas noches, abuelita!
Te quiero mucho,
Judy*

26 de marzo

Sr. P. P. L. Smith:

Señor: Usted nunca contesta mis preguntas, nunca muestra el más mínimo interés por nada de lo que hago. Es muy probable que sea usted el más horrendo de todos aquellos horrendos síndicos del asilo y que la única razón que haya tenido para educarme no sea la de interesarse por mí sino exclusivamente cumplir con su sentido del deber.

Sigo sin saber nada de usted. Sin duda alguna arroja todas mis cartas al canasto sin leerlas, razón por la cual de ahora en adelante me limitaré a escribir sobre mis estudios. Mis exámenes complementarios de matemáticas y latín tuvieron lugar la semana pasada. Aprobé las dos materias y ahora figuro incondicionalmente como alumna regular.

Suya affma. Jerusha Abbott

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

¡Soy una perfecta bestia!

Por favor, olvídense de esa horrible carta que le mandé la semana pasada. La noche que la escribí me sentía espantosamente sola y desdichada, me dolía la garganta y todo el cuerpo. Es que estaba incubando una gripe con amigdalitis y una cantidad de cosas más. Ahora estoy en la enfermería desde hace seis días y es la primera vez que me permiten sentarme en la cama y me dan papel y pluma. La jefa de enfermeras



es sumamente mandona y severa. Pero todos estos días no he podido borrarle la idea de aquella carta y no podré mejorarme hasta que usted no me perdone.

Aquí va mi retrato, con la cabeza vendada en forma de orejas de burro.

¿Verdad que esa imagen despierta su compasión? Tengo hinchadas las glándulas sublinguales. ¡Y pensar que todo el año estudié anatomía sin enterarme de que existían las glándulas sublinguales!... Lo cual prueba que la educación es algo bastante superficial.

No puedo seguir escribiendo. Todavía me tiembla todo el cuerpo cuando paso mucho rato sentada. Por favor, perdóneme el haber sido impertinente e ingrata. Me han educado muy mal.

*Suya, afectuosamente,
Judy*

Desde la enfermería

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

Ayer a la tarde, justo al anochecer mientras estaba sentada en la cama mirando llover por la ventana y pensando en lo aburrida que es la vida de una enferma en una gran

institución, apareció la enfermera con una gran caja blanca a mi nombre y llena de los más preciosos pimpollos de rosa que he visto jamás. Y lo que es más, venían acompañados de una tarjeta con unas palabras muy amables escritas con letra inclinada hacia la izquierda, rarísima, ¡pero que indica mucho carácter! ¡Gracias, Papaíto, mil gracias! Estas flores son el primer regalo verdadero que he recibido en mi vida- Si quiere saber cómo soy de tonta, me eché a llorar... ¡de feliz que me sentía!

Ahora que estoy segura de que lee usted mis cartas, trataré de hacerlas mucho más interesantes de modo que valga la pena conservarlas... y hasta ponerles marco. ¡Todas menos aquella horrible que le escribí la semana pasada! ¡Por favor, saque ésa del montón y quémela! Me horroriza pensar que pueda usted releerla. Gracias otra vez por alegrar a una pobre novatita que se sentía muy mal y muy desdichada y de mal humor. Probablemente tenga usted mucha familia y amigos y por eso no puede imaginar lo que significa estar completamente sola.

Adiós. Le prometo formalmente que nunca más me pondré me pondré antipática, puesto que ahora me consta que es usted una persona de veras y no un fantasma. También le prometo no hacerle más preguntas. ¿Todavía odia a las chicas?

Suya para siempre, Judy



Octava hora, lunes

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

Espero que no haya sido usted aquel síndico que un día se sentó sobre un sapo. Me dijeron que el bicho había dado un tremendo topetazo, por lo tanto debió tratarse de un síndico más gordo que usted.

¿Se acuerda de aquellos huecos con rejillas que había junto a las ventanas del lavadero en el asilo? En primavera, para la estación de los sapos, solíamos hacer toda una colección de esos bichos y los escondíamos en esos huequitos. No era difícil que algunos saltaran hasta el lavadero, causando gran revuelo los días de lavado. Siempre nos

castigaban con el máximo rigor por esas diabluras, pero a pesar de todo seguíamos coleccionando sapos todos los años.

Un día... Bueno, no quiero cansarlo con los detalles del caso, pero lo cierto es que uno de los escuezos más gordos, grandes y ju-go-sos de nuestra colección se coló hasta el salón de los síndicos y se acomodó en uno de los sillones de cuero. Y esa tarde, en medio de la reunión de esos señorones... En fin, me imagino que usted también estaría allí y que recuerda el resto del episodio.

Mirando las cosas a la distancia y sin pasión, reconozco que el castigo que nos dieron fue merecido y, si mal no recuerdo, adecuado al tamaño de la falta.

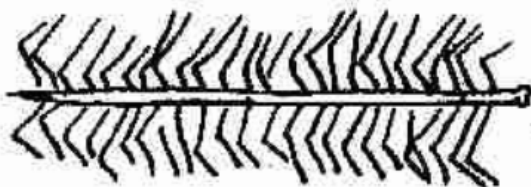
No sé por qué me encuentro hoy tan inclinada a las reminiscencias. Será tal vez que la llegada de la primavera y La reaparición de los sapos siempre me despiertan el viejo instinto adquisitivo. Lo único que me retiene ahora de comentar la colección es que no tenemos aquí ninguna norma que lo prohíba.

Después de la capilla, jueves

¿Cuál cree usted que es mi libro preferido, por el omento? Cambio de preferencia cada tres días más menos... Por ahora es Cumbres borrascosas. Emily Brontë era muy joven cuando lo escribió y no había salido nunca de su casa natal. En su vida había conocido hombre alguno... ¿Cómo pudo concebir a uno como Heathcliffe?

Yo no sería capaz, y eso que soy tan joven como ella y nunca he salido del asilo John Grier. Es decir, que he tenido todas las oportunidades del mundo. A veces me asalta el terrible pensamiento de no ser un genio. ¿Se sentirá usted muy defraudado, Papaíto, si no resulto una gran escritora? En primavera, cuando todo está tan hermoso, tan verde y lleno de brotes, me dan ganas de volver la espalda a los libros y escaparme a jugar con la naturaleza. ¡Hay tantas aventuras fascinantes afuera, en los campos! ¡Es mucho más entretenido vivir los libros que escribirlos! ¡Ohhhh...!

Ese fue el chillido que pegué y que hizo acudir a Sallie, a Julia y —por un infortunado minuto— a la senior del otro lado del corredor. La causa fue un ciempiés como éste:



¡Sólo que el verdadero era peor! Justo cuando terminaba mi frase, iplum!, cayó sobre mi papel de cartas. Al escaparme del monstruo volteeé dos tazas de la mesa del té. Sallie lo cazó por fin con un cepillo de pelo —que nunca podré volver a usar— y le mató la parte delantera, aunque los cincuenta pies posteriores se escaparon por debajo de la cómoda.

Como es vieja y está cubierta de hiedra, nuestra torre tiene ciempiés por todas partes. Me parecen horribles y preferiría encontrarme un tigre debajo de la cama.

Viernes, 9:30 de la noche

Hoy se me juntó todo. Desde la mañana. No oí la campana para levantarse, después se me rompió el cordón de los zapatos cuando me vestía apurada y se me perdió el botón de la camisa debajo del escritorio. Llegué tarde para el desayuno y para la primera hora de clase. Me olvidé de llevar papel secante y mi lapicera fuente goteaba. En trigonometría, el profesor y yo tuvimos unas palabras acerca de una pequeña cuestión de logaritmos. Me fijé después en el libro y veo que él tenía razón. Nos dieron guiso de carnero y arroz con leche (los odio a ambos porque tienen gusto a asilo). El correo no me trajo nada más que cuentas (aunque debo decir que nunca me trae otra cosa, pues mi familia no es de las que escriben). En la clase de inglés nos dieron a comentar un poema indescifrable y allí estuvimos tres cuartos de hora pensando soluciones, para entregar al final los papeles en blanco. ¡Esto de adquirir una educación es realmente un proceso agotador!

No crea usted, sin embargo, que con eso terminó este día aciago, Lo que falta es peor todavía!

Como llovía, no pudimos jugar al golf sino que fuimos al gimnasio, donde mi vecina me dio un golpe en el codo con una clava. Cuando volví a mi cuarto

de primavera y que la pollera me ajusta tanto que no roe puedo sentar- El viernes es día de limpieza y la mucama me había embarullado todos los papeles. De postre nos dieron, esta noche, una cosa que se llama "lápida" y que tiene el nombre muy bien puesto, ya que se compone de leche y gelatina sazonadas con vainilla. En la capilla nos retuvieron veinte minutos más que de costumbre para oír un sermón sobre las "mujeres femeninas".

Y por último, justo cuando me sentaba con un suspiro de alivio para mi bien ganada hora de lectura del Retrato de una dama de Henry James, una chica llamada Ackerley, que se sienta a mi lado en la clase de latín porque el nombre empieza con A, vino a preguntarme si la lección de mañana empezaba en el párrafo 69 o en el 70 y se quedó... ¡una hora! ¡Es tan fea y antipática la pobrecita, que ojalá la señora Lippett me hubiera puesto Zabrisky! ¡Recién se va!

¿Alguna vez oyó usted semejante lista de calamidades? No son las grandes catástrofes de la vida las que exigen carácter. Cualquiera sería capaz de elevarse para hacer frente con valor a una gran crisis, pero encarar las mezquinas contrariedades cotidianas con alegría, ¡eso sí que requiere coraje!

Ése es el tipo de carácter que yo me propongo adquirir. Fingiré que toda la vida es un juego que debo jugar con tanta habilidad y justicia como me sea posible. Si gano, me encogeré de hombros y soltaré la risa... Y si pierdo, también.

Sea como fuere, no pienso perder mi espíritu deportivo. Nunca me oirá usted proferir otra queja, Papaíto querido, porque Julia lleve medias de seda o porque del techo caigan ciempiés...

Siempre suya, Judy

Conteste pronto.

27 de mayo

**Al señor Papaíto-Piernas-Largas
Muy señor mío:**

Acabo de recibir una carta de la señora Lippett. Espera que me porte bien, en conducta y en el estudio. Como piensa que no tendré adónde ir este verano, me permitirá volver al asilo y trabajar por mi pensión hasta que las clases comiencen de nuevo.

ODIO EL ASILO JOHN GRIER
Preferiría morirme antes que volver allí.

*Sinceramente Suya,
Jerusha Abbott*

Cher (Querido) Papaíto Jambes-Longues (Piernas-Largas):

¡Vous etes (usted es) un amor!

Je suis tres hereuse (estoy muy feliz) por el asuntode la granja. Jamais de ma vie (nunca en mi vida) he estado en una granja y detestaría retourner chez (volver al asilo John Grier et (y) lavar los platos tout l'été (todo el verano). Correría el riesgo de que sucediera quelque chose d'affreux (algo espantoso), parce que j'ai perdu ma modestie d'autrefois (porque he perdido mi modestia de antes) et j'aurais peur (y tendría miedo) de que un jour (algún día) se me volaran los pájaros e hiciera añicos rodas las tasas y platos de la maison (de la casa).

Pardon (perdón] por la brevedad y el papel. Je ne peux pas (no puedo) enviarle mes nouvelles (noticias mías) parce que je suis (porque estoy) en clase de francés at j'ai peur que monsieur le professeur (y tengo miedo de que el señor profesor) me vaya a llamar tout de suite (en seguida), ¡Así fue!

Au revoir (hasta la vista).

Je vous aime beaucoup (lo quiero mucho).

Judy

30 de mayo

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

¿Ha visto usted alguna vez el terreno y las instalaciones de la universidad? (Se trata de una pregunta meramente retórica y no tiene por qué preocuparlo.) En mayo esto es un verdadero paraíso. Los arbustos están en flor, los árboles, de un verde joven precioso, y hasta los viejos pinos parecen nuevos y frescos. El césped está salpicado de dientes de león amarillos y de chicas vestidas de celeste, blanco y rosa. Todo el mundo está jovial y despreocupado, ya que se acercan las vacaciones y, ante esa perspectiva, los exámenes no cuentan.

¿Verdad que es el estado de ánimo ideal? Y yo, Papaíto, soy la más feliz de todas estas chicas felices. Porque no estoy más en el asilo y porque no soy ni niñera ni dactilógrafa ni tenedora de libros (ésas son las cosas que habría debido ser... de no haber sido por usted).

Me arrepiento ahora de mis anteriores picardías.

Me arrepiento de haber sido impertinente con la señora Lippett.

Me arrepiento de haber llenado la azucarera con sal (alguna que otra rara vez).

Me arrepiento de haber hecho morisquetas a espaldas de los síndicos.

De ahora en adelante voy a ser buena y dulce y amable con todo el mundo, precisamente porque soy tan feliz. Y este verano voy a escribir, escribir y escribir, y así comenzará mi carrera de gran escritora. ¿Le parece que me coloco demasiado arriba para empezar? No se inquiete. Es que se me está desarrollando un carácter hermoso, que decae algo cuando hiela y hace frío, pero que renace cuando sale el sol.

Creo que eso mismo le sucede a todo el mundo. No estoy de acuerdo con la teoría de que la adversidad, las penas y las frustraciones desarrollen la fuerza moral de la gente. Por el contrario, creo que son las personas felices las que rebosan bondad. No tengo fe en los misántropos. (¡Hermosa palabra! La acabo de aprender.) ¿Verdad que no es usted un misántropo, Papaíto?

Empecé a describirle el parque del colegio y me desvié. ¡Pero cómo me gustaría que viniese a visitarme y me dejase guiarlo y mostrarle los edificios!

—Ahí está la biblioteca y aquélla es la usina de gas, Papaíto querido. El edificio gótico a la izquierda es el gimnasio, y el Tudor románico de al lado es la nueva enfermería.

Soy muy buena cicerone y he hecho ese papel toda mi vida, cuando le mostraba el asilo a las visitas. Y hoy me he pasado todo el día haciéndolo aquí, en el colegio. De veras, Papaíto. ¡Y con un hombre!

Fue una gran experiencia. En mi vida había hablado con ningún hombre excepto los síndicos, y ellos no cuentan. Perdóneme, Papaíto, no es mi intención ofenderlo cuando insulto a los síndicos. No creo que usted sea uno de ellos, sino diferente. Fue sólo por accidente que usted viniera a formar parte del Consejo de Síndicos. El verdadero síndico es gordo, pomposo y benevolente. Le acaricia a uno la cabeza y lleva reloj con cadena de oro.



Esto parece un escarabajo de verano, pero quiere ser un retrato de cualquier síndico menos usted.

Pero recapitulemos:

Hoy estuve paseando y tomando el té con un hombre. Y un hombre muy superior, a saber: con el señor Jervis Pendleton, de la casa de Julia; en realidad, su tío, ¡un individuo alto como usted! Como había venido a la ciudad por negocios, se le ocurrió visitar a la sobrina. Es el hermano menor del padre de Julia, pero no la trata mucho. Parece que le echó una mirada cuando ella nació, decidió que no le gustaba y desde entonces no la tuvo en cuenta para nada.

De todos modos, allí estaba, en la sala, muy correctamente vestido de sombrero, bastón y guantes. Y Julia y Sallie con clases de séptima hora a las que no podían faltar. De modo que Julia entró como una bala en mi cuarto a rogarme que le pasara al tío por el parque y se lo devolviese intacto al terminar la séptima hora. Por complacerla acepté, aunque sin ningún entusiasmo, ya que los Pendleton no me gustan nada.

Pero resultó ser un encanto de persona, un verdadero ser humano y para nada un Pendleton. Lo pasamos a las mil maravillas. Me dejó loca de ganas de tener un tío. ¿Le molestaría hacer de cuenta que es usted mi tío? Creo que son parientes superiores a las abuelas.

Y el señor Pendleton me hacía acordar de usted como era hace veinte años, Papaíto. Como verá, lo conozco íntimamente aunque nunca lo haya visto.

Jervis es alto y más bien flaco, de piel oscura, llena de arruguitas, y tiene la sonrisa más cómica que se pueda usted imaginar, de esas que nunca aparecen en la superficie sino que se producen en plieguecitos desde la comisura de los labios. Y desde el primer momento la hace sentir a una como si la hubiese conocido de toda la vida. Es muy sociable.

Recorrimos todo el colegio, desde el vestíbulo hasta el campo de gimnasia. Por último me dijo que se sentía muy débil y tenía que tomar el té. Me propuso que fuéramos a la hostería, que queda a la salida del parque junto al camino de pinos. Le dije que debíamos volver a buscar a Julia y a Sallie, pero me contestó que no le gustaba que sus sobrinas tomaran mucho té porque las ponía nerviosas. De modo que nos escapamos y tomamos té con scones y mermelada, helado, torta, todo en una mesita preciosa en el balcón. La hostería por suerte estaba casi vacía, pues estamos a fin de mes y las mensualidades andan por el suelo.

¡Nos divertimos en grande! Pero en cuanto estuvimos de vuelta, Jervis se vio obligado a correr para alcanzar el tren y apenas si vio a la pobre Julia, que estaba furiosa conmigo por habérmelo llevado. Parece que se trata de un tío muy rico e importante. Sentí gran alivio al saber que era rico, ya que el té, con todos los aditamentos, había costado sesenta y cinco centavos por cabeza.

Esta mañana (lunes) llegaron por expreso tres cajas de bombones para Julia, Sallie y yo. ¿Qué le parece, Papaíto? ¡Que la pobrecita Jerusha Abbott reciba bombones de un caballero!

Me estoy empezando a sentir como una chica de verdad y no como una expósita. Me gustaría que un día de estos viniera a tomar el té, a ver si también usted me gusta. Aunque, si no llegara a gustarme, sería horrible. Pero estoy segura de que sí, que me va a gustar mucho.

¡Bueno! Mes compliments (saludos).

Jamais je t'oublierai (Jamás te olvidaré).

Judy

P. D. Al mirarme en el espejo esta mañana descubrí un hoyuelo nuevo que no había visto antes. Es muy curioso. ¿De dónde cree que habrá salido?

9 de junio

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

¡Feliz día! Acabo de terminar mi último examen: fisiología, y ahora... ¡tres meses en una granja!

No sé qué es una granja, pues nunca estuve en ninguna. Y ni siquiera he visto cómo son, a no ser desde la ventanilla de un coche. Pero sé que me va a gustar y estoy segura de que me va a encantar ser... ¡libre!

Todavía no me acostumbré a estar fuera del asilo. En cuanto pienso en él, me corren viboritas de frío por la espalda y me siento como obligada a escapar a la carrera, mirando por sobre mi hombro para asegurarme de que la señora Lippett no me persigue, estirando el brazo para volverme a agarrar.

Este verano no tengo por qué hacerle caso a nadie, ¿verdad?

La autoridad nominal que tiene usted no me molesta en lo más mínimo. Está demasiado lejos para hacerme daño. En cuanto a la señora Lippett, es como si hubiera muerto para mí, mientras que los Semple, encargados de la granja, no tienen por qué ocuparse de mi bienestar moral, ¿no es así? No, estoy segura de que no. Ya soy adulta... ¡Hurra!

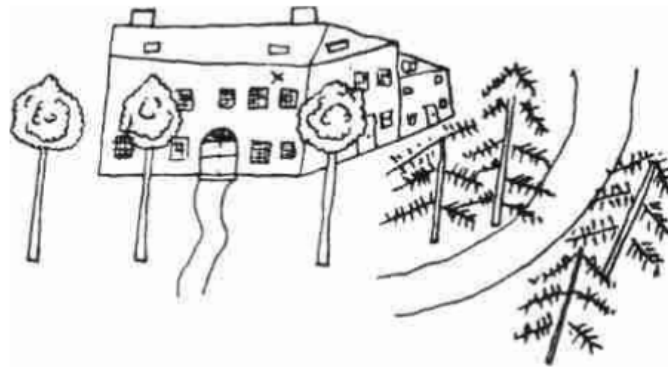
Lo dejo ahora, para hacer mi baúl y encajonar mis libros, almohadones, teteras y tazas... ¡La mar en coche!

Siempre suya, Judy

P. D. Aquí le mando mi examen de fisiología. ¿Le parece que habré aprobado?

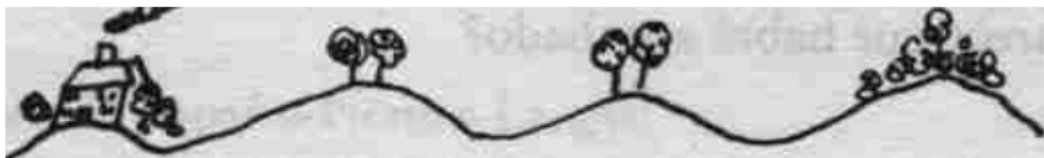
Granja Los Sauces. Sábado por la noche

Acabo de llegar y todavía ni siquiera abrí mi baúl, casa es cuadrada como ésta:



¡Y vieja como de cien años! Al costado tiene un corredor que no sé dibujar y un porche precioso en el frente. El dibujo realmente no le hace justicia. Esas cosas que parecen plumeros son arces y los espinos que bordean el camino son murmurantes pinos y abetos. La casa está en la punta de una colina y desde allí se divisan kilómetros de verdes praderas y toda una hilera de lomas.

Éste es el aspecto que presenta Connecticut, formando una serie de ondas, y la granja Los Sauces está precisamente en la cresta de una.



Antes había graneros enfrente, cruzando el camino, pero como obstruían el paisaje, un bondadoso rayo bajó del cielo y los quemó por completo.

Los encargados son el señor y la señora Semple y hay además una sirvienta y dos peones. Los peones comen en la cocina y Judy con los Semple, en el comedor. Hoy hubo jamón y huevos, bollitos con miel, arrollado de mermelada, pastel, dulces y queso, todo rociado con té y mucha conversación. Nunca en mi vida había resultado yo tan divertida: todo lo que digo parece ser gracioso. Supongo que es porque jamás he estado en el campo y mis preguntas tienen por respaldo una total y absoluta ignorancia.

El cuarto marcado con una cruz no es donde se cometió el asesinato, sino el que ocupó yo. Es grande, cuadrado y está casi vacío, con muebles antiquísimos y ventanas de postigos verdes que hay que sostener con palos para que se mantengan abiertos. También hay una gran mesa de caoba, donde pienso pasar el verano escribiendo una importante novela.

¡Ay, Papaíto! Estoy excitadísima y no veo la hora de que sea mañana para salir a explorar. Son apenas las ocho y media de la noche y voy a apagar mi bujía y tratar de dormir. Nos levantamos a las cinco. ¿Ha oído nunca algo más divertido? No puedo creer que sea realmente Judy quien está viviendo estas experiencias. Usted y el buen Dios me dan más de lo que merezco. Tengo que ser muy, pero muy buena, para compensar todo esto. Pero lo seré. Ya verá que sí.

Buenas noches, Judy

P. D. Tendría que oír cómo cantan las ranas y cómo chillan los lechoncitos... ¡Y tendría que ver la luna nueva que acabo de mirar por encima de mi hombro!

Los Sauces, 12 de julio

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

¿Cómo se enteró su secretario de la granja Los Sauces? No es una pregunta retórica... ¡Me muero por saberlo! Porque escuche lo que pasa: El señor Jervis Pendleton era el dueño de esta granja y ahora se la dio a la señora Semple, que fue su nodriza. Increíble la coincidencia, ¿verdad? La señora todavía lo llama "niño Jervie" y habla de lo dulce que era cuando chico. Tiene un rulo de cuando era bebé guardado en una caja y el ruliño es colorado, ¡palabra de honor! O por lo menos, rojizo.

Desde que la señora Semple descubrió que lo conozco, me he elevado mucho en su concepto, ya que conocer a un miembro de la familia Pendleton es la mejor presentación que se puede traer a Los Sauces. Y la flor y nata de la familia es el niño Jervie. Me alegra consignar que Julia pertenece a una rama inferior.

La granja se está poniendo cada vez más entretenida. Ayer anduve en una carreta de heno y me resultó divertidísimo. Tenemos tres cerdos y nueve lechoncitos. ¡Hay que verlos comer! Le aseguro que no podrían pasar por otra cosa que lo que son: ¡cerdos! Tenemos pollitos a mares, además de patos, pavos y pintadas. Debe de estar usted loco para vivir en la ciudad, pudiéndolo hacer en una granja.

Una de mis tareas cotidianas es juntar los huevos. Ayer me caí de una viga del granero mientras trataba de deslizarme hasta un nido del que se apropió la gallina negra. Y cuando volví a casa con un rasguño en la rodilla, la señora Semple me lo vendó con árnica, murmurando todo el tiempo:

—¡Dios mío, si parece sólo ayer cuando el niño Jervie se cayó de esa mismísima viga y se lastimó esta mismísima rodilla!

El paisaje que nos rodea es precioso. Hay un valle, un río y muchas colinas boscosas. Y lejos, a la distancia, una montaña azul altísima que dan ganas de comerla.

Dos veces por semana hacemos manteca y guardamos la crema para conservarla fresca en una casita de piedra bajo la cual corre un arroyo. Algunos granjeros de la vecindad tienen separadores, pero nosotros no creemos en esas novelorías. Puede que dé más trabajo separar la crema en cazuelas, pero la mejor calidad compensa la molestia. Tenemos seis terneros y les puse nombre a todos:

1. Silvia. Porque nació en el bosque.
2. Lesbia. Por la Lesbia de Cátulo.
3. Sallie.
4. Julia. Un animal manchado, estrambótico.



5. Judy. Por mí.

6. Papaíto-Piernas-Largas. ¿Verdad que no le importa, Papaíto? Es un Jersey puro y de lo más mansito. Ahí va su retrato, para que vea lo apropiado que es el nombre.

Todavía no tuve tiempo de empezar mi novela inmortal. La granja me tiene muy ocupada.

Siempre suya, Judy

P. D. 1: Aprendí a hacer buñuelos en forma de rosca.

P. D. 2: Si piensa criar pollos, permítame recomendarle los Orpington amarillos, pues no tienen plumas rudimentarias.

P. D. 3: ¡Ojalá pudiera mandarle un pan de la manteca fresquísima que hice ayer! Soy una lechera de primer orden.

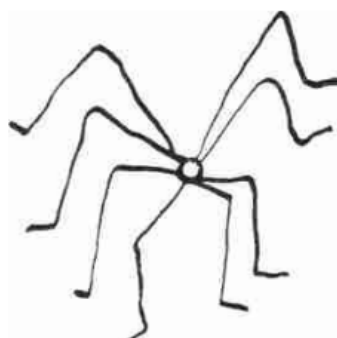
P. D. 4: Ésta es la imagen de la señorita Jerusha Abbott, la futura gran escritora, llevando las vacas de vuelta al corral.



Domingo

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

¡Fíjese usted qué gracioso! Empecé a escribirle ayer por la tarde y no había puesto más que el encabezamiento: Querido Papaíto-Piernas-Largas, cuando me acordé de que había prometido juntar moras para la cena, de modo que me fui, dejando la hoja de papel en la mesa. ¿Y qué cree que encontré en el medio de la página? ¡Pues un auténtico y verdadero "papaíto-piernas largas"! Aquí está:



Lo tomé muy suavemente de una pata y lo saqué por la ventana. Por nada del mundo le haría daño a uno de esos simpáticos bichos, puesto que siempre me van a hacer acordar de usted.

Esta mañana enganchamos el sulky y nos fuimos en él a la iglesia del pueblo. Es una preciosa iglesia de madera con flecha y tres columnas dóricas en el frente (o quizás eran jónicas: siempre las confundo).

Oímos un agradable y arrullador sermón y todo el mundo agitaba las pantallas de palmera, sin que se oyese otro sonido salvo la voz del pastor y el zumbido de las langostas afuera, en los árboles... Cuando me desperté, me encontré parada cantando el himno del día y entonces me arrepentí muchísimo de no haber escuchado el sermón, ya que quisiera saber más de la psicología de un hombre que puede escoger el siguiente himno:

Venid, dejad vuestros juegos y placeres mortales Uníos a mí en los goces celestiales Si no, adiós, querido amigo... Verte espero Cuando te hundas en el infierno.

No conviene discutir con los Semple sobre religión. Su Dios, heredado directamente de sus remotos antepasados puritanos, es una persona de mente estrecha, irracional e injusta, mezquina, vengativa y fanática.

Gracias al cielo que yo no heredé el mío de nadie. Tengo libertad para formar mi Dios como a mí me gusta. Mi Dios es bondadoso y comprensivo, imaginativo, indulgente y piadoso... Y tiene sentido del humor.

Los Semple me gustan muchísimo y su práctica es muy superior a su teoría. Son mejores que su propio Dios-; Se lo dije y se afligieron mucho. Ellos creen que yo blasfemo y yo creo que blasfeman ellos. De modo que hemos decidido suprimir la teología de nuestras conversaciones.

Ahora es la tarde del domingo.

Amasai (el peón), de corbata violeta, guantes amarillo fuerte, muy colorado de cara y recién afeitado, acaba de marcharse con Carrie (la sirvienta), ataviada de muselina celeste y gran sombrero adornado con rosas rojas y el pelo a todo enrular. Amasai se pasó la mañana lavando el sulky y Carrie no fue a la iglesia, supuestamente para hacer la comida, pero en realidad para plancharse el vestido de muselina.

De aquí en dos minutos, en cuanto haya terminado esta carta, me instalaré a leer un libro que encontré en el altillo. Se titula Siguiendo el rastro y en la primera página, garabateado con letra de chico, se lee:

Jervis Pendleton:

Si este libro se perdiera,

Como puede suceder... etc., etc., etc.

Una vez, cuando tenía once años, pasó aquí el verano después de una enfermedad y se dejó olvidado este libro. Parece haberlo leído muchas veces, ya que tiene todavía las marcas de sus manitas sucias. En un rincón del altillo hay también un molinito de agua y algunos arcos y flechas. La señora Semple habla tanto de él que he empezado a creer que realmente vive, no como un hombre hecho y derecho de sombrero alto y bastón, sino como un adorable muchachito sucio y despeinado que trepa las escaleras con gran escándalo, siempre deja las puertas abiertas y se pasa el día pidiendo galletitas (y consiguiéndolas, por lo que voy conociendo de la señora Semple). Parece que de chico fue aventurero, valiente y muy honesto; siempre decía la verdad. La pena es que le haya tocado ser un Pendleton. Realmente, se merecía un destino mejor.

Mañana empezamos a trillar la avena y esperamos que llegue una máquina de vapor y tres peones más.

Me apena mucho tener que comunicarle que Mantequita (la vaca manchada, madre de Lesbia) ha cometido un acto vergonzoso: el viernes por la tarde se metió en la huerta y se comió tantas manzanas, pero tantas, tantas, que se le subieron a la cabeza y... ¡hace dos días que está completamente borracha! Le aseguro que le estoy diciendo la purísima verdad. ¿Ha oído usted nunca nada más escandaloso?

*Señor, quedo de usted,
su afectísima huérfana,
Judy Abbott*

P. D. Indios en el primer capítulo y asaltantes de caminos en el segundo. No puedo respirar de miedo de lo que va a pasar en el tercero. Halcón Rojo da un salto de seis metros

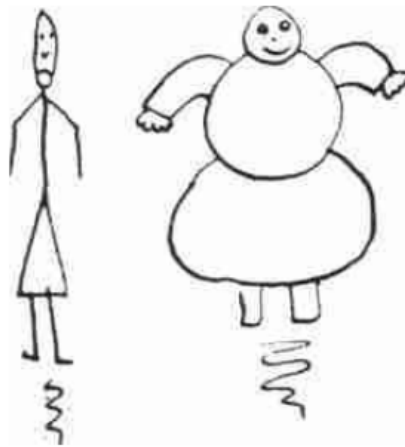
en el aire y muerde el polvo. Éste es el tema de la tapa. ¿No cree que Judy y Jervis se están divirtiendo mucho?

15 de septiembre

Querido Papaíto:

Ayer, en el almacén de ramos generales del pueblo, me pusieron en la balanza de la harina y me pesaron. ¡Aumenté cuatro kilos y medio! Permítame que le recomiende Los Sauces para una cura de salud.

*Siempre suya,
Judy*

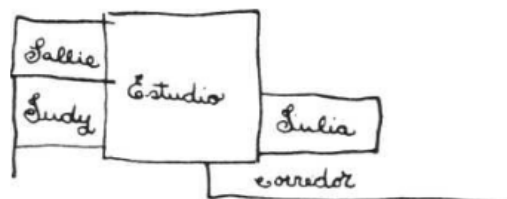


Querido Papaíto-Piernas-Largas:

Míreme bien: ¡pasé a segundo año! Regresé al colegio el viernes pasado, lamentando dejar Los Sauces pero contenta de volver a la universidad. Es una linda sensación regresar a un lugar conocido. Empiezo a sentirme en el colegio como en mi casa. A decir verdad, me siento como en mi casa en el mundo, como si realmente tuviera en él mi lugar y no como si me hubiera colado de limosna.

Me imagino que no tendrá usted la menor idea de lo que quiero decirle. Una persona importante como para ser síndico no puede valorar los sentimientos de alguien tan insignificante como una expósita.

Y ahora, Papaíto, escuche esto: ¿Con quién cree usted que comparto este año mis habitaciones? Pues con Sallie McBride y Julia Rutledge Pendleton. ¡Palabra de honor! Tenemos un escritorio y tres dormitorios. ¡Voilà! (helos aquí).



La primavera pasada Sallie y yo decidimos que nos gustaría compartir nuestro cuarto y Julia decidió no separarse de Sallie. ¿Por qué? No tengo la más remota idea, puesto que no se parecen en nada. Sólo que los Pendleton son por naturaleza conservadores y enemigos de los cambios. Sea como fuere, lo cierto es que aquí estamos las tres. Piense usted en Jerusha Abbott, hasta no hace mucho del asilo John Grier para huérfanos, compartiendo habitaciones con una Pendleton. ¡No cabe duda que vivimos en un país democrático!

Sallie es candidata a la presidencia de la clase y, según todos los indicios, será elegida. Vivimos en un ambiente de intriga imponente. Somos políticos refinados... Déjeme advertirle, Papaíto, que cuando las mujeres logremos obtener nuestros derechos, ustedes, los hombres, van a tener que cuidarse mucho para conservar los suyos.

Las elecciones son el domingo y vamos a hacer una procesión de antorchas, gane quien gane.

Estoy empezando a estudiar química, una materia curiosísima. Nunca he visto ni oído nada igual. Los materiales empleados son átomos y moléculas y sólo el mes próximo estaré en condiciones de discutirlos con usted.

También voy a estudiar lógica e historia de todo el mundo, además de las obras de William Shakespeare y francés.

Si esto sigue así, dentro de unos años seré realmente una persona bien informada.

Me hubiera gustado elegir economía antes que francés. Pero no me animé por miedo a que el profesor no me aprobase a menos que eligiera de nuevo su materia, pues en el examen de junio aprobé raspando. Debo decir que no fue gran cosa la base que traía de la escuela secundaria.

En la clase hay una chica que parlotea en francés tan rápido como en inglés. Cuando era chica viajó a Europa con sus padres y pasó tres años en un convento de señoritas en Francia. No se imagina lo bien que está, comparada con las demás. Los verbos irregulares son un juguete para ella. Ojalá mis padres me hubieran arrojado en un convento francés en lugar de un asilo de huérfanos... ¡Oh, no! ¡Ahora me acuerdo! De ser así, nunca lo habría conocido a usted, y prefiero conocerlo a usted antes que el francés.

Adiós, Papaíto. Ahora tengo que visitar a Harriet Martin y, luego de discutir las cuestiones de química, dejaremos caer unas palabras relativas a nuestra próxima presidenta.

Políticamente suya,
Judy

7 de octubre

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

Suponiendo que la pileta de natación estuviera llena de jalea de limón, ¿podría una persona sostenerse a flote tratando de nadar, o se hundiría sin remedio?

La cuestión se suscitó anoche mientras comíamos jalea de limón de postre. Lo discutimos acaloradamente durante media hora y el problema está aún sin resolver. Sallie cree que ella podría nadar, pero yo estoy convencida de que hasta el mejor nadador del mundo se hundiría. ¿No sería gracioso ahogarse en jalea de limón?

Hay dos problemas más que ocupan la atención de nuestra mesa:

1o. ¿Qué forma tienen los cuartos en una casa octogonal? Algunas chicas insisten en que serían cuadrados, pero yo creo que deberían tener la forma de un trozo de pastel. ¿A usted qué le parece?

2o. Dada una gran esfera hueca, hecha por dentro con espejos, y una persona sentada en su centro, ¿en qué punto cesaría de reflejar los pies y empezaría a reflejar la espalda? Cuanto más se piensa en este problema, más desconcertante se vuelve. Ya ve usted cuán profundos son los problemas metafísicos con que llenamos nuestros momentos de ocio.

¿Le conté de las elecciones? Se llevaron a cabo hace tres semanas, pero aquí vivimos tan rápido que tres semanas son ya historia antigua. Resultó elegida Sallie y en la procesión de antorchas llevábamos letreros transparentes que decían ¡McBride para siempre!



La banda se componía de catorce instrumentos (tres armónicas y once peines).

Esto nos da a las habitantes del 258 una gran importancia, pues a Julia y a mí nos toca de rebote buena parte de la gloria y es un verdadero alarde de vida social compartir el cuarto con una presidenta.

Bonne nuit, cher Papaíto
(Buenas noches, querido)
Acceptez mes compliments
(Acepte usted mis saludos)
Tres respectueux
(Muy respetuosos)

Votre (Suya),
Judy

12 de noviembre

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

Ayer les ganamos en básquet a las de primer año. Estamos contentas, por supuesto, pero... ¡si pudiéramos ganarles a las de tercero! ¡Estaría dispuesta a cubrirme el cuerpo de moretones y quedarme en cama una semana envuelta en compresas de hamamelis, con tal de vencerlas!

Sallie me invitó a pasar con ella las vacaciones de Navidad. Su familia vive en Massachusetts. ¿Verdad que fue muy amable de su parte? Me encantará ir. Nunca estuve en

una casa particular, si se exceptúa Los Sauces. Pero los Semple son viejos y no cuentan. La casa de los McBride está llena de chicos (por lo menos dos o tres) y hay una madre y un padre y una abuela y un gato de Angora... Es una familia completísima. Hacer el baúl y marcharse es mucho más divertido que quedar rezagada en el colegio. Estoy llena de emoción ante la perspectiva.

Están dando la séptima hora... Tengo que correr a los ensayos. Tomo parte en la función teatral del Día de Gracias. Represento a un príncipe encerrado en una torre, que lleva túnica y tiene pelo rubio rizado. Nos vamos a divertir como locas, ¿no le parece?

*Suya,
J.A.*

Sábado

¿Quiere saber cómo soy? Le mando una foto que nos sacó Leonora Fenton a las tres.

La rubia que se está riendo es Sallie, la alta con la nariz al aire es Julia, y la pequeñita con el pelo en la cara es Judy. En realidad es más linda de lo que muestra la foto, pero el sol le daba en los ojos.

**Puerta de Piedra, Worcester, Mass.
31 de diciembre**

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

Tenía toda la intención de escribirle antes a fin de agradecerle su cheque de Navidad, pero la vida en casa de los McBride es muy absorbente y nunca puedo encontrar dos minutos seguidos para sentarme a un escritorio.

Me compré un vestido nuevo. No lo necesitaba, sólo lo deseaba. Mi regalo de Navidad es este año de Papaíto-Pierna-Largas. Mi familia se limitó a mandarme cariños.

Mis vacaciones en lo de Sallie van resultando divinas. Vive en una casa grande, antigua, de ladrillos rojos y adornos blancos, retirada de la calle. Exactamente como las casas que solía mirar con tanta curiosidad cuando estaba en el asilo, preguntándome cómo serían por dentro. ¡Ni soñando pensé alguna vez que las vería con mis propios ojos! Sin embargo, aquí estoy. Todo es cómodo, tranquilo y hogareño.

Me paso horas caminando de cuarto en cuarto y deleitándome con los muebles. Para criar chicos es la casa más perfecta que se puede pedir, llena de rinconcitos oscuros para jugar a las escondidas y magníficas chimeneas para tostar maíz, además de un altillo precioso para jugar los días de lluvia y barandas resbalosas con una cómoda perilla chata al final. Y no hablemos de la enorme cocina soleada y de la simpatiquísima cocinera gorda, que está en la casa desde hace trece años y siempre guarda un poco de masa para que los chicos pongan al horno. La sola vista de semejante casa le hace a uno desear volverse chico de nuevo. En cuanto a la familia, nunca creí que fueran tan agradables. Sallie tiene padre, madre y abuela; una deliciosa hermanita de tres años llena de rulos, un hermano que siempre se olvida de limpiarse los pies en el felpudo, además de un hermano mayor, muy buen mozo, que se llama Jimmie y es júnior en la universidad de Princeton. En la mesa nos divertimos como locos. Todo el mundo habla y ríe y bromea al mismo tiempo y no tenemos que dar las gracias antes de empezar. Es un alivio no tener que agradecer a Alguien cada bocado que uno come. (Es probable que esté blasfemando, pero usted también lo haría si

hubiera tenido que dar tantas gracias obligatorias como he dado yo en mi vida.) Hemos hecho tantas cosas que no sé por dónde empezar. El señor McBride es dueño de una fábrica y para Nochebuena hicimos un árbol de Navidad para los chicos de los empleados. Lo pusimos en el cuarto de empaque, todo decorado con siemprevivas y ramas de muérdago. Jimmie McBride se vistió de Santa Claus y Sallie y yo lo ayudamos a distribuir los regalos.

Dios mío, Papaíto, le juro que me sentía como un bienhechor síndico del asilo John Grier. ¡Qué sensación más curiosa! Besé, eso sí, a un chiquilín pegajoso, ¡pero puedo asegurarle que no acaricié a ninguno en la cabeza!

Y dos días después de Navidad, ¡dieron un baile en mi honor!

Fue mi primer baile de verdad, ya que los del colegio no cuentan, pues sólo bailamos entre chicas. Me estrené un precioso vestido blanco (su regalo de Navidad, muchísimas gracias), guantes largos de cabritilla y zapatos de raso blanco. La única nubecita para que mi felicidad fuera perfecta fue que no pudiese verme la señora Lippett dirigiendo el cotillón con Jimmie McBride. Hágame el favor de decírselo usted la próxima vez que visite el asilo John Grier.

*Siempre suya,
Judy Abbott*

P. D. Papaíto, ¿le disgustaría mucho si en lugar de ser una Gran Escritora me volviera simplemente una Chica Como Cualquiera?

Sábado, 6:30

Querido Papaíto:

Hoy salimos a pie rumbo a la ciudad, pero ¡Dios de mi vida! ¡Qué manera de llover! Me gusta el invierno verdadero, con nieve, no con lluvia.

El importante tío de Julia nos visitó de nuevo esta tarde y nos trajo una caja de dos kilos de bombones de chocolate. Como se dará cuenta, compartir el cuarto con Julia tiene sus ventajas.

Nuestra chachara insustancial pareció divertirlo, ya que decidió tomar un tren más tarde del que había proyectado, sólo para compartir el té con nosotras en nuestro cuarto de estudio. Nos costó un triunfo conseguir el permiso. Ya resulta bien difícil recibir a padres y abuelos, pero los tíos ofrecen un grado mayor de dificultad; en cuanto a los hermanos y primos, son casi imposibles. Julia tuvo que jurar ante escribano público que Jervis era su tío y debió obtener un certificado firmado por un empleado municipal, (¡Vio cuánto sé de leyes?) Aun así, dudo mucho que habríamos podido celebrar nuestro té si el decano hubiese visto lo joven y buen mozo que es el tío Jervis.

Sea como fuere, lo cierto es que tomamos el té con sandwiches de pan negro y queso. Jervis ayudó a hacerlos y luego se comió cuatro. Le conté que había pasado el verano en Los Sauces y nos dimos un banquete con chismes y noticias de los Semple, los caballos, las vacas y las gallinas. Todos los caballos que él conocía ya han muerto. Todos menos Grover, que era un potrillo cuando él estuvo allí por última



vez y ahora está tan viejo que apenas si puede pastorear rengueando por la pradera.

Jervis quiso saber si todavía guardan las rosquitas en un jarro de cerámica amarilla tapado con un plato azul en el estante bajo de la despensa... ¡Y así es! Preguntó también si seguía habiendo una cueva de marmotas bajo el montón de rocas de la pradera nocturna... ¡Y la hay! este verano Amasai cazó una gris, bien gorda, la quincuagésima tataranieta de la que el niño Jervie había cazado cuando era chico...

Lo llamé niño Jervie en sus narices y no pareció importarle. Según Julia, nunca en su vida ha estado tan amable, ya que suele ser bastante inaccesible. Lo



que pasa es que a Julia le falta tacto y me estoy dando cuenta de que con los hombres es indispensable tenerlo, y mucho. Si se los acaricia en la dirección correcta, ronronean como gatitos, pero escupen si se los frota a contrapelo. (Ésta no es una metáfora muy elegante que digamos, pero comprenda usted que la empleo en sentido figurado.)

Estamos leyendo el Diario de María Bashkirsteff. ¿No le parece extraordinario? Escuche esto: "Anoche tuve un ataque de desesperación que se manifestó en gemidos y que finalmente me impulsó a arrojar el reloj del comedor al mar..."

Esto casi me hace alegrar de no ser un genio; deben ser individuos muy cansadores para tenerlos cerca... y muy destructores del mobiliario.

¡Cómo llueve, Dios mío! Esta tarde tendremos que ir a la capilla nadando.

*Siempre suya,
Judy*

20 de enero

Querido Papaíto-Piernas Largas:

¿Alguna vez tuvieron en el asilo a alguna niñita robada de la cuna en su tierna infancia?

Tal vez esa niñita sea yo... Si yo fuera un personaje de novela, sería un buen desenlace.

Resulta en verdad rarísimo no saber quién es uno. Emocionante y romántico. Puede que no sea americana, ¡hay tantos que no lo son! Puede que descienda en línea recta de los antiguos romanos, o que sea la hija de un vikingo, o de un exiliado ruso y que me correspondiese estar en una prisión de Siberia... O podría ser también una gitana. Pienso que tal vez lo sea, ya que tengo un temperamento bastante nómada, aunque hasta ahora no se me hayan presentado muchas ocasiones de desarrollarlo. Me pregunto, Papaíto, si se ha enterado usted de aquella página escandalosa de mi foja. Aquella vez que me escapé del asilo porque me castigaron por robar galletitas. Ahí figura toda la historia en los libros y cualquier síndico puede leerla. Pero realmente, Papaíto, ¿qué diablos pretendían? Cuando se pone a una chiquilla de nueve años —¡hambrienta!— a fregar cuchillos junto a un tarro de galletitas y se la deja sola y luego se regresa de repente, ¿no es de suponer que estará toda llena de miguitas? Y cuando se la agarra de un brazo y se le pega en los oídos y se la obliga a levantarse de la mesa cuando sirven el postre y se les dice a los demás chicos que es porque ella es una ladrona... Bueno, ¿no esperaría usted que la chica ésa se escapara?

No corrí más de unos ocho kilómetros. Me agarraron y me trajeron de vuelta y después todos los días, durante una semana, me ataban como a un gatito travieso mientras los otros chicos jugaban en el recreo.

¡Dios mío! Ahí suena la campana de la capilla. ¡Y yo que deseaba escribirle una carta bien entretenida!... Después de la capilla tengo una reunión de comité, de modo que...

Auf wiedersehen (adiós). Cher (querido) Papaíto. Pax tibi (la paz sea contigo).

Judy

P. D. Hay algo de lo que estoy bien segura: no soy china.

4 de febrero

Querido Papaño-Piernas-Largas:

Jimmie McBride me envió una bandera de su colegio, grande como nuestro estudio. Le agradezco que haya pensado en mí, pero no sé qué hacer con ella. Sallie y Julia no quieren saber nada de que la ponga en la pared, porque este año nuestro cuarto está decorado en rojo y se puede imaginar el efecto que haría añadirle naranja y negro. Pero me da mucha lástima no aprovecharla, ya que es de una lana suave y abrigadita.

¿Le parecería muy impropio si me hiciera hacer con ella una salida de baño? La que tenía encogió al lavarla.

Últimamente estoy omitiendo detallarle lo que estudio y, aunque no parezca a juzgar por mis cartas, el estudio ocupa mi mente con exclusión de casi todo lo demás. Es muy desconcertante esto de aprender cinco materias a la vez.

"La verdadera prueba de la erudición —nos dice el profesor de química— es la minuciosa pasión por los detalles."

"Tengan cuidado —dice el profesor de historia— de no aferrarse a los detalles. Manténganse a distancia a fin de obtener una amplia perspectiva del conjunto."



Puede usted observar con qué sutileza debemos obrar para mantenernos bien en historia y química... Por mi parte, prefiero el método histórico. Si digo que Guillermo el Conquistador vino en 1492 y que Colón descubrió América en 1066 o 1100 o cuando fuera, se trataría de un simple detalle que el profesor toleraría. Eso le da a uno un sentido de seguridad y reposo en las clases de historia que falta por completo en las de química.

¡Sexta hora! Tengo que ir al laboratorio e investigar un asuntito de ácidos, sales y álcalis. Me quemé el delantal de química con ácido clorhídrico.

Si la teoría fuera exacta, debería poder neutralizar el agujero con una solución fuerte de amoníaco, ¿verdad?

El examen es la semana que viene, pero ¿quién dijo miedo?

*Siempre suya,
Judy*

5 de marzo

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

Sopla un viento típico de marzo y el cielo está cubierto de espesos nubarrones. En los pinos, los cuervos meten un barullo imponente. Es un ruido que excita y embriaga un poco y atrae a una como si la llamaran. Dan ganas de cerrar los libros y marcharse a las colinas a correr carreras con el viento.

El sábado pasado hicimos una falsa cacería del zorro a campo traviesa, en una extensión de ocho kilómetros. El "zorro" estaba compuesto por tres chicas y el rastro era un kilo de papel picado. Ellas partieron una hora antes que los veintisiete cazadores, entre los cuales me encontraba. Ocho fueron quedando en el camino, de modo que terminamos diecinueve.

Todo anduvo muy bien mientras seguimos el rastro a través de una colina, un campo de maíz e incluso un pantano, en el cual tuvimos que hundirnos hasta los tobillos. Perdimos el rastro varias veces y nos demoramos unos veinticinco minutos en ese bendito pantano. Por último, después de otra colina y de algunos bosques, llegamos a la ventana de un granero. La puerta estaba cerrada con llave y la ventana era alta y bastante chica... No me parece que esa parte del juego fuera muy limpia, ¿y a usted? Pero no nos molestamos en trepar, sino que rodeamos el granero y volvimos a encontrar el rastro que salía del techo de un cobertizo. El zorro había creído despistarnos con eso, pero lo embromamos recorriendo luego las dos millas de praderas, donde el rastro se hizo difícil, ya que empezaba a escasear el papel picado. La regla del juego es que no debe distanciarse más de dos metros, pero éstos fueron los metros más largos que vi en mi vida. Por fin, después de trotar más de dos horas, fuimos a parar a la cocina de la granja Manantial de Cristal (la granja donde las chicas del colegio suelen ir en carro o en trineo a comer pollo y barquillos de postre) y allí encontramos a Monsieur El Zorro atracándose de leche y bollitos con miel... Ninguno de los tres zorros creyó que llegaríamos tan lejos, pues esperaban que nos quedáramos plantadas en aquella ventana del granero.

Los dos bandos discutimos a muerte, cada uno seguro de haber ganado. Yo creo que la victoria fue nuestra, ya que los cazamos antes de que volvieran al colegio. Sea como fuere, las diecinueve nos posamos en los muebles como langostas, pidiendo a gritos de comer. No alcanzaba la miel para tantas chicas, pero la señora Manantial de Cristal (la llamamos así, aunque en realidad se llama Johnson) trajo un tarro de dulce de frutillas y otro de jarabe de arce y tres enormes panes negros.

Hasta las seis y media no estuvimos de vuelta en el colegio, con media hora de retraso para la comida. Por lo tanto, nos sentamos en seguida a la mesa sin cambiarnos y con nuestro apetito intacto. Después faltamos todas al servicio religioso de la noche, ya que el estado barroso de nuestras botas nos servía de inmejorable justificativo.

Nunca le conté nada de los exámenes, Papaíto. Aprobé todos con la mayor facilidad. Ahora conozco el secreto y ya no volverán a aplazarme nunca. Sin embargo, no podré recibirme con honores, a causa de esos odiosos latín y geometría de primer año. Pero no me importa nada... ¡Basta la salud! Como verá, estoy leyendo los "clásicos".

Y hablando de clásicos, me imagino que habrá leído usted Hamlet, ¿no? Si así no fuera, póngase inmediatamente a leerlo. ¡Es sensacional! Toda mi vida había oído hablar de Shakespeare, pero nunca me imaginé que escribiera así. Sospechaba que se dejaba estar, confiado en su fama.

Desde que empecé a leer en serio, inventé un juego. Todas las noches me duermo haciendo como que soy el personaje (el personaje principal, por supuesto) del libro que estoy leyendo.

Por el momento soy Ofelia, ¡y una Ofelia tan sensata!... Todo el tiempo mimo y regaño a Hamlet. Y lo divierto, y hago que se abrigue para que no tome frío... ¡Lo he curado completamente de su melancolía! El rey y la reina han muerto —en un oportuno naufragio—, de modo que ni siquiera hizo falta enterrarlos, y Hamlet y yo reinamos en Dinamarca sin ningún problema. El reino marcha a las mil maravillas. Él se ocupa del gobierno y yo de la beneficencia. He fundado varios asilos de huérfanos de primerísimo orden. Si usted o alguno de los otros síndicos desea visitarlos, encantada le haré de cicerone. Creo que encontrarían ustedes muchas sugerencias útiles.

*Suya, muy graciosamente,
Ofelia, Reina de Dinamarca.*

25 de marzo. Puede ser también el 24

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

No creo que puedairme al cielo cuando me muera. Estoy consiguiendo tantas pero tantas cosas buenas aquí en la tierra, que no sería justo que las obtuviera de nuevo en el más allá. Escuche todo lo que me pasó:

Jerusha Abbott ganó el premio de cuento corto (veinticinco dólares) que la revista mensual acuerda todos los años. ¡Y se trata de una alumna de apenas segundo año! Las competidoras son en su mayoría chicas de los últimos años. No podía convencerme cuando vi mi nombre en el boletín. ¡Quizá llegue a ser escritora, después de todo! Ojalá la señora Lippett me hubiera puesto otro nombre menos tonto. El mío suena a literatura barata, ¿no le parece?

Además, he sido elegida para la representación teatral de primavera. Daremos Como gustéis, de Shakespeare. Y la función será al aire libre. Mi papel es el de Clelia, la prima de Rosalinda, la heroína.

Por último, Julia, Sallie y yo nos vamos el viernes a Nueva York a hacer compras para la primavera. Nos quedaremos toda la noche y al día siguiente iremos al teatro con el niño Jervie, que nos invitó. Julia se va a quedar en su casa con su familia, pero Sallie y yo nos alojaremos en el hotel Marta Washington. ¿Ha oído usted nada más emocionante? En mi vida he visto un hotel. Tampoco un teatro, excepto una vez que la Iglesia dio un festival y nos invitó a los huérfanos. Pero no era teatro verdadero y no se cuenta.

¿Y qué obra cree usted que veremos? ¡Pues nada menos que Hamlet! La hemos estudiado durante cuatro semanas en la clase de literatura y lo sé de memoria.

Estoy tan excitada con estos proyectos que apenas si puedo dormir.

¡Adiós, Papaíto!

Este mundo es realmente muy divertido.

*Siempre suya,
Judy*

P. D. Acabo de mirar el almanaque. Resulta que es 28.

Otra posdata: Hoy vi a un chofer de ómnibus que tenía un ojo marrón y otro azul. ¿No le parece que sería un magnífico villano para una novela policial?

7 de abril

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

¡Dios de mi vida, qué grande es Nueva York! No puedo convencerme de que viva usted en medio de ese loquero. Creo que me llevará varios meses recuperarme de sólo dos días que pasé en esa ciudad. No sé cómo empezar a contarle todas las cosas maravillosas que he visto. Además, me imagino que usted ya las sabe, puesto que vive allí.

Pero ¿no es verdad que las calles son muy entretenidas? ¿Y la gente? ¿Y los comercios? Nunca vi cosas tan preciosas como las que se exhiben allí en las vidrieras. Una desea casi dedicar el resto de su vida a los trapos.

El sábado por la mañana, Sallie, Julia y yo salimos de compras. Julia entró en el sitio más suntuoso que he visto jamás: las paredes blanco y oro, alfombras azules, lo mismo que los cortinados de seda, y sillas doradas. Salió a recibirnos una señora divina, de pelo rubio y elegantísimo traje de seda negro. Yo creí que estábamos de visita y quise darle la mano, pero parece que sólo estábamos comprando sombreros. Al menos, eso es lo que hacía Julia, que se sentó ante un enorme espejo y se probó como una docena, a cual más lindo, hasta que por fin eligió los dos más bonitos de todos.

No puedo concebir mayor placer que sentarse frente a un espejo y comprar cualquier sombrero que se elija sin tener que fijarse antes en el precio. No cabe duda, Papaíto: ¡Nueva York destruiría con toda rapidez el espíritu estoico que el asilo John Grier fue edificando con tanta paciencia!

Cuando terminamos las compras, nos encontramos con el niño Jervie en Sherry. Es el restaurante más lujoso de la ciudad... Bueno, seguro que usted lo conoce. Ahora, imagínesele y después imagine el comedor del asilo John Grier, con sus mesas cubiertas de hule y sus tazas de loza gruesa, de ésa que no se puede romper ni a propósito, y tenedores y cuchillos con cabo de madera... ¡Sólo entonces sabrá cómo me sentía yo en Sherry!

Me equivoqué de tenedor cuando comimos pescado, pero el mozo me lo cambió amablemente y nadie se dio cuenta.

Después del almuerzo fuimos al teatro. ¡Fue deslumbrante, maravilloso, increíble! Sueño con eso todas las noches.

¿Verdad que Shakespeare es estupendo? Hamlet es incluso más magnífico en escena que cuando lo analizamos en clase. Bien sabe usted que yo lo valoraba como se merece, pero ahora... ¡Dios mío, no tengo palabras!

Creo que, si no tiene usted inconveniente, seré actriz más bien que escritora. ¿No le gustaría que dejara el colegio y entrara en una escuela de arte dramático? Así, cuando sea una gran actriz, le enviaré un palco para todas mis funciones y le sonreiré por detrás de las candilejas. Sólo que deberá ponerse una rosa roja en el ojal, para que pueda sonreír al hombre que corresponda. ¿No sería espantoso que me pusiera a sonreírle a cualquiera?

Durante el regreso al colegio, el sábado por la noche, comimos en el tren, en mesitas iluminadas por lamparitas rosadas y servidas por mozos negros. Yo no sabía que se servían comidas en los trenes y, sin pensarlo, lo dije en voz alta.

—¿Pero dónde te han educado? —me dijo Julia.

—En una aldea —le contesté con toda dulzura.

—¿Y nunca viajaste? —insistió mi amiga.

—Hasta que no vine a la universidad, nunca. Y en esa ocasión fue un viaje corto y no hicimos ninguna comida —le expliqué.

Se está tomando mucho interés por mí porque, según ella, digo cosas muy extrañas y divertidas. Yo me empeño en no decirlas, pero se me escapan cuando estoy sorprendida, y lo estoy la mayoría del tiempo. Es una experiencia vertiginosa, Papaíto, pasar diecisiete años en el asilo John Grier y luego... ¡de repente!... ser lanzada al mundo.

Sin embargo, me voy aclimatando. Mis errores son ahora menos garrafales y ya no me siento incómoda con las otras chicas. Antes me estremecía cuando alguien me miraba, porque me parecía que, a través de mi ropa nueva, se me veían por debajo los delantales de percal. Ahora ya ni me acuerdo del algodón a cuadritos... "¡Bastan para ayer los males del día!", como dice la Biblia.

Me olvidaba contarle de las flores que recibimos. El niño Jervie nos mandó a cada una un gran ramo de violetas y lirios del valle. ¿No le parece muy amable de su parte? Estoy cambiando de parecer con respecto a los hombres. Antes no me gustaban nada, porque los juzgaba a través de los síndicos.

¡Cuatro páginas! Valor, ya termino.

*Siempre suya,
Judy*

10 de abril

Señor Hombre Rico:

Aquí le envío su cheque de cincuenta dólares. Se lo agradezco mucho, pero no creo que deba aceptarlo. Mi mensualidad es suficiente para comprarme todos los sombreros que necesito. Siento haberle escrito todas esas pavadas sobre la sombrerería; sólo fue porque en mi vida había visto nada igual.

Eso no significa que estuviera mendigando. Y preferiría no aceptar más caridad que la absolutamente indispensable.

*Sinceramente suya,
Jerusha Abbott*

11 de abril

Queridísimo Papaíto:

¿Quiere perdonarme por la carta que le escribí ayer? Me arrepentí en seguida de haberla echado al buzón y traté de recuperarla, pero el odioso del empleado de correos se negó a devolvérmela.

Ahora es medianoche y hace horas que estoy despierta pensando en el gusano que soy, ¡un gusano horrible de mil patas!, y no puedo pensar en nada peor. Cerré la puerta muy despacito para no despertar a Julia y a Sallie y le estoy escribiendo sentada en la cama, en papel arrancado de mi cuaderno de historia.

Quería decirle únicamente que siento haber sido tan descortés con respecto a su cheque. Sé que su intención fue amable y creo que es usted muy bueno en haberse molestado por una cosa tan insignificante como un sombrero. Debí devolverle ese cheque con más amabilidad.

Eso sí, tenía que devolvérselo. Debe usted comprender que mi caso es muy diferente del de las otras chicas. Ellas pueden aceptar dádivas de los demás, ya que tienen padres, hermanos, tíos... pero yo no estoy con nadie en una relación de esa clase. Me gusta imaginarme que usted es

mi tío y que le pertenezco, pero es sólo un juego y yo sé muy bien que no hay tal tío. En realidad, estoy sola —de espaldas a la pared para luchar con el mundo— y, cuando lo pienso, pierdo un poco el aliento. A veces trato de olvidarme de esa idea y seguir fingiendo, pero ¿no se da cuenta, Papaíto? No puedo aceptar más dinero del necesario porque algún día voy a querer devolverlo, y ni aunque llegue a ser una escritora muy famosa podré hacer frente a una deuda tan tremenda.

Me encantan los sombreros bonitos y demás frivolidades, pero no puedo hipotecar mi futuro para pagarlos.

Me perdona, ¿verdad?, por haber sido tan grosera. Tengo la mala costumbre de escribir impulsivamente cuando se me ocurre una cosa y luego despacho la carta en seguida, de modo que se me hace imposible recuperarla. Pero si a veces aparezco como atolondrada o ingrata, no es en absoluto mi intención. Al contrario, le agradezco de corazón la vida libre e independiente que usted me ha proporcionado. Después de una larga infancia de rebelión y rencor, ahora soy tan feliz en cada momento de mi vida que todavía no puedo creerlo. Me siento como una heroína de novela.

Son las dos y cuarto y voy a salir en puntillas a despachar esta carta, así podrá recibirla con el correo siguiente al de la otra y tendrá menos tiempo para pensar mal de mí. Buenas noches, Papaíto.

*Lo quiero como siempre.
Judy*

4 de mayo

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

El sábado pasado fue el Día del Atletismo en el colegio e hicimos una fiesta espectacular. Primero hubo un desfile de todas las clases; todo el mundo vestido de brin blanco con distintos complementos: las séniors llevaban sombrillas japonesas azul y oro y las juniors, banderines blancos y amarillos. Nuestra clase tenía globos rojos muy bonitos, que todo el tiempo se escapaban y flotaban por el aire. Las de primer año se habían hecho unos sombreros de papel verde con largas cintas colgando. También hubo una banda, con uniformes y todo (alquilados en el pueblo) y una docena de disfrazados —payasos de circo — para entretener a la concurrencia entre un número deportivo y otro.

Julia iba vestida como un campesino gordo, de patillas, y llevaba un plumero de tiras de trapo y un voluminoso paraguas. Patsy Moriarty, que es alta y flaca, iba como la mujer de Julia y se había puesto una absurda capota de sol echada sobre una oreja.

Fueron acogidas con carcajadas por todo el mundo a todo el largo de la pista. Nunca creí que una Pendleton pudiera ostentar semejante talento para la comicidad... Con perdón del niño Jervie, ya que a él no lo considero un Pendleton verdadero, lo mismo que a usted no lo considero un verdadero síndico.

Sallie y yo no figuramos en el desfile porque estábamos inscriptas en el programa de atletismo. Y créase o no, ambas ganamos. Por lo menos en algo.

Nos arriesgamos en el salto en ancho y perdimos, pero Sallie ganó el salto de vallas y yo la carrera de cincuenta metros en ocho segundos.

Terminé sin aliento, pero fue muy divertido, con toda la clase que agitaba globos gritando:

—¿Qué le pasa a Judy Abbott?

—¡Está muy bien!
—¿Quién está muy bien?
—¡Ju-dy Ab-bott!
Eso, Papaíto, se llama... ¡tener fama de verdad!



Judy gana la carrera de 50 metros

Después tuve que salir al trote a los vestuarios, hacerme aplicar una friga de alcohol y que me dieran un limón para chupar. Como verá, somos muy profesionales. Y es algo hermoso ganar un punto para su clase, porque la que gana más puntos obtiene la Copa de Atletismo por todo el año. Este año la ganaron las seniors con siete puntos en su haber. La Asociación de Atletismo nos ofreció luego una comida a todas las ganadoras. Nos dieron cangrejos fritos y helado de chocolate moldeado en forma de pelotas de básquet. Me pasé la mitad de la noche leyendo Jane Eyre. ¿Tiene usted bastante edad, Papaíto, como para recordar cosas de hace tantos años? Si así fuera, ¿es cierto que la gente hablaba como en el libro?

La altiva Lady Blanche le dice a un lacayo: "Deten tu chachara, bribón, y ejecuta mi mandato". El señor Rochester habla del "firmamento" cuando quiere decir "cielo", y ni hablar de la loca que se ríe como una hiena, pega fuego a las cortinas de la cama, desgarrar las vestiduras nupciales y muerde... Es todo un puro melodrama, pero uno lee y lee sin poder dejarlo. No me explico cómo una muchacha pudo haber escrito un libro semejante. Estas hermanas Brontë, las autoras del libro, tienen algo fascinante. No sólo sus libros, sino también sus vidas, su espíritu. ¿De dónde lo sacaron? Cuando leía las penurias de la pequeña Jane en la escuela de caridad, me enojé tanto que tuve que salir a caminar para calmarme. Comprendo perfectamente los sentimientos de Jane. Habiendo conocido a la señora Lippett, puedo imaginarme al señor Brocklehurst.

No se sulfure, Papaíto. No quiero decir que el asilo John Grier sea como el Instituto Lowood, ya que siempre nos daban bastante de comer y ropa para ponernos, bastante agua para lavarnos y teníamos una buena hornalla de calefacción en el sótano. Pero la semejanza es fatal. Nuestra vida era absolutamente monótona y sin acontecimientos. Nunca pasaba nada lindo, exceptuando el helado de los domingos, y hasta eso estaba atacado de una implacable regularidad. En los dieciocho años que pasé allí, mi única aventura fue cuando se quemó la leñera. Por lo menos hubo que levantarse y vestirse durante la noche, a fin de estar listas en caso de que se prendiera fuego la casa. Pero al final no pasó nada y tuvimos que volver a la cama.

A todo el mundo le gustan las sorpresas; es un deseo natural del ser humano. Pero yo nunca tuve ninguna sorpresa hasta que la señora Lippett no me llamó a la dirección para decirme que el señor John Smith iba a mandarme a la universidad.

Porque le diré, Papaíto: yo creo que la cualidad más importante que puede tener una persona es la imaginación, porque es lo que hace posible que alguien se ponga en el lugar de otro. Y eso vuelve a la gente comprensiva y capaz de compasión. Es una cualidad que debería inculcarse en los niños. En cambio, el asilo John Grier desterraba desde el vamos todo atisbo de imaginación que apareciera en algún huérfano. La única cualidad que se estimulaba era el deber. Por mi parte, creo que los niños deberían ignorar el significado de esa palabra, odiosa y detestable, y que se les debería enseñar a hacer todas las cosas por amor.

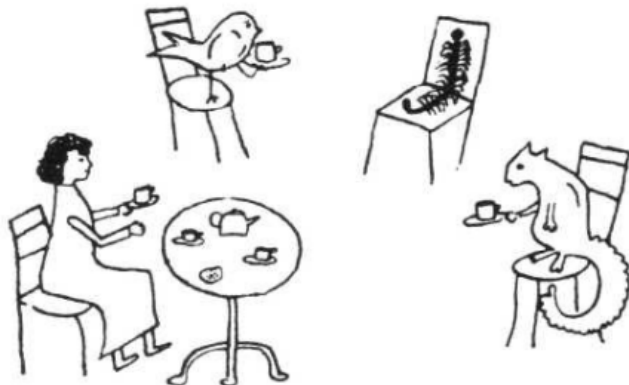
Espere y verá el asilo de huérfanos del que algún día yo seré directora. Es mi pasatiempo favorito por la noche, antes de dormirme. Lo proyecto todo, hasta el menor detalle: las comidas, la ropa, los estudios, las diversiones y los castigos (pues incluso mis huérfanos de superior calidad se portan mal algunas veces).

Lo principal es que seremos felices. Creo que todo el mundo, no importa cuántos dolores le aguarden en la vida, debe tener una infancia feliz para recordar. Y si alguna vez tengo hijos, no dejaré por nada que mis desgracias —si llego a tenerlas— los afecten a ellos en lo más mínimo. No tendrán preocupación alguna hasta que crezcan.

(Ahí suena la campana para la capilla. Terminaré esta carta otro día.)

Jueves

Esta tarde, al volver del laboratorio, encontré una ardilla sentada en la mesa del té sirviéndose muy oronda mis almendras. Con el calor dejamos la ventana abierta y todos los días tenemos esa clase de visitas.



Mi querida Ana. Después, va a tomar un té con o dos?

Sábado por la mañana

Tal vez crea que anoche, por ser viernes y no tener clases hoy, pasé una noche tranquila leyendo la colección de Stevenson que me compré con el dinero del premio. Si cree eso, se ve que usted nunca estuvo en un colegio de señoritas, Papaíto querido. Seis

chicas vinieron a nuestro cuarto a hacer caramelos de chocolate y una de ellas derramó el caramelo, todavía líquido, justo en medio de nuestra alfombra más fina. Jamás podremos limpiar esa mancha.

Hace mucho que no le hablo de mis clases, pero seguimos con ellas todos los días. Es un descanso, sin embargo, escapar un poco de los libros y discutir la vida en general... Una discusión unilateral, claro, pero eso es culpa suya. En cuanto usted quiera, sus respuestas serán recibidas con alegría.

Hace tres días que estoy escribiendo esta carta y mucho me temo que ya esté usted más que aburrido.

*Adiós, simpático Hombre,
Judy*

Sr. Papaíto-Piernas-Largas Smith.

Muy señor mío:

Habiendo terminado el estudio de la retórica y la lógica, así como la ciencia de dividir un tema en capítulos y párrafos, he decidido adoptar en mis cartas ese estilo, pues contiene los hechos necesarios y suprime toda verborragia superflua.

I. Esta semana tuvimos exámenes escritos en:

A. Química

B. Historia

II. Están construyendo un nuevo pabellón.

A. Sus materiales son:

a) ladrillo rojo

b) piedra gris

B. Su capacidad será:

a) una decana, cinco instructoras

b) doscientas chicas

c) una ecónoma, tres cocineras, veinte camareras, veinte mucamas

III. Esta noche nos dieron flan de postre.

IV. Estoy escribiendo una monografía sobre las fuentes de las obras de Shakespeare.

V. Lou McMahon resbaló y se cayó mientras jugaba al básquet y:

A. Se dislocó un hombro

B. Se magulló la rodilla

VI. Tengo un sombrero nuevo, adornado con:

A. Una cinta de terciopelo azul

B. Dos cuchillas azules

C. Dos pompones rojos

VII. Son las nueve y media.

VIII. Buenas noches.

Judy

2 de junio

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

Nunca adivinará usted la cosa agradable que ocurrió. Los McBride me invitaron a pasar con ellos las vacaciones en su campamento de verano de los Adirondacks. Pertenecen a una especie de club que hay junto a un precioso lago en medio de bosques. Los socios tienen allí casas de troncos salpicadas entre los árboles y todos poseen canoas para remar por el lago y hacen largas caminatas hasta otros campamentos. Una vez por semana hay baile en el local del club. Jimmie McBride llevará a un compañero de estudios a quedarse casi todo el verano, así que no nos faltará con quién bailar. ¡Qué encanto la señora McBride de haberme invitado! Parece que le gusté cuando estuve allí para Navidad.

Por favor, perdóneme por escribir tan corto hoy. No es una carta verdadera sino sólo un boletín para comunicarle que ya tengo programa para este verano.

*Suya, en feliz estado de ánimo,
Judy*

5 de junio

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

Me escribió su secretario diciendo que el señor Smith prefiere que no acepte la invitación de la señora McBride sino que vuelva a Los Sauces, igual que el año pasado.

Pero ¿por qué, Papaíto? ¿Por qué?

Creo que usted no ha entendido bien de qué se trata. La señora McBride desea que yo vaya, lo desea de veras. No los incomoda para nada. Al contrario, los ayudo, pues no tienen muchos sirvientes y tanto Sallie como yo haremos muchas cosas útiles en la casa. Toda mujer debe aprender eso, y yo sólo sé manejar un asilo.

En el campamento no hay ninguna otra chica de mi edad y la señora me quiere para compañera de Sallie, con quien proyectábamos leer mucho este verano: todos los libros de inglés y sociología señalados para el año que viene, ya que el profesor nos dijo que sería una gran ayuda que adelantáramos la lectura durante el verano, y es mucho más fácil retener las cosas si se lee con otro y se comenta luego.

El solo hecho de vivir en la misma casa con la madre de Sallie ya constituye de por sí una educación. Es la mujer más encantadora, entretenida y sociable del mundo; sabe de todo. Piense usted en todos los veranos que pasé con la señora Lippett y cómo voy a valorar el contraste. Tampoco debe temer que vaya a ocupar mucho espacio, porque la casa es elástica. Cuando tienen muchos huéspedes, no hacen más que salpicar el bosque de carpas y mandan a los varones a dormir afuera. Y será un veraneo muy saludable, además, porque haremos ejercicio al aire libre todo el tiempo. Jimmie me va a enseñar a montar a caballo, andar en canoa y tirar con rifle, y otro montón de cosas más que yo ya debería saber. Sería el tipo de vacaciones que nunca he tenido, alegres y despreocupadas, como merece disfrutar toda chica al menos una vez en su vida. Por supuesto, voy a hacer lo que usted diga, pero por favor, Papaíto, diga que sí... Déjeme ir, Papaíto, nunca he deseado nada en mi vida tanto como esto. Quien se lo pide no es Jerusha Abbott, la futura gran escritora, sino Judy, ¡una simple muchacha!

9 de junio

Señor John Smith.

Señor: Su carta del 7 del corriente en nuestro poder. En cumplimiento de las instrucciones recibidas por intermedio de su secretario, salgo el viernes próximo para pasar el verano en la granja Los Sauces.

Quedo de usted, Miss Jerusha Abbott

Los Sauces, 3 de agosto

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

Hace casi dos meses que no le escribo, lo cual no ha sido amable de mi parte, pero la cuestión es que este verano no lo quise mucho y, como verá, soy completamente franca al respecto.

No puede imaginarse mi desencanto al tener que renunciar al campamento de los McBride. Sé muy bien que usted es mi tutor y debo obedecer sus deseos, pero en este asunto realmente no he visto la "razón" de su negativa, ya que desde todo punto de vista era lo mejor que me podía haber pasado. Si yo hubiera sido Papaíto y usted hubiera sido Judy, yo le habría dicho lo siguiente: Dios te bendiga, criatura, vé y diviértete, conoce gente nueva y aprende cosas útiles, vive al aire libre y ponte fuerte y descansa bien para el intenso trabajo que te espera el año próximo... Pero no, ¡nada de eso! ¡Sólo unas breves líneas de su secretario dándome orden de ir a Los Sauces!

Creo que lo que más lastima mis sentimientos es lo impersonal de sus órdenes. Se diría que no siente usted por mí ni una milésima parte de lo que yo siento por usted. Si así no fuese, me enviaría de vez en cuando algún mensaje escrito de su puño y letra, en lugar de esas odiosas notitas escritas a máquina por su secretario. Con el menor indicio que tuviera de que a usted le importa lo que siento, me ablandaría por completo y no habría cosa en el mundo que yo no hiciera con tal de complacerlo.

Ya sé que tenía que escribirle cartas largas y agradables sin esperar la más mínima respuesta, y por lo que a usted se refiere por cierto que está cumpliendo lo convenido. Y debe pensar sin duda que yo no lo cumplo, ¿no es así?

Pero, Papaíto, ¡es que resulta un pacto muy difícil de respetar! ¡Estoy tan sola! Usted es la única persona que tengo a quien querer... ¡y es tan vago e indefinido! No es más que un hombre imaginario que yo misma me he fabricado y sin duda alguna la realidad es completamente distinta de mi fantasía. Sin embargo, en una ocasión, cuando estuve enferma, me envió usted un mensaje y todavía hoy, cuando me siento muy olvidada, saco aquella tarjetita suya y la releo.

Al final no le estoy diciendo nada de lo que quería comunicarle, que es lo siguiente:

Aunque mis sentimientos todavía están heridos, ya que me resultó humillante ser movida como una pieza de ajedrez por una Providencia arbitraria, terminante, irrazonable, omnipotente e invisible, cuando un hombre ha sido tan bueno y generoso como lo ha sido usted conmigo —hasta ahora—, supongo que tiene derecho a ser arbitrario, perentorio, terminante, irrazonable e invisible ¡si así se le da la gana! De modo que lo voy a perdonar y

volveré a estar alegre como antes. ¡Lo cual no quita que me caiga muy mal recibir las cartas de Sallie contándome lo que se divierten en el campamento!

En fin, demos vuelta la hoja y empecemos de nuevo.

Todo el verano lo pasé escribiendo: cuatro cuentos terminados y enviados a diferentes revistas. Ya ve cómo estoy tratando de ser escritora, según sus deseos. Tengo mi cuarto de trabajo en un rincón del altillo donde el niño Jervie jugaba los días de lluvia. Es un rinconcito fresco y bien ventilado, con dos ventanas de bohardilla a las que da sombra un arce con una cueva en el tronco, donde vive toda una familia de ardillas.

De aquí a unos días le voy a escribir otra carta dándole todas las noticias de la granja.

Necesitamos lluvia.

*Suya, como siempre,
Judy*

10 de agosto

Señor Papaíto-Piernas-Largas:

Le escribo sentada en la segunda horqueta del sauce que hay junto al lago. Una rana está croando allá abajo y hay dos lagartijas que se pasean de arriba abajo por el tronco. Hace una hora que estoy aquí, pues la horqueta resulta muy cómoda tapizándola con dos almohadones. Subí a este árbol en la esperanza de escribir un cuento que me hiciera inmortal, pero mi heroína me está haciendo pasar un mal rato, ya que no consigo que se comporte como yo quiero, de modo que he resuelto abandonarla un momento y me puse a escribirle a usted. Esto no representa ningún adelanto, ya que tampoco consigo que usted se porte como yo quiero.

Si sigue en esa ciudad terrible que es Nueva York, quisiera poder enviarle un poco de este aire y un trocito de este paisaje, precioso en un día de sol. El campo, después de una semana de lluvia, se pone como un pedazo de cielo.

Hablando del cielo, ¿se acuerda del señor Kellogg, de quien le hablé el año pasado? Era el sacerdote de la iglesita blanca del pueblo. Pues bien, ha muerto el pobre. El año pasado, de pulmonía. Como fui varias veces a oírlo predicar, me enteré muy bien de los principios de su teología. Siguió creyendo hasta el final las mismas cosas en que había creído desde el principio de su vida. A mí me parece que un hombre que puede estar cuarenta y siete años sin cambiar una sola de sus ideas tendría que ser guardado en una vitrina como una curiosidad. ¡Espero que esté disfrutando del arpa y la corona dorada que estaba tan seguro de obtener! En su lugar hay un cura nuevo, bastante joven y engreído. Los feligreses se muestran dudosos, en especial la facción que tiene como líder al diácono Cummings, y se diría que va a haber un cismo en la iglesia. En estas vecindades no nos gustan nada las innovaciones en materia religiosa.

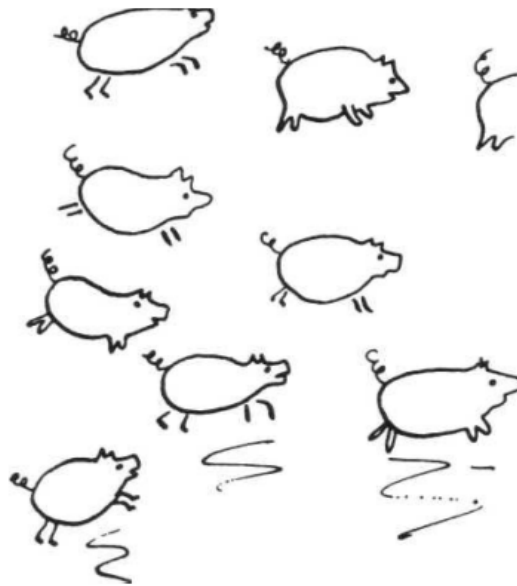
Durante la semana de lluvia me di un banquete de lectura sentada en el altillo, en su mayoría de Stevenson. Aunque tiene libros apasionantes como *La isla del tesoro* y *Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, su personalidad es más interesante que la de cualquiera de sus personajes. Me atrevo a pensar que él mismo plasmó su vida como la de un héroe de novela, de los que quedarían bien en letra de imprenta. ¿No le parece fantástico que haya invertido los 10.000 dólares que le dejó su padre en un yate y saliese navegando en él a los mares del Sur? Realmente vivió a la altura de su credo aventurero. El solo pensar en esos sitios me pone frenética. Yo también quiero visitar los trópicos, conocer el mundo entero...

Y algún día lo haré, Papaíto, palabra de honor; ya verá usted, cuando logre ser una gran escritora, o artista o dramaturga o sea cual fuere la persona importante en que algún día me convertiré. ¡Tengo verdaderas ansias de viajar! Sólo con ver un mapa me dan ganas de ponerme un sombrero y partir. "Antes de morir, veré los templos y palmeras de septentrión..." (La cita no es mía, por supuesto. Se la pedí prestada a Stevenson.)

Jueves.

Hora del crepúsculo. Sentada en el umbral.

Me cuesta mucho poner en esta carta las noticias de la granja. Judy se está poniendo tan filosófica



últimamente, que lo único que desea es hablar y razonar largo y tendido acerca del mundo en general, en lugar de descender a los detalles triviales de la vida cotidiana. Pero si se empeña usted en tener noticias, aquí van:

El jueves, nuestros nueve lechones se escaparon y vadearon el arroyo, perdiéndose uno. No queremos acusar a nadie, pero sospechamos que la viuda Dowd tiene un lechón más de los que le corresponden.

El señor Weaver pintó su galpón y los dos silos de un color amarillo zanahoria muy feo, pero que según él resultará durable.

Esta semana los Brewer tuvieron huéspedes; vinieron a quedarse, procedentes de Ohio, la hermana de la señora y las dos sobrinas.



Una de nuestras gallinas coloradas de Rhode Island no sacó más que tres pollitos de los quince huevos en que la echaron.

No sabemos qué puede haber pasado. Decididamente, las coloradas de Rhode Island son, en mi opinión, una raza muy inferior, y sigo prefiriendo las Orpington amarillas.

El empleado del correo del pueblo se bebió hasta la última gota la ginebra de Jamaica que tenían guardada, ¡por valor de siete dólares!

El viejo Ira tiene reumatismo y no puede trabajar más y, como nunca ahorró un centavo cuando ganaba buenos jornales, ahora deberá vivir de la caridad municipal.

El sábado próximo habrá una fiesta en la escuela. Servirán helados. Queda usted invitado con toda su familia.

Me compré un sombrero en el pueblo por veinticinco centavos. Le mando mi retrato más reciente, en camino a rastrillar el heno.



Bueno, está oscureciendo demasiado como para seguir escribiendo y, de todos modos, ya no tengo más noticias.

*Buenas noches,
Judy*

Viernes

¡Buenos días! ¡Hoy sí que tengo una noticia! ¿Quién cree usted que está por venir a Los Sauces? ¡Nunca lo va a adivinar! La señora Semple recibió una carta del señor Pendleton diciéndole que, cuando pase por los montes Berkshire en automóvil, querrá descansar en una granja tranquila y que le prepare un cuarto por si cae un día de estos. Puede que se quede una semana, o dos... o hasta tres, según le vaya resultando el descanso.



¡Gran revuelo en Los Sauces! ¡Gran limpieza en toda la casa, con lavado de cortinas etcétera etcétera! Mañana me voy al pueblo a comprar un pedazo de linóleo para la entrada y un tarro de barniz para pisos, a fin de renovar el hall y las escaleras. Mañana viene la señora Dowd a lavar los vidrios (en la emergencia, hemos olvidado nuestras sospechas con respecto al lechoncito). De esta crónica podría usted deducir que la casa no estaba ya limpiísima, pero le aseguro que estaba imaculada. Porque, sean cuales fueren los defectos de la señora Semple, jamás se la podrá criticar como ama de casa.

Lo malo es que —¡típico de lo absurdos que son los hombres!— el señor Pendleton no nos hace la más mínima insinuación de si caerá mañana o de aquí a quince días... Viviremos sin poder respirar hasta que no llegue, y si no se apura, ¡habrá que hacer de nuevo toda la limpieza!

Ahí me está esperando Amasai con el sulky y Grover. Conduciré yo, pero si viera usted al viejo Grover, no se preocuparía en lo más mínimo por mi seguridad.

*Adiós, Papaíto, con la mano en el corazón,
Judy*

P. D. ¿Le gusta este final? Lo saqué de las cartas de Stevenson.

¡Buenos días otra vez! Como ayer no ensobré la carta, hoy puedo agregar algo antes de que venga el cartero (viene una sola vez por día). El reparto postal es una bendición para los granjeros, ya que el cartero no se limita a entregarnos la correspondencia sino que también nos hace mandados a cinco centavos por encargo. Ayer me trajo cordones para zapatos y un pote de crema (se me había pelado toda la nariz con el sol antes de comprarme el sombrero), una cinta negra y un tarro de betún. Me cobró sólo diez centavos por todo, lo cual salió muy barato, dada la importancia del pedido.

Además, nos entera de todo lo que pasa en el pueblo e incluso en el mundo en general, pues los pasajeros que reciben diarios son varios y él va leyéndolos al trotecito de sus caballos, repitiéndoles las noticias a los que no están abonados. De modo que, si estalla una guerra entre los Estados Unidos y el Japón, o asesinan al presidente, o el señor Rockefeller le deja un millón de dólares al asilo John Grier, no sé moleste usted en comunicármelo, porque ya lo sabré.

Del niño Jervie... ¡ni señales! ¡Pero tendría que ver usted lo limpia que está la casa y con qué cuidado nos limpiamos los pies antes de entrar!

Estoy deseando que venga, lo confieso, porque me muero por tener alguien con quien conversar. La señora Semple, la verdad sea dicha, se pone monótona con sus repeticiones y nunca salpica su conversación con alguna que otra idea. Es gracioso lo que pasa con esta gente... Su mundo no es más grande que esta colina... No son nada universales, si me explico. Viene a ser lo mismo que en el asilo John Grier: nuestras ideas estaban limitadas en los cuatro lados por la verja de hierro. Sólo que entonces no me importaba mucho, porque era más joven y, además, estaba siempre tan ocupada que, una vez que había hecho todas las camas, lavado las caras de los chicos, asistido a la escuela, zurcido las medias y cosido el remiendo en los pantalones de Freddy Parkins (se los rompía todos los santos días) y aprendido las lecciones en los intersticios, no veía otra cosa que la cama y no extrañaba la falta de intercambio social. Pero después de vivir dos años en un colegio que se especializa en conversación, uno la echa de menos y voy a estar feliz de tener alguien a mano que hable mi idioma.

*Siempre suya,
Judy*

P. D. La lechuga no dio nada bien este año. Es porque faltó lluvia al principio de la estación.

25 de agosto

Bueno, Papaíto, ¡el niño Jervie ya está aquí, por fin! Y nos divertimos en grande. Por lo menos me divierto yo y creo que él también, porque ya hace diez días que está y ni habla de marcharse. Es escandalosa la manera como la señora Semple mima a este hombre. Si hacía lo mismo cuando era chico, no me explico cómo pudo salir tan bueno.

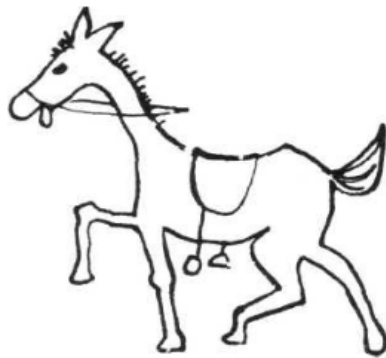
El y yo comemos en una mesita en el corredor del costado y bajo los árboles, o bien —si llueve o hace frío— en la sala principal. Cada vez, elige tranquilamente el sitio donde quiere comer y Carrie sale trotando tras él con la mesita. Luego, si dio mucho trabajo y Carrie tuvo mucho que andar con los platos, se encuentra con un dólar bajo la azucarera.

Es en verdad muy buen compañero, aunque nadie lo diría si lo tratara sólo ocasionalmente. A primera vista parece un auténtico Pendleton, pero no lo es en absoluto, es sencillo y natural y simpatiquísimo. Suena raro decir de un hombre que es dulce, pero es la purísima verdad. Además, es amabilísimo con los granjeros de por aquí. Les habla de igual a igual y eso los ha desarmado por completo, porque al principio le tenían una desconfianza horrible. ¡Lo veían tan bien vestido! Tiene una ropa de sport magnífica y sabe cómo vestirse para el campo. Cada vez que baja con algo nuevo, la señora Semple, llena de orgullo, da vueltas a su alrededor, mirándolo desde todos los ángulos, y le recomienda que tenga cuidado dónde se sienta, no se vaya a ensuciar... A él la cosa lo aburre sobremanera y siempre le dice: "¡Vamos, Lizzie, atiende tu trabajo y déjame tranquilo; ya no puedes mandarme. He crecido, ¿sabes?".

Resulta gracioso pensar que este hombre de piernas tan largas (casi tan largas como las tuyas, Papaíto) se ha sentado alguna vez en las faldas de la señora Semple, sobre todo al ver sus faldas ahora... Pero Jervis dice que antes era delgadita, vivaracha y ágil, ¡y que le ganaba a él en correr!

Todos los días tenemos aventuras. Hemos explorado kilómetros de campo. Me enseñó a pescar con moscas especiales hechas de plumitas. También a tirar con revólver y con rifle, y a montar... ¡Hay que ver qué espíritu hemos logrado inyectar en el viejo Grover!

Lo alimentamos con avena durante tres días y después de eso embistió a un ternero y casi se desboca conmigo encima.



Miércoles

El lunes a la tarde subimos a la Colina del Cielo, una montaña que hay por aquí cerca, quizá no muy alta, ya que no tiene nieve en el tope, pero lo bastante como para dejarlo a uno sin aliento al llegar a la cima. Las laderas bajas están cubiertas de bosques, pero la cima es todo rocas y páramos. Nos quedamos arriba a fin de ver la puesta del sol e hicimos fuego para la comida. En realidad fue él quien cocinó, pues dice que sabe hacerlo mejor que yo. Y resultó verdad, ya que él está acostumbrado a hacer camping y yo no. El camino de regreso fue a la luz de la luna y, cuando llegamos al camino del bosque, como estaba muy oscuro, iluminados por una linterna de bolsillo que él llevaba. ¡Lo pasamos tan bien! Bromeábamos y reíamos todo el tiempo. ¡Y sabe hablar de cosas tan interesantes! Leyó todos los libros que he leído yo y muchos más. Es impresionante la cantidad de cosas que sabe ese hombre.

Esta mañana salimos a dar una larga caminata y nos pescó una tormenta. Nos empapamos por completo, pero volvimos tan contentos como si nada hubiera pasado. ¡Pero había que ver la cara déla señora Semple cuando entramos chorreando en la cocina!

—¡Niño Jervie, señorita Judy! Están calados hasta los huesos... ¿Qué voy a hacer con ustedes, Dios mío? ¡Vean ese saco nuevito, completamente arruinado!

Estaba cómica en su desesperación. Parecía ni más ni menos como si tuviéramos diez años y nos iba a dejar sin postre.

Sábado

Hace años que empecé esta carta y nunca encuentro el momento de terminarla. ¿Qué le parece este pensamiento de Stevenson?

"El mundo está tan pleno de cosas buenas que deberíamos ser felices como reyes."

Creo que es la purísima verdad. El mundo está lleno de felicidad y ésta alcanza para todos, sólo que la gente no siempre está dispuesta a aprovechar la que le toca en suerte. El secreto está en tener flexibilidad para adaptarse. Sobre todo en el campo, donde son tantas las cosas entretenidas. Yo puedo caminar por las tierras de los demás, disfrutar del paisaje que es de todo el mundo, chapotear en cualquier arroyo y sentarme bajo todos los árboles. Es decir, gozar de todo eso igual que si fuese la propietaria... ¡y sin tener que pagar los impuestos!

Ahora es domingo por la noche y debería estar durmiendo para estar bien fresca mañana, pero tomé café negro en la comida y no puedo pegar los ojos.

Esta mañana la señora Semple le dijo al señor Pendleton con tono muy decidido:

—Tenemos que salir de aquí a las diez y cuarto para llegar a la iglesia a las once.

—Muy bien, Lizzie. Tengan el coche listo y, si yo no estoy vestido, vayan sin mí.

—Lo vamos a esperar —respondió ella con energía.

—Perfecto. Pero no tengan demasiado tiempo parados a los caballos.

Luego, mientras la señora Semple se vestía, el muy picaro le pidió a Carrie que preparase una canasta con almuerzo para dos. Después me dijo a mí que me cambiara y me pusiera ropa de caminar, nos escapamos por la puerta trasera y... nos fuimos a pescar.

Esto desorganizó por completo la marcha de la casa, ya que los domingos en Los Sauces se come a las dos de la tarde y él pidió la comida para las siete. Siempre pide las comidas a la hora que se le antoja, como si estuviera en un restaurante. Los pobres Carrie y Amasai se quedaron sin paseo. Pero cuando se lo hice notar, me contestó que era mejor así, ya que no era adecuado que salieran solos siendo novios. Y de todos modos, él necesitaba los caballos para llevarme a mí a pasear. ¿Ha oído usted algo más escandaloso?

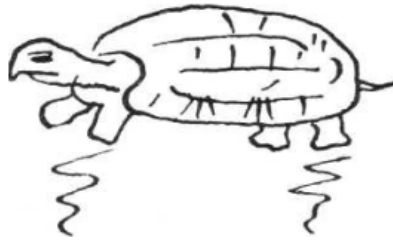
Y la pobre señora Semple cree que los que van a pescar en domingo —¡domingo, nada menos!, ¡el día del Señor!— se van derecho al infierno... Está muy afligida por no haber sabido educar mejor a su "niño" cuando era pequeño y tuvo a mano la oportunidad. Además, quería lucirse con él en la iglesia.

Bueno, la cuestión es que nos fuimos a pescar nomás, y Jervis pescó cuatro pececitos chicos. Los cocinamos a las brasas, pero los habíamos clavado en unos palitos y siempre se nos caían, así que tenían bastante gusto a ceniza, pero los comimos igual. Volvimos a casa a las cuatro, salimos en el sulky a las cinco, y comimos a las siete. A las diez me mandaron a la cama y aquí estoy, escribiéndole a usted.

Pero me está dando sueño, después de todo este ajeteo.

*Buenas noches,
Judy*

He aquí la figura del único pez que yo saqué:



¡Adelante, Capitán Papaíto-Piernas-Largas! ¿Adivina usted lo que estoy leyendo?
Hace dos días que nuestra conversación es exclusivamente



náutica y de piratería. ¿No es cierto que La isla del tesoro es estupenda? ¿La leyó, o todavía no se había escrito cuando usted era chico? Stevenson no ganó más que treinta libras como derechos de autor, por publicarla en folletín. Me parece que no rinde ser escritor. Quizá me decida por ser maestra de escuela.

Perdóneme que le hable tanto de Stevenson; por el momento tengo la cabeza completamente ocupada con él.

Hace dos semanas que estoy escribiendo esta carta y creo que es hora de terminarla. ¡No dirá que no le doy detalles de todo! Ojalá estuviera usted aquí con nosotros. ¡Nos divertiríamos tanto! Me gusta que mis amigos se conozcan entre ellos. Habría querido preguntar al señor Pendleton si lo conoce a usted de Nueva York, como supongo que es posible, ya que ambos deben figurar en los mismos elevados círculos sociales y los dos se interesarán por las reformas obreras y cosas por el estilo. No pude hacerlo, por ignorar su verdadero nombre. ¡Es lo más ridículo que he oído en mi vida! La señora Lippett me había advertido que era usted un excéntrico. ¡Y cuánta razón tenía!

Afectuosamente,
Judy



P. D. Al releer esta carta me di cuenta de que no trata toda de Stevenson, que hay en ella tres o cuatro alusiones al niño Jervie.

10 de septiembre

Querido Papaíto:

Se ha marchado y lo extrañamos. Cuando uno se acostumbra a las personas o a los lugares y de pronto le son arrebatados, queda con una sensación terrible de vacío. Encuentro muy insulsa la conversación de la señora Semple... Igual que comida sin sal.

Las clases se reanudan de aquí a dos semanas y me alegraré mucho de volver al colegio. Y eso que he trabajado bastante este verano: ¡cuatro cuentos y siete poesías! Los que envié a las revistas vinieron de vuelta con la más cortés puntualidad. Pero no me importa nada, porque me sirvieron de práctica. El niño Jervie las leyó (como iba a buscar la correspondencia, no pude evitar que se enterase) y me dijo que eran terribles y demostraban bien a las claras que yo no tenía la menor idea de lo que estaba hablando. (El niño Jervie no permite que la cortesía se interponga con la verdad.) La última historia que escribí, sin embargo, un pequeño bosquejo de la vida en el colegio, la encontró menos mala, me la hizo escribir a máquina en el pueblo y la envié a una revista. Ya hace dos semanas que la tienen. Quizá lo estén pensando...

¡Tendría que ver el cielo! Hay una luz rarísima color naranja, difusa por todas partes. Tendremos tormenta.

La tormenta empezó en este preciso momento y se están golpeando los postigos y caen unos tremendos goterones, mientras Carrie corre a poner baldes bajo las goteras. Justo cuando volvía a tomar la pluma me acordé de que había dejado una manta, un almohadón, un sombrero y los poemas de Matthew Arnold bajo un árbol de la huerta. Salí corriendo a buscarlos, pero estaban empapados. El rojo de la tapa se había corrido a las páginas de adentro y de ahora en adelante la Playa de Dover quedará para siempre bañada en olas rosadas. ¡Pobre Matthew Arnold!

Una tormenta en el campo es muy incómoda, ya que siempre hay que pensar en todo lo que quedó afuera y puede arruinarse con la lluvia.

Jueves

¡Papaíto, Papaíto!

I. Me aceptaron el cuento. Alors (entonces) soy escritora. ¡Cincuenta dólares!

II. Recibí una carta de la secretaria del colegio. Me han otorgado una beca por dos años, que cubrirá los gastos de mi alojamiento y de toda la enseñanza.

La razón es mi "notable pericia en inglés y excelencia general en otros órdenes". ¡Y me la he ganado yo! La había solicitado antes de salir de vacaciones, pero nunca creí obtenerla, a causa de aquellas famosas malas notas en matemáticas y latín. Pero parece que lo compensé con mi trabajo posterior. Me alegro mucho, Papaíto, porque ahora no seré para usted una carga tan pesada. La mensualidad será lo único que voy a necesitar en adelante, e incluso eso puedo ganármelo escribiendo, enseñando o con algún otro trabajo.

Estoy ansiando volver y empezar a trabajar de nuevo.

Siempre suya,

Jerusha Abbott

(Autora de Cuando las de Segundo ganaron el partido.
En venta en todos los quioscos. Precio: 10 centavos.)

26 de septiembre

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

¡De nuevo en el colegio y ya en las clases superiores! Nuestro cuarto este año es mejor que nunca, con dos ventanas enormes que miran al sur y amueblado... ¡como de teatro! Julia, con una mensualidad ilimitada, llegó hace dos días y estamos en un verdadero

frenesí "decoratorio". Ha vuelto a empapelar todo y tenemos alfombras persas y sillas de caoba, pero caoba de verdad, no pintada como la que nos conformaba tan bien el año pasado. Queda suntuoso, pero yo no me siento muy cómoda, me parece que no pego en ese ambiente tan elegante y siempre tengo miedo de echar una mancha de tinta donde no debo.

Además, Papaíto, me encontré con su carta esperándome. O mejor dicho, la carta de su secretario.

¿Quiere hacerme el inmenso favor de darme una sola razón valedera por la que yo no deba aceptar esa beca? No entiendo en absoluto su objeción. De todos modos, no le servirá de nada poner reparos porque ya la he aceptado. Y no voy a volverme atrás. Esto suena a impertinencia, pero no es ésa mi intención.

Me imagino que, habiendo usted emprendido mi educación, quisiera ponerle punto final en forma de un diploma, ¿verdad?

Sólo le pido que mire el asunto desde mi punto de vista. Al aceptar esta beca le seguiré debiendo toda mi educación, igualito que si hubiera dejado que la pagara toda, pero eso será una deuda moral, y ya no le deberé una cantidad tan enorme de dinero. Ya sé que usted no quiere que se lo devuelva, pero yo voy a querer pagárselo, si me es posible. ¡Y ganar esta beca me hace las cosas tanto más fáciles! Estaba preparada para pasar el resto de mi vida pagando mis deudas, y ahora no tendré que pagar más que la mitad de ese resto.

Espero que comprenda usted mi posición y no se enoje. La mensualidad seguiré aceptándola y se la agradeceré infinitamente, pues vivir a la altura de Julia y sus muebles requiere por cierto una renta. Ojalá hubieran criado a esta chica con más sencillez, o que no fuera mi compañera de cuarto.

Pensaba escribirle una buena carta y ésta no es gran cosa. Pero estuve dobladillando cuatro cortinados de ventanas y tres de puertas (me alegro de que no vea el largo de las puntadas), y lustrando un juego de escritorio de bronce con pasta para los dientes (trabajo muy difícil), y cortando alambre de colgar cuadros con tijeras de uñas, y guardando el contenido de dos baúles de ropa (parece increíble que Jerusha Abbott posea dos baúles llenitos de ropa, pero es la verdad), y entre una cosa y la otra dando la bienvenida a cincuenta amigas del alma.

El primer día de clase es una ocasión especial.

Buenas noches, Papaíto querido, y no se enoje porque su pollita quiere empezar a arañar por sí misma. Está creciendo y llegará a ser una gallinita terriblemente enérgica, con un cloqueo muy decidido y muchas hermosas plumas (todas debidas a usted).

*Afectuosamente,
Judy*

Querido Papaíto:

¿Todavía sigue machacando con el asunto de la beca? Nunca conocí a un hombre tan obstinado, testarudo, irrazonable, tenaz y porfiado, ni tan incapaz de ver el punto de vista ajeno como usted.

"El señor Smith prefiere que no acepte favores de extraños."

¡Extraños!... ¿Y se puede saber qué es usted? ¿Es que hay alguien en el mundo de quien yo sepa menos? Ni siquiera lo reconocería si lo encontrara en la calle. Le diré: si hubiera sido usted una persona cuerda y razonable, y hubiera escrito lindas cartas paternas a su pequeña Judy, y hubiera venido a verla de vez en cuando, y le hubiera acariciado la

cabeza y le hubiera dicho lo contento que estaba de que ella se portara tan bien... entonces, tal vez, ella no habría hecho escarnio de usted en su vejez sino que habría obedecido sus menores deseos como una hija respetuosa que se porta como es debido.

¡Extraños, en verdad!... Vive usted en una casa de cristal, señor Smith.

Además y sobre todo, no se trata de un favor. Es un premio y me lo he ganado a fuerza de trabajo. Si nadie hubiera sido bastante buena en inglés como para merecer la beca, la comisión no la habría concedido. Algunos años no la dan, la declaran desierta. Además... ¿Pero de qué sirve tratar de razonar con un hombre? Pertenece usted a un sexo, señor Smith, completamente desprovisto de sentido común y de lógica. Para hacer entrar en razón a un hombre existen dos métodos: o engatusarlos o ponerse desagradable. Como me inspiraría desdén engatusar a un hombre con el fin de conseguir lo que quiero, no me queda más remedio que ponerme desagradable.

Me niego, señor mío, a rehusar la beca, y si sigue usted haciendo alharaca no aceptaré tampoco la mensualidad y me destrozaré los nervios dando clases a estúpidas chicas de primer año.

¡Éste viene a ser mi ultimátum!

Ahora, escuche otra idea que se me ha ocurrido. Si usted cree que al aceptar esta beca se priva a algún otro de recibir educación, tengo también la solución: emplee ese dinero en educar a alguna otra chica del asilo John Grier. ¿No le parece una buena idea? Sólo que, Papaíto, "eduque" a esa chica todo lo que quiera, pero por favor, que no le "guste" más que yo, ¿estamos?

Confío en que su secretario no se ofenda porque hago tan poco caso de las sugerencias que me hace en su carta, pero si se ofende, ¡mala suerte! Lo que pasa es que usted está muy malcriado. Hasta ahora he hecho caso con toda humildad a sus caprichitos, pero esta vez estoy resuelta a mantenerme firme.

*Suya,
con el ánimo
por completo e irrevocablemente
decidido,
Jerusha Abbott*

9 de noviembre

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

Hoy salí para la ciudad con intención de comprarme varias cosas sin las cuales no podía ser feliz ni un solo día más (un tarro de betún para zapatos, unos cuellos, género para una blusa, un pote de crema y un jabón de tocador: todo sumamente necesario) y cuando fui a pagar el ómnibus me encontré con que había olvidado mi monedero en el bolsillo de mi otro saco. Tuve que bajarme y tomar el ómnibus siguiente. Resultado: llegué tarde al gimnasio. ¡Es terrible tener dos abrigos y nada de memoria!

Julia Pendleton me invitó a pasar con ella las vacaciones de Navidad. ¿Qué le parece la idea, señor Smith? Imagínese lo que será ver a Jerusha Abbott, del asilo John Grier, sentada a la mesa de los poderosos. No tengo la menor idea de por qué me ha invitado. Últimamente parece que se está encariñando mucho conmigo. A decir verdad, preferiría ir a lo de McBride, pero Julia me invitó primero, de modo que, si voy a alguna parte, tendrá que

ser a Nueva York. Me asusta la idea de encontrarme con los Pendleton "en masa" y, además, tendría que comprarme mucha ropa nueva. Por lo tanto, Papaíto, si escribe usted que debo permanecer en el colegio durante las vacaciones, me inclinaré ante sus deseos con mi habitual docilidad.

Por el momento estoy enfrascada en la lectura de Vida y cartas de Tomas Huxley. Lo que se dice lectura livianita para ratos perdidos, ¿no? Y muy instructiva, además... ¿Sabe usted lo que es un arqueoptérico? Es un pájaro. ¿Y un esterognato? No estoy muy segura, pero parece que era una especie de eslabón perdido, algo así como un ave con dientes o un lagarto con alas... No, tampoco es eso. Lo acabo de mirar en el libro: es un mamífero mesozoico.



Este año voy a estudiar economía. Es una materia que informa muy bien el espíritu. Cuando termine ese estudio, la emprenderé con la beneficencia y las reformas sociales. Entonces, señor Síndico, voy a saber cómo se administra un asilo de huérfanos... La semana pasada cumplí veintiún años. ¿No le parece que seré una buena votante cuando las mujeres logremos obtener nuestros derechos? Creo que es un gran desperdicio por parte del gobierno no aprovechar a una ciudadana tan consciente, inteligente y bien informada como la que sería yo.

Siempre suya,
Judy

7 de diciembre

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

Gracias por el permiso para ir a quedarme en casa de Julia. Me imagino que su silencio significa que acepta.

Estamos viviendo en un torbellino de sociabilidad. La semana pasada tuvimos el baile de los Fundadores. Es el primer año que nos invitan, pues sólo las estudiantes de las clases superiores pueden asistir. Yo invité a Jimmie McBride, y Sallie al compañero que él había llevado al campamento el verano pasado, un pelirrojo simpatiquísimo. En cuanto a Julia, invitó a un tipo de Nueva York, no muy interesante, pero socialmente irreprochable. Está emparentado con los Chichester de la Mater. Quizás eso signifique algo para usted. Lo que es a mí, no me ilumina en absoluto.

Nuestros invitados llegaron el viernes a la tarde. Tomaron con nosotras el té en el corredor de las seniors y luego se fueron volando a comer a su hotel.

Nos contaron después que el hotel estaba tan repleto que tuvieron que dormir sobre la mesa de billar, uno al ladito del otro. Dice Jimmie que la próxima vez que lo inviten a una fiesta en este colegio, se va a traer su tienda de campaña y la va a instalar en el parque.

A las siete y media ya estaban de vuelta para la recepción del presidente, seguida de baile. Como podrá ver, nuestras fiestas comienzan muy temprano. Los carnets de baile de los muchachos estaban todos preparados de antemano y después de cada pieza los dejábamos agrupados en la letra correspondiente a su nombre, de modo que sus compañeras pudiesen encontrarlos fácilmente para la pieza siguiente. Jimmie, por ejemplo, debía quedarse esperando pacientemente en la letra M hasta que la compañera viniese a buscarlo. Eso al menos era lo que se suponía que tenía que hacer, pero siempre se mezclaba con las S y las R y todas las demás letras. Como invitado resultó muy difícil de complacer, ya que se puso de mal humor porque no bailó conmigo más que tres piezas. Dice que se siente tímido cuando baila con chicas desconocidas.

A la mañana siguiente tuvimos el concierto del Glee Club y ¿quién cree usted, Papaíto, que escribió la letra de la canción humorística compuesta para la ocasión? ¡Acertó!... Como verá, su huerfanita se está convirtiendo en una persona de nota.

Nuestros dos días de fiesta fueron muy divertidos y creo que los invitados masculinos la pasaron bien. A algunos los aterraba la perspectiva de enfrentarse a un millar de chicas, pero se aclimataron bien pronto. Nuestros dos estudiantes de Princeton estaban encantados; por lo menos, así lo manifestaron con mucha cortesía y nos invitaron para el baile de ellos, la próxima primavera. Ya hemos aceptado, así que, por favor, Papaíto querido, no ponga usted inconvenientes.

Julia, Sallie y yo estrenamos vestido. ¿Quiere que le diga cómo eran? El de Julia, de raso color crema con bordados en oro y llevaba orquídeas lila. ¡Un sueño! Y costó un millón de dólares.

El de Sallie era celeste pálido adornado con bordados persas y quedaba muy bien con su pelo colorado. Aunque no costó tanto como el de Julia, le aseguro que era igual de elegante.

En cuanto al mío, era de crepé de Chine rosa pálido, adornado con encaje crudo, y llevaba rosas carmesí (Sallie le había soplado a Jimmie el color que tenía que mandarme). Y las tres teníamos zapatos de raso, guantes largos, medias de seda y echarpes de gasa de color haciendo juego. Me imagino que estará usted debidamente impresionado con estos detalles modisteriles.

Es imposible no compadecer a los hombres por la vida sin color que se ven obligados a llevar. ¡Cuando pienso que el chiffon, el encaje de Venecia, el bordado a mano y el punto de Irlanda no significan absolutamente nada para un hombre!... En cambio las mujeres, sea cual fuere su interés principal: bebés, microbios, maridos, poesía o sirvientes, paralelogramos, jardinería, Platón o bridge, primera y primordialmente se interesan por la ropa. Es el toque único que hace de todas las mujeres una sola...

(Este pensamiento no es original, lo saqué de una obra de Shakespeare.)

Resumiendo, ¿quiere que le cuente un secreto que descubrí hace poco? ¿Me promete no pensar que soy vanidosa? Escuche: soy bonita...

De veras lo soy, Papaíto. Sería muy idiota si no me diera cuenta, con tres espejos en el cuarto.

Una amiga

P. D. Ésta es una carta anónima, como ésas que aparecen en las novelas.

20 de diciembre

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

Dispongo de sólo un momento, pues debo asistir a tres clases, hacer un baúl y una valija, y alcanzar el tren de las cuatro. Pero no podía marcharme sin enviarle una palabra para agradecer mi "cajón" de regalos de Navidad.

Estoy encantada con las pieles, el collar, la echarpe (los guantes, los pañuelos, los libros y la cartera) y, más que nada, lo adoro a usted. Aunque, de veras, Papaíto, no tiene por qué mimarme tanto. Después de todo, soy humana... una chica, para peor, y corro peligro de echarme a perder para siempre. ¿Cómo quiere que me concentre en mi carrera, que exige tanto estudio, cuando usted me desvía la atención con tantas frivolidades mundanas?

Ahora tengo fuertes sospechas de cuál era el síndico que regalaba al asilo el árbol de Navidad y los helados de los domingos. No sabíamos su nombre, pero "por sus obras, lo conozco", como dice la Biblia. Merece usted ser muy feliz por todo el bien que hace a los demás.

Adiós. Le deseo una muy venturosa Navidad.

*Siempre suya,
Judy*

P. D. Yo también le envió un pequeño obsequio. ¿Cree usted que le gustaría si me conociera?

11 de enero

Tenía intenciones de escribirle desde la ciudad, pero Nueva York es de veras absorbente.

Lo pasé espléndido y fue una temporada muy interesante, realmente inspiradora, pero me alegro mucho de no pertenecer a semejante familia. Lo cierto es que prefiero tener por telón de fondo el asilo John Grier. Sean cuales fueren las desventajas de mi formación, al menos no hubo en ella farsa ni simulación. Comprendo ahora lo que se quiere decir cuando se habla de estar agobiado por las cosas.

El ambiente materialista de esa casa es aplastante. No pude respirar a gusto hasta no estar en el tren, de regreso. Todo el mobiliario, suntuoso en extremo, es tallado y tapizado, pesadísimo. La gente que conocí era toda muy bien educada, magníficamente vestida y hablaba en voz baja, bien modulada, pero creo que en todo el tiempo en que estuve allí no oí una sola palabra de verdadera conversación; se lo juro, Papaíto. No creo que ninguna idea, lo que se dice idea, haya penetrado en ese domicilio desde que fue construido.

La señora Pendleton no piensa en otra cosa que en trapos, joyas o compromisos sociales. ¡Qué madre tan distinta de la de Sallie McBride! Si alguna vez me caso y formo una familia, voy a querer que sea tan parecida a los McBride como sea posible. Ni por todo

el oro del mundo quisiera que un hijo mío resultara como los Pendleton. Quizá no sea muy cortés criticar a la gente en cuya casa ha estado una viviendo. Si no lo es, le ruego me disculpe y recuerde que esto que le digo es muy confidencial y queda entre nosotros.

En cuanto al niño Jervie, no lo vi más que una vez, cuando vino a tomar el té, y ni siquiera tuve oportunidad de hablar con él a solas. Me sentí defraudada, después de nuestro compañerismo del verano pasado y de lo bien que nos encontrábamos juntos. No me parece que los quiera mucho a sus parientes y estoy convencida de que ellos a él no lo quieren nada. La madre de Julia dice que es un desequilibrado. Es socialista, declara, aunque por suerte no le da por dejarse crecer el pelo ni usar corbatas coloradas. La señora no puede entender de dónde ha sacado esas ideas raras, ya que la familia ha sido anglicana por muchísimas generaciones y este muchacho tira su dinero en cuanto loca reforma social se le cruza en el camino, en vez de gastarlo inteligentemente en cosas como yates, petisos de polo o automóviles. Hasta aquí hablaba la señora Pendleton, pero por mi parte debo agregar que también lo gasta en bombones. Nos mandó una caja enorme para Navidad, a Julia y a mí.

¿Sabe que me parece que yo también me voy a hacer socialista? Usted no tendría inconveniente, ¿verdad, Papaíto? Es una cosa muy diferente de los anarquistas, ya que no pretenden destruir a la gente con bombas. Tal vez me cuadre muy bien ser socialista, después de todo, considerando que soy proletaria de nacimiento, pero todavía no he decidido qué clase de socialista voy a ser. Estudiaré el asunto este fin de semana y en mi próxima carta irá mi declaración de principios.

He estado en tantos teatros, hoteles y hermosas residencias, que no podría hablarle de todas, porque mi cabeza es una confusión horrible de ónix y dorados, pisos de mosaico y plantas decorativas. Todavía no recobro el aliento con tantos esplendores, pero me alegro mucho de volver al colegio y a mis libros. Creo que eso es lo que en realidad soy: una estudiante. Encuentro este ambiente de tranquilidad académica más fortificante que el aire que se respira en Nueva York. La vida universitaria es sumamente satisfactoria; los libros, el estudio, la regularidad de las clases, lo mantienen a uno mentalmente despierto y, cuando se siente la cabeza cansada, ahí están el gimnasio y toda clase de juegos atléticos al aire libre. Además de una gran abundancia de amigos con quien uno congenia y que piensan en idénticas cosas que uno. A veces nos pasamos la noche entera hablando, nada más que hablando, y cuando por fin nos vamos a dormir sentimos el espíritu vigorizado como si de veras hubiéramos resuelto los problemas mundiales más urgentes. Y para llenar los intersticios, mucho buen humor y toneladas de chistes tontos sobre las pequeñas cosas que llenan nuestra vida. Todo más que suficiente para pasarla bien. ¡Y le aseguro que sabemos valorar nuestro propio ingenio! ¡Hay que ver cómo nos festejamos las bromas!

No crea usted, Papaíto, que son los grandes placeres de la vida los que cuentan, sino el saber aprovechar al máximo los pequeños. He descubierto que el verdadero secreto de la felicidad es el siguiente: vivir el momento presente. No pasarse la vida lamentando el pasado o anticipando el futuro, sino sacarle el goce máximo al preciso momento que vivimos. Es lo mismo que en la agricultura, que puede ser intensiva o extensiva. Pues bien: de ahora en adelante, voy a vivir mi vida intensamente. Voy a gozar de cada segundo de mi existencia y voy a saber que lo estoy gozando, mientras lo gozo. La mayoría de la gente no vive sino que corre. Tratan de alcanzar una meta, allá lejos, en el horizonte, y en el calor de la carrera se sofocan tanto que pierden de vista el hermoso y tranquilo paisaje que van atravesando. Y cuando se acuerdan, son viejos y están cansados y entonces ya no les importa haber alcanzado la meta o no.

Por mi parte, he decidido amontonar felicidades pequeñas, muchas de ellas, aunque no llegue nunca a ser una escritora notable. ¿Ha visto usted cómo me estoy convirtiendo en una gran filósofa?

*Siempre suya,
Judy*

P. D. Está lloviendo a cántaros, pero ¿a quién le importa?

Querido camarada:

Soy una fabiana. Eso quiere decir un socialista que está dispuesto a esperar, que no quiere que la revolución social llegue pasado mañana, ya que tal cosa traería demasiados disturbios. Queremos, en cambio, que llegue muy despacito y gradualmente, en un futuro lejano, cuando estemos preparados y podamos soportar el choque.

Entretanto, debemos anticiparnos instituyendo reformas industriales, educativas, y de los asilos de huérfanos, por supuesto.

*Suya, con fraternal amor,
Judy*

Lunes, en la tercera hora.

11 de febrero

Querido P. P. L.:

No se sienta ofendido porque le escriba tan corto. Ésta no es una carta sino una línea, para decirle que le escribiré una carta en cuanto hayan pasado los exámenes. Ahora es preciso no solamente pasarlos, sino aprobarlos. Tengo que hacer honor a mi beca.

*Suya, estudiando fuerte,
J.A.*

5 de marzo

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

El presidente del colegio, señor Cuyler, pronunció hoy un discurso sobre la superficialidad e impertinencia de la nueva generación. Dice que estamos perdiendo los viejos ideales del esfuerzo personal y de la verdadera erudición; esta decadencia se nota en especial en nuestra actitud irrespetuosa para con las autoridades constituidas. Ya no observamos una decorosa deferencia hacia nuestros superiores.

Cuando salí de la capilla me sentí muy juiciosa y modosita.

¿Es cierto que soy demasiado confianzuda, Papaíto? ¿Acaso debería tratarlo a usted con mayor dignidad y guardar mejor las distancias?... Sí, estoy segura que sí. De modo que voy a empezar de nuevo:

Mi querido señor Smith:

Se alegrará usted de saber que aprobé todos exámenes de mitad de año y empiezo ahora el trabajo del segundo semestre. Voy a abandonar la química —habiendo terminado con el análisis cuantitativo— y voy a iniciar el estudio de la biología. Me aboco a este estudio con cierto temor, ya que, según tengo entendido, disecaremos lombrices y ranas con escalpelo.

La semana pasada tuvimos una conferencia muy interesante y valiosa sobre los restos romanos de la Francia meridional. Nunca he oído una exposición más ilustrativa del tema.

En la clase de literatura inglesa estamos leyendo un poema de Wordsworth titulado La abadía de Tintern. Es una composición exquisita e ilustra a la perfección los conceptos del panteísmo. El movimiento romántico, ejemplificado en poetas como Shelley, Byron, Keats y Wordsworth, me atrae mucho más que el período clásico que le precede. Y hablando de poesía, ¿leyó ese encantador poemita de Tennyson llamado Locksley Hall?

Últimamente asisto al gimnasio con absoluta regularidad, ya que se ha instituido un sistema de censores y, en consecuencia, no cumplir los reglamentos acarrea muchos inconvenientes. El gimnasio está equipado con una pileta de natación hecha de cemento y mármol, obsequio de una egresada. Mi compañera de cuarto, Sallie McBride, me regaló su traje de baño porque se le encogió tanto que ya no lo puede usar. Estoy por empezar a tomar lecciones de natación.

Anoche tuvimos de postre un delicioso helado color rosa. Se utilizan únicamente tinturas vegetales para colorear los alimentos, ya que el colegio, por motivos estéticos tanto como de higiene, se opone firmemente al uso de las anilinas.

Hace poco tuvimos un tiempo ideal: sol radiante, apenas alguna nube, intercalada con unas cuantas tormentas de nieve, que son siempre bienvenidas. Mis compañeras y yo hemos disfrutado en camino a y de las clases. Especialmente "de"...

Esperando, querido señor Smith, que ésta lo encuentre a usted en su habitual estado de buena salud,

*Quedo de usted muy cordialmente,
Jerusha Abbott*

24 de abril

Querido Papaíto:

De nuevo en primavera. Tendría usted que ver cómo está de hermoso el parque del colegio. Me parece que podría muy bien venir a convencerse por sí mismo. El niño Jervie estuvo a vernos de nuevo el viernes, pero escogió un momento muy poco propicio. En ese preciso instante, Sallie, Julia y yo salíamos corriendo a alcanzar el tren para asistir al baile de Princeton y al partido de pelota del día siguiente, ¿qué le parece? No le pedí permiso

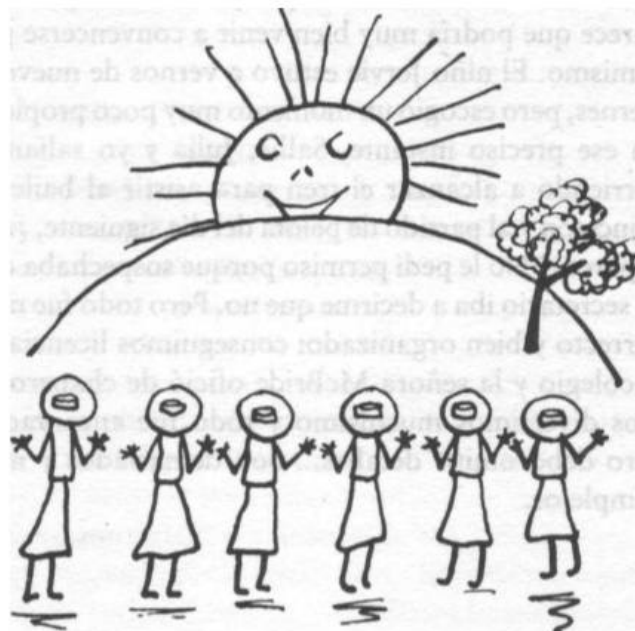
porque sospechaba que su secretario iba a decirme que no. Pero todo fue muy correcto y bien organizado: conseguimos licencia en el colegio y la señora McBride ofició de chaperona. Nos divertimos muchísimo y todo fue encantador, pero debo omitir detalles... Son demasiados y muy complejos.

Sábado

¡Arriba antes del amanecer! El sereno nos llamó (a seis de nosotras) y nos hicimos café en un calentadorcito. ¡En mi vida he visto tanta borra! Luego hicimos a pie cuatro kilómetros hasta el tope de la Colina de un Solo Árbol, para ver la salida del sol. ¡Cómo tuvimos que trepar por la última ladera!... ¡El sol casi nos gana!... ¡Y hay que ver con qué apetito regresamos a desayunarnos!

Dios mío, Papaíto, hoy parece que mi estilo está muy exclamativo. Esta carta está salpicada de signos de admiración.

Pensaba haberle escrito largo y tendido sobre los



brotos de los árboles, el nuevo camino de pavesas del campo de atletismo y la terrible lección de biología que tenemos para mañana, de las canoas nuevas que hay en el lago, de la pulmonía de Catalina Prentiss y del gatito de Angora del presidente, que se escapó del hogar y vivió dos semanas en Fergusson hasta que lo denunció una mucama. Y por último, de mis vestidos nuevos —blanco, rosa y de lunares azules—, con sombreros haciendo juego. Pero tengo demasiado sueño. Siempre estoy disculpándome con esa razón, ¿no es cierto? Es que un colegio de chicas es un lugar de mucho ajetreo y una está realmente cansada cuando



llega el fin del día. Especialmente cuando el día ha comenzado al amanecer.

*Afectuosamente,
Judy*

15 de mayo

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

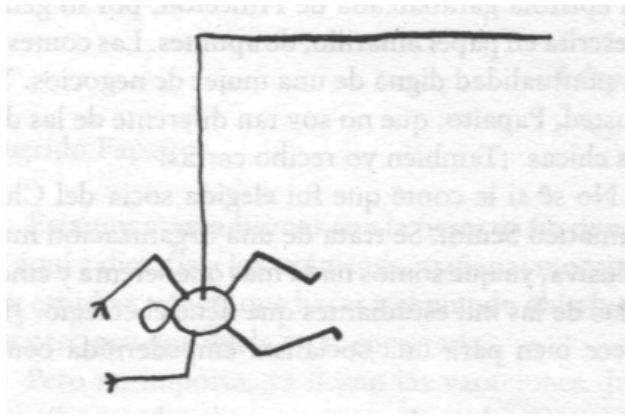
¿Le parece a usted cortés sentarse en un ómnibus y mirar todo el tiempo hacia adelante sin fijarse en absolutamente nadie?

Una señora muy hermosa, con un precioso vestido de terciopelo, subió hoy al ómnibus donde yo estaba y, sin la menor expresión en el rostro, se quedó sentada quince minutos seguidos mirando un aviso de tiradores. No me parece índice de buenos modales ignorar a todo el mundo como si fuera la única persona importante entre todos los presentes. Además, se pierde muchísimo de interesante. Mientras ella estaba absorta en ese estúpido aviso, yo estudiaba todo un tranvía lleno de interesantes seres humanos.

La ilustración que se acompaña se reproduce aquí por primera vez. Parece una araña en el extremo de una cuerda, pero no es nada de eso ni parecido: soy yo, aprendiendo a nadar en la piscina del gimnasio.

La instructora me engancha un anillo en el cinturón y por ahí pasa una soga que viene de una polea fija en el techo. Sería un método espléndido si uno tuviera confianza absoluta en la instructora. Pero yo siempre tengo miedo de que afloje la cuerda, de modo que, inquieta, me veo obligada a tener un ojo fijo en la instructora y a nadar con el otro. Así repartido el interés, no hago los progresos que podría realizar en otras circunstancias.

El tiempo está muy inestable; llovía cuando empecé esta carta y ahora brilla el sol. Sallie y yo nos vamos a jugar al tenis, eximiéndonos así de asistir al gimnasio.



Una semana después

No le importa que no sea muy regular en mi correspondencia, ¿verdad, Papaíto? En realidad, me encanta escribirle; me da una sensación de respetabilidad indecible. Como si tuviese una familia. ¿Le gustaría saber una cosa? No es usted el único hombre a quien escribo. ¡Hay otros dos! Todo el invierno he estado recibiendo preciosas y largas cartas del niño Jervie (con sobres escritos a máquina para que Julia no reconozca la letra. ¿Ha oído usted algo más desvergonzado?). Y más o menos todas las semanas llega una epístola garabateada de Princeton, por lo general escrita en papel amarillo, de apuntes. Las contesto con puntualidad digna de una mujer de negocios. Ya ve usted, Papaíto, que no soy tan diferente de las demás chicas. ¡También yo recibo cartas!

No sé si le conté que fui elegida socia del Club Dramático Sénior. Se trata de una organización muy exclusiva, ya que somos nada más que setenta y cinco socias de las mil estudiantes que tiene el colegio. ¿Le parece bien para una socialista empedernida como yo?

¿Qué cree usted que ocupa mi atención en sociología por el momento? Estoy escribiendo una monografía sobre "El cuidado de los niños necesitados". ¿Qué le parece? El profesor echó a la suerte los temas y éste me cayó a mí. C'est drôle, ¿n'estpas? Es gracioso, ¿verdad?

Oigo el gong de la comida. Echaré ésta, ¡por fin!, al pasar por el buzón.

*Afectuosamente,
Judy*

4 de junio

Querido Papaíto:

Estamos atareadísimas con la fiesta de fin de año, de aquí a diez días: los exámenes, mañana; montones que estudiar, valijas que hacer y el mundo ahí afuera, tan precioso que duele estar encerrada.

Pero no importa, ya llegan las vacaciones. Julia viajará este año al extranjero. ¡Ya va la cuarta vez! No cabe duda, Papaíto, los bienes no están parejamente distribuidos en este mundo. Sallie, como de costumbre, se va a la montaña. ¿Y qué cree que haré yo? Lo dejo que adivine tres veces: ¿Los Sauces? Frío... ¿La montaña? Frío... (Ya hice una vez la

tentativa y no quiero probar de nuevo.) ¿No se le ocurre ninguna otra cosa? ¡No tiene usted mucha inventiva! Bueno, se lo voy a decir, pero si me promete no poner reparos. Le aviso de antemano a su secretario que estoy completamente decidida.

Pasaré el verano en la playa con una señora llamada Paterson y prepararé a la hija mayor, que entra en el colegio el año que viene. Conocí a esta señora a través de los McBride, y es una mujer encantadora. También daré clases a la chica menor y todavía me quedará tiempo libre. ¡El sueldo es de cincuenta dólares por mes! ¿No le parece una suma exorbitante? Pero la señora me la ofreció; yo me habría ruborizado de pedir más de veinticinco.

El primero de septiembre termino en Magnolia (ahí es donde viven) y es probable que pase en Los Sauces las tres semanas restantes. Me gustará ver a los Semple y a todos los animales amigos.

¿Qué le parece mi programa, Papaíto? Como ve, me estoy independizando. Es usted quien me puso firme sobre mis pies y ahora ya camino sola.

La fiesta de fin de año en Princeton coincide con nuestros exámenes, lo cual nos ha caído muy mal, ya que Sallie y yo pensábamos terminar a tiempo para asistir, pero ahora es completamente imposible.

Adiós, Papaíto. Que se divierta este verano y que el otoño lo encuentre bien descansado para iniciar otro año de trabajo. (Esto es lo que usted me debería escribir a mí.) No tengo idea de qué hace usted durante el verano o de qué modo se divierte, ya que no puedo imaginarme el ambiente en que actúa. ¿Juega al golf, monta a caballo, o sólo se sienta al sol a meditar?

Sea como fuere, que se divierta y no se olvide de
Judy

10 de junio

Querido Papaíto:

Ésta es la carta más difícil que he escrito en mi vida, pero ya he decidido lo que voy a hacer y no habrá ningún cambio de idea. Es dulce, generoso y bueno de su parte querer mandarme a Europa este verano, y por un momento casi me enloquezco de alegría y digo que sí. Pero, pensándolo mejor, la prudencia me indica decir que no. Sería muy ilógico no aceptar su dinero para mi educación y luego gastarlo en diversiones. No debe acostumbrarme usted a tantos lujos. Uno no extraña lo que nunca ha tenido, pero es duro pasarse sin ciertas cosas una vez que se ha habituado a ellas, más aún si se ha llegado a sentir que le corresponden por derecho. Ya el hecho de vivir con Julia y con Sallie representa una gran prueba para mi filosofía estoica. Ellas han tenido de todo desde que nacieron y aceptan la felicidad como lo más natural del mundo. Creen que el mundo les debe todo lo que ellas puedan desear. Y quizá se lo deba, ya que, por lo pronto, se hace cargo de la deuda y paga.

En cuanto a mí, el mundo no me debe nada y desde el primer momento se encargó muy bien de hacérmelo saber. No tengo ningún derecho a pedir prestado a crédito porque llegará un día en que el mundo no va a reconocer mi pretensión.

Parece que me sumerjo en un mar de metáforas, pero tengo esperanzas de que comprenda lo que le quiero decir. Sea como fuere, tengo la fuerte convicción de que lo único honrado que puedo hacer este verano es dar clases y empezar a ganarme la vida.

Magnolia
Cuatro días después

Había llegado a ese punto de la carta y ¿qué cree usted que sucedió? Apareció la mucama con la tarjeta del niño Jervie. Él también se va al extranjero este verano, no con Julia y su familia sino por su cuenta. Le conté que usted me había invitado a ir a Europa con una señora que lleva a un grupo de chicas. Jervie conoce su existencia, Papaíto. Es decir, sabe que mis padres han muerto y que un bondadoso caballero me costea la universidad. No he tenido nunca valor para contarle del asilo John Grier y todo lo demás. Cree que usted es mi tutor y un viejo amigo de la familia y que todo es perfectamente adecuado y normal, y jamás le he dicho que no lo conozco, cosa que le parecería muy rara.

¡Hay que ver cómo insistió para que aceptara el viaje a Europa! Dice que eso constituiría una parte de mi educación y que no debo negarme ni soñando. También me dijo que él estará en París al mismo tiempo que yo y que de vez en cuando podría escapar de la chaperona y comer con él en pequeños restaurantes extranjeros pintoresquíssimos.

Bueno, Papaíto... Todo era muy tentador y casi aflojo. Si Jervis no hubiera estado tan mandón, probablemente habría cedido. A mí se me puede engatusar poquito a poco, pero me niego a que me fuercen. Me dijo que era una chiquilina estúpida, necia, irrazonable, quijotesca, idiota y testaruda (son algunos de sus adjetivos, el resto no los recuerdo), que no sabía lo que me convenía, que debía dejar a los mayores que decidieran por mí... ¡Casi nos peleamos! No estoy muy segura de que no haya sido precisamente lo que ocurrió.

De cualquier modo, hice mi baúl y me vine aquí. Me pareció mejor quemar las naves antes de ponerme a escribirle. Las pobres están ahora reducidas a cenizas y aquí estoy, en La Cima (que es como se llama el chalet de la señora Paterson), con la ropa toda guardada y Florencia (la chica menor) luchando ya con los sustantivos de la primera declinación. Me parece que va a ser una lucha sin cuartel, ya que es una niña horriblemente mimada y sé que me va a dar mucho trabajo. Primero tendré que enseñarle a estudiar, pues en su vida se ha concentrado en nada más complicado que un ice-cream soda.

Como aula de clase utilizamos un rincón tranquilo de las rocas —la señora Paterson prefiere que las tenga al aire libre el mayor tiempo posible—, y debo confesar que a mí también me cuesta concentrarme con el mar frente a mí y los barcos navegando por delante. ¡Cuando pienso que yo podría estar en uno de esos barcos, viajando a tierras extranjeras! ¡Pero no dejaré que eso me distraiga ni me permitiré pensar en otra cosa que no sea la gramática latina!

Las preposiciones ab, a, absque, coram, cutn, de, e, or, ex, prae, pro, sine, tenus, subter, sub y super rigen el ablativo.

Como verá, Papaíto, estoy sumergida en el trabajo y bien pertrechada contra la tentación. No esté enojado conmigo, por favor, y no crea que no sé valorar su bondad, porque la valoro y la valoraré siempre. El único modo de compensarle es convirtiéndome en un ciudadano muy útil. (¿Las mujeres son ciudadanos? Me parece que no.) Digamos entonces una persona muy útil. Y más adelante, cuando me contemple, podrá decir: Yo fui quien dio esta persona útil al mundo. Suena bien, ¿no? No quiero que se engañe, sin embargo. A menudo me asalta la idea de no ser ya en modo alguno notable. Es divertido

proyectar una carrera y soñar con el éxito, pero lo más probable es que no resulte yo un ápice distinta de la persona común. Puedo terminar casándome con un empresario de pompas fúnebres y ser para él una inspiración en su trabajo.

*Siempre suya,
Judy*

19 de agosto

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

Desde mi ventana se disfruta el paisaje más hermoso que pueda usted imaginarse: ¡nada más que mar y rocas!

El verano se va. Paso las mañanas con el latín, el inglés y el álgebra, sin olvidar a mis dos estúpidas alumnas. No veo en absoluto cómo Mariana pueda entrar al colegio ni mantenerse allí si después de todo logra ingresar. En cuanto a Florencia, es desesperante, pero ¡tan bonita! Me imagino que, siendo tan preciosas, poco importa que sean tontas. Es inevitable, sin embargo, pensar en lo que se van a aburrir sus maridos con su charla, a menos que tengan la suerte de pescar maridos igualmente tontos. Lo cual es muy posible, ya que el mundo parece estar repleto de hombres tontos. Este verano he conocido a unos cuantos...

Por las tardes damos un paseo por los cerros y luego nadamos, cuando la marea es favorable. Ya sé nadar muy bien en agua salada. Como ve, estoy aprovechando lo que aprendí.

Recibí carta del señor Jervis Pendleton, desde París. Una carta breve y no muy amable. Todavía no me ha perdonado por no seguir su consejo. Si vuelve a tiempo de su viaje, dice que me verá unos días en Los Sauces antes de reanudar las clases en la universidad. Y si me porto muy bien y soy muy dulce y muy dócil, seré aceptada de nuevo como amiga.

También recibí carta de Sallie, que quiere que vaya al campamento por dos semanas en septiembre. ¿Tengo que pedirle permiso, Papaíto, o he llegado ya a un punto donde puedo hacer lo que me plazca? Estoy segura de que sí, puesto que ya soy sénior, no se olvide. Habiendo trabajado todo el verano, me siento con muchas ganas de gozar de alguna diversión saludable. Deseo mucho conocer los montes Adirondacks, deseo mucho ver a Sallie, deseo ver al hermano de Sallie —que me va a enseñar a andar en canoa— y (aquí llegamos a mi motivo principal, que es de una mezquindad despreciable): quiero que el niño Jervie llegue a Los Sauces y no me encuentre ahí esperándolo.

Tengo que demostrarle que no me puede mandonear. Nadie me puede mandar, Papaíto, excepto usted, y eso no siempre. Parto para los bosques de los Adirondacks.

Judy

**Campamento McBride
6 de septiembre**

Querido Papaíto:

Su carta no me llegó a tiempo (de lo cual me alegro). Si quiere que sus instrucciones sean obedecidas, tiene que hacer que su secretario las transmita dentro de dos semanas de tiempo. Como se dará cuenta, hace ya cinco días que estoy aquí.

Los bosques están divinos y también el campamento, y los McBride y el tiempo... ¡y todo el mundo! Soy muy feliz de estar aquí.

Ahí oigo a Jimmie que me llama para salir en canoa. ¡Adiós, Papaíto, siento mucho haberlo desobedecido! Pero ¿por qué diablos insiste usted tanto en que no disfrute yo la más mínima diversión? ¡Habiendo trabajado todo el verano, creo que me merezco dos semanas de esparcimiento! Es usted igualito al perro del hortelano.

Sin embargo, Papaíto, lo quiero pese a todos sus defectos.

Judy

3 de octubre

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

¡De vuelta en el colegio y hecha toda una senior! Además, directora del mensual. ¿No parece imposible que una persona ahora tan avanzada como yo fuera, hace apenas cuatro años, una pupila del asilo John Grier? ¡Se llega pronto en esta bendita tierra de América!

Hablando de otra cosa, ¿qué le parece la siguiente? Recibí, remitida desde Los Sauces, una notita del niño Jervie que había sido enviada allí. Me dice que lo siente mucho pero que le será imposible llegar a Los Sauces este otoño, pues ha aceptado una invitación de unos amigos para salir en yate con ellos. Espera que disfrute del campo y que lo pase muy bien este verano.

¡Y sabía muy bien que yo estaba con los McBride, pues Julia se lo había dicho! Los hombres deberían dejar las intrigas en manos de las mujeres, ya que a ellos les falta sutileza para mentir.

Julia trajo un baúl lleno de la ropa más arrebatadora que se pueda pedir. Un vestido de baile de satén Liberty arco iris que es una prenda digna de los ángeles del paraíso. ¡Y yo que creía que este año mis vestidos estaban muy bien! La señora Paterson me permitió que hiciera copiar todo su guardarropa por una modista barata, y aunque los trajes no salieron idénticos a los originales, yo estaba contentísima hasta que Julia abrió su baúl... ¡Ahora vivo para ver París! Estoy segura de que se alegra usted, Papaíto, de no ser una muchacha, y que piensa que es tonto todo el barullo que hacemos por la ropa. Quizá lo sea, pero no olvide que es por culpa de los hombres. ¿Se acuerda del cuento de aquel sabio profesor que despreciaba todos los adornos superfluos y propugnaba para las mujeres la ropa práctica y utilitaria? Su mujer, por complacerlo, adoptó la reforma de la vestimenta y... ¿qué le parece que hizo el sabio? Pues, se fugó con una corista.

*Siempre suya,
Judy*

P. D. La mucama de nuestro corredor usa delantales de algodón a cuadritos. Le voy a comprar unos de color liso y arrojaré los otros al fondo del lago. Me dan escalofríos cada vez que los miro.

17 de noviembre

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

Mi carrera literaria ha sufrido un contratiempo muy serio. Estuve titubeando entre contárselo o no, pero me gustaría que me compadezcan un poco. Sólo le pido que lo haga en silencio y se abstenga de reabrir la herida haciendo alusión a ello en su próxima carta.

He estado escribiendo un libro por las noches el invierno pasado, y también este verano en los ratos en que no tenía que enseñar latín a mis dos tontitas de alumnas. Ló terminé justo antes de volver al colegio y se lo envié a un editor. Como se lo guardó durante dos meses, yo ya estaba segura de que sería aceptado, Pero ayer llegó un paquete por correo (tuve que pagar treinta y cinco centavos de franqueo) ¡y ahí estaba mi novela, junto con una carta del editor! Una carta muy amable y paternal... ¡pero muy franca! Me dice que ve, por la dirección, que todavía estoy en el colegio y que, si se lo permito, me aconseja que me concentre en mis estudios y espere a terminar mi carrera antes de escribir. La carta vino acompañada de la opinión del lector de la editorial Hela aquí: "Argumento improbable en grado sumo. Exagerada caracterización. El diálogo, poco natural. Mucho humorismo, pero no siempre del mejor gusto. Dígame que siga ensayando, que algún día puede producir un libro de verdad".

No es muy halagador que digamos, ¿no? ¡Y yo que creía haber hecho un valioso aporte a la literatura norteamericana! De veras, Papaíto, me proponía sorprenderlo escribiendo un libro antes de recibirme. Me inspiré mientras estaba en casa de Julia, la Navidad pasada. Pero me parece que el editor tiene razón. Es posible que dos semanas sean insuficientes para observar las costumbres y el modo de ser de la gente de una gran ciudad.

Ayer a la tarde, cuando salí a caminar, me llevé el paquete en cuestión y, al pasar por la usina de gas, entré y pedí permiso al mecánico para utilizar la hornalla. Cortésmente, el hombre abrió la puertita y allí arrojé el manuscrito con mis propias manos. Me sentí como si hubiera cremado a mi único hijo.

Después me acosté, muy deprimida. Me parecía que nunca iba a servir para nada y que usted había gastado su dinero sin ningún resultado. Pero, créase o no, esta mañana me desperté con un precioso argumentó flamante en la cabeza y anduve todo el día proyectando mis personajes, tan contenta como es posible estarlo. ¡Nadie podrá acusarme nunca de ser pesimista! Creo que, si un día un terremoto me arrebatara a mi marido y seis hijos, me levantaría al día siguiente lista para comenzar una nueva colección.

*Afectuosamente,
Judy*

14 de diciembre

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

Anoche tuve un sueño rarísimo. Soñé que entraba en una librería y el empleado me traía un libro recién aparecido: Vida y cartas de Judy Abbott. Lo veía clarito en mi sueño:

tapa roja, con una figura del asilo John Grier en la sobrecubierta y, en el frontispicio, mi retrato con una dedicatoria al pie. Pero justo cuando llegaba al final y me ponía a leer la inscripción en mi lápida... ¡me desperté! ¡Qué fastidio! Justo cuando iba a enterarme de con quién me casaría y cuándo me daría por morirme.

¿No cree que sería interesante si pudiéramos leer la historia de nuestra vida escrita por un autor omnisciente? Suponga que dicho libro no pudiéramos leerlo sino a condición de no olvidar nunca lo leído, de modo de vivir toda nuestra vida sabiendo de antemano cómo sucederían las cosas. En semejantes condiciones, ¿cuántas personas cree usted que tendrían el coraje de leerlo? ¿O cuántas podrían vencer la curiosidad y no leerlo, incluso al precio de tener que vivir la vida sin esperanzas ni sorpresas?

Ya bastante monótona es la vida de por sí. ¡Hay que comer y dormir tan a menudo!... Pero imagínese usted cómo sería de mortal esa monotonía si entre comida y comida no pudiera sucedernos absolutamente nada inesperado.

Para salir de este filosófico estado de ánimo, le comunico que este año seguiré con la biología. Estamos estudiando el sistema digestivo. ¡Tendría que ver qué monada es el corte transversal de su duodeno visto en el microscopio! También hemos comenzado con la filosofía. Muy interesante, pero tan vaga... Prefiero la biología, ya que el asunto que se discute se deja sujetar con una pinza en un tablero de estudio.

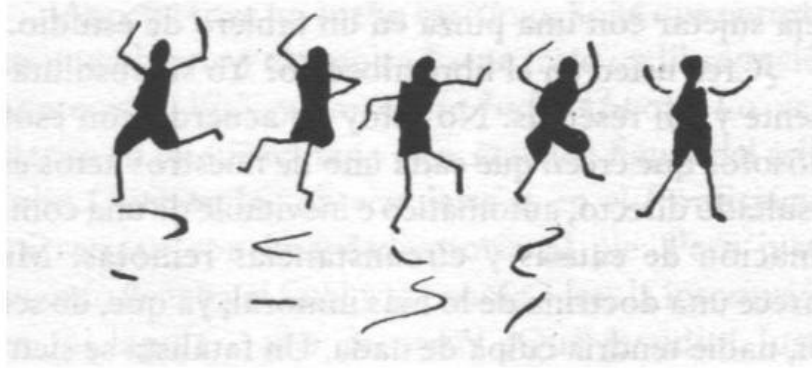
¿Cree usted en el libre albedrío? Yo sí, absolutamente y sin reservas. No estoy de acuerdo con esos filósofos que creen que cada uno de nuestros actos es resultado directo, automático e inevitable de una combinación de causas y circunstancias remotas. Me parece una doctrina de lo más inmoral, ya que, de ser así, nadie tendría culpa de nada. Un fatalista se sienta en una silla y dice: "Que se haga la voluntad del Señor" y sigue sentado sin poner nada de su parte.

Yo creo decididamente en mi libre albedrío y en mi poder de realizar cosas por mí misma. Creo que ésa es la única creencia capaz de mover montañas. No tiene más que ver cómo me estoy convirtiendo en una gran escritora. Ya tengo terminados cuatro capítulos de mi nuevo libro y cuatro más en borrador.

Esta carta está muy difícil de entender. ¿Le duele la cabeza, Papaíto? A mí, sí. Voy a terminar ahora y me iré a hacer unos caramelos de chocolate con las chicas, para variar de ocupación. Siento no poder enviarle un pedacito. Van a estar muy buenos, porque los haremos con crema de leche y mucha manteca.

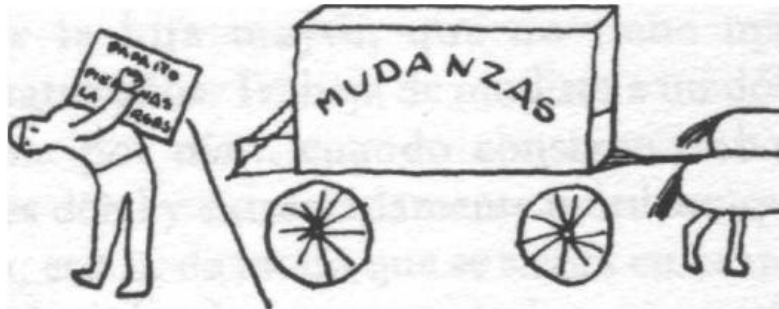
*Afectuosamente suya,
Judy*

P. D. Estamos aprendiendo bailes clásicos en la clase de gimnasia. Por el dibujo que acompaño podrá ver cómo nos parecemos a un verdadero ballet. La del extremo izquierdo, la que está haciendo esa graciosa pirueta, soy yo.



Queridísimo Papaíto-Piernas-Largas:

¿Ha perdido usted la cabeza? ¿No sabe que no se puede mandar a una sola chica diecisiete regalos de Navidad? No olvide que soy socialista. ¿Quiere acaso que me convierta en una plutócrata? Piense en lo incómodo que sería si un día nos peleáramos* ¡Tendría que alquilar un camión de mudanzas para devolverle sus regalos!



Me aflige pensar que la corbata que le mandé estuviera tan desapareja. Por la parte de adentro se habrá dado cuenta de que la tejí con mis propias manos. La va a tener que usar en días fríos y prender todos los botones del sobretodo, para que no se vea. ¡Gracias, Papaíto, mil veces gracias! Creo que es usted el hombre más dulce que ha existido nunca... ¡y el más loco!

Judy

P. D. Ahí va un trébol de cuatro hojas que encontré en el campamento McBride. Ojalá le traiga suerte para Año Nuevo.

9 de enero

¿Quiere hacer algo bueno, Papaíto, algo que le asegure la salvación eterna? Hay aquí una familia que está en situación muy crítica, diría desesperada. Un padre y una madre con cuatro hijos visibles (los dos mayores se han ido por el mundo a hacer fortuna y no han mandado nada de esa fortuna a sus padres). El padre trabajaba en una fábrica de vidrio y se

enfermó de tuberculosis (ya sabe que se trata de un trabajo muy malsano), y ahora está internado en un hospital. La enfermedad terminó con todos sus ahorros y el mantenimiento de la familia ha caído sobre los hombros de la hija mayor, que no tiene más que veinticuatro años. Trabaja de modista a un dólar con cincuenta por día.,, cuando consigue trabajo. La madre es débil y extremadamente inútil aunque muy piadosa, eso sí, de modo que se sienta en brazos cruzados como la viva imagen de la resignación y la paciencia mientras la hija se mata de trabajo, responsabilidad y preocupaciones, ya que la pobre no ve cómo han de pasar el próximo invierno. Y yo tampoco lo veo,.. Cien dólares les proporcionarían carbón para el invierno y zapatos para los chicos, dándoles un pequeño margen como para que la muchacha no se muera de angustia al ver que pasan los días sin que le sea posible conseguir trabajo.

Usted es el hombre más rico que conozco. ¿Le parece que podría disponer de esos cien dólares? Esa muchacha los necesita y merece una ayuda... mucho más que lo que yo necesité nunca. Le aseguro que no se lo pediría si no fuera por ella. No me importa mucho lo que pueda pasarle a la madre, que es tan poca cosa. Me pone fuera de mí el modo como cierta gente se la pasa levantando los ojos al cielo y diciendo: "Quizá sea todo para bien", cuando tienen la certeza de que no lo es. Creo que la humildad y la resignación no son más que inercia impotente. Por mi parte, estoy a favor de una religión más militante.

En filosofía nos dan lecciones terribles. Para mañana tenemos que estudiar todo Schopenhauer. El profesor parece no darse cuenta de que tenemos otras materias que estudiar. Es un tipo rarísimo: anda con la cabeza en las nubes y cuando toca tierra pestañea como azorado. El pobre trata de aligerar sus clases con algunos chistecitos. Hacemos lo posible por sonreír, pero le aseguro, Papaíto, que sus chistes no son asunto de risa. Todo el tiempo que le queda entre una clase y otra lo pasa tratando de entender si la materia existe o si sólo cree él que existe. Estoy segura de que a mi pequeña costurerita no le cabe la menor duda de que sí existe...

¿Dónde cree usted que está mi nueva novela? En el canasto de los papeles. Yo misma me doy cuenta de que no sirve para nada, y cuando un autor amante se da cuenta de eso, ¡no quiero ni pensar lo que sería el juicio de un público severo y crítico!

Más tarde

Le escribo, Papaíto, desde mi lecho de dolor. Estoy con amigdalitis desde hace dos días y no puedo tragar otra cosa que leche caliente, "¿En qué estaban pensando sus padres que no le hicieron sacar esas amígdalas cuando era chiquita?", preguntó el médico. En realidad, no tengo la más mínima idea de lo que estaban pensando, pero con seguridad que no pensaban en mí.

*Suya,
J.A.*

A la mañana siguiente

Acabo de releer esta carta antes de despacharla. No sé por qué profundizo tanto sobre la vida. Le aseguro, Papaíto, que soy joven y estoy llena de ánimo y felicidad. Espero que usted se sienta igual. La juventud no tiene nada que ver con los años cumplidos; de

modo, Papaíto, que aunque peine usted canas, si su espíritu está vivo, puede todavía ser un muchacho.

*Afectuosamente,
Judy*

12 de enero

Querido señor filántropo:

Ayer llegó su cheque para mi familia de protegidos necesitados. ¡Un millón de gracias! Resolví faltar al gimnasio y llevárselo en seguida después de almorzar.,. ¡Había que ver la cara de la chica!

De la sorpresa y alegría, casi parecía joven... ¡Y no tiene más que veinticuatro años! ¿No le parece lastimoso?

La pobre se siente ahora como si todas las cosas buenas hubieran ocurrido a la vez: tiene trabajo seguro para dos meses (alguien se casa y hay un ajuar de novia que hacer).

—¡Gracias sean dadas al Señor! —exclamó la madre cuando por fin entendió que aquel papelito equivalía a la suma de cien dólares.

—No fue el Señor, sino Papaíto-Piernas-Largas (el señor Smith fue el nombre con que lo llamé).

—Pero fue el Señor el que le dio la idea —me respondió.

—No, la idea se la di yo —le repliqué.

Sea como fuere, Papaíto, espero que el Señor le recompense adecuadamente. Merece usted diez mil años de exención del purgatorio.

*Suya, muy agradecida,
Judy Abbott*

Con el favor de Su más Graciosa Majestad:

Esta mañana desayuné con pavo frío y un pastel de ganso y me mandé servir una taza de té (bebida de la China) que nunca había probado hasta ahora.

No se ponga nervioso, Papaíto, no es que haya perdido la razón. Sólo estoy citando a Samuel Pepys, cuyo Diario leemos como ilustración a la clase de historia de Inglaterra y en nuestro estudio de las fuentes originales. Sallie, Julia y yo hablamos ahora en la lengua de 1660. Escuche esto, por favor:

"Me llegué hasta Charing Cross para ver ejecutar al mayor Harrison y luego presenciar cómo era descuartizado. El pobre estuvo tan alegre como se puede esperar en semejante circunstancia."

Y esto otro:

"Cené anoche con mi señora X..., que vestía elegante traje de luto por su hermano que murió anteayer de escarlatina."

Parece un poco prematuro para empezar a recibir, ¿no es cierto? A un amigo de Pepys se le ocurrió un método muy ingenioso para que el rey pudiera pagar sus deudas: vender a los pobres, a bajo precio, provisiones en mal estado de conservación. ¿Qué opina

usted de esto, señor Reformador? No creo que seamos en la actualidad tan malos como nos pintan los periódicos.

En cuanto a la ropa, Pepys se enloquecía por ella tanto como cualquier chica de quince años. Gastaba en su indumentaria cinco veces más que su mujer... Aquélla parece haber sido la Edad de Oro de los maridos. Vea usted este otro asiento de su Diario (no se puede negar que, por lo menos, decía la verdad desnuda y completa):

"Hoy me enviaron a casa mi nuevo gabán con botones dorados, que salió carísimo. ¡Ruego a Dios que me dé los medios para pagarlo!"

¿No le parece conmovedor?

Perdóneme por estar tan obsesionada con Pepys, pero es que estoy preparando un trabajo sobre él.

Hablando de otra cosa, la Asociación de Autogobierno del colegio ha abolido la reglamentación que obligaba a apagar todas las luces a las diez de la noche. Podemos tener luz encendida toda la noche, si queremos, con la única condición de no molestar a los demás ni de invitar a demasiadas amigas al cuarto. El resultado que se observa constituye un muy elocuente comentario sobre la condición humana: ahora que podemos quedarnos levantadas todo lo que deseemos, ya no lo deseamos. A las nueve empezamos a cabecear y a las nueve y media se nos cae la pluma de las manos. Ahora son las nueve y media... ¡Buenas noches, Papaíto!

Domingo

Acabo de volver de la iglesia. El predicador procedía hoy de Georgia. Nos dijo que debemos desarrollar nuestro intelecto a expensas de nuestras emociones. "Me pareció un sermón árido y estúpido" (y cito de nuevo a Pepys). Lo cierto es que siempre nos dan el mismo sermón, de cualquier parte de los Estados Unidos o del Canadá que venga el predicador y cualquiera sea la secta a que pertenezca.

Hace un día precioso y, no bien terminemos de almorzar, Sallie, Martha Pratt y Leonor Keane (amigas mías que usted no conoce) y yo iremos caminando hasta la granja Manantial de cristal, donde nos haremos preparar una riquísima comida de pollo frito y barquillos con miel. Después, el señor Manantial de Cristal nos traerá de regreso al colegio en el sulký. Los reglamentos dicen que debemos estar dentro de la universidad a las siete, pero, como excepción, estiraremos la hora un chiquitito... hasta las ocho-Adiós, bondadoso señor.

Tengo el honor de ser de usted su servidora más leal, respetuosa, fiel y obediente.

J. Abbott

Queridísimo señor Síndico:

Mañana es el primer miércoles del mes, día aciago para los miembros del asilo John Grier. ¡Qué alivio van a sentir cuando lleguen las cinco, les acaricien ustedes la cabeza y se manden a mudar a sus casas! Acláreme, por favor, una cosa que me preocupa: ¿me acarició usted alguna vez en la cabeza, Papaíto? Creo que no, porque mi recuerdo se refiere exclusivamente a síndicos gordos, pero igual quisiera estar segura. Déle usted de mi parte muchos cariños al asilo... Así como suena: ¡cariños! Eso es lo que siento ahora a través de la bruma de los años: ¡verdadero amor! Cuando vine a la universidad, estaba muy resentida por haber sido estafada de la niñez normal que habían tenido todas las demás chicas. Pero

ahora, a cuatro años de distancia, no pienso más así sino que tengo un verdadero sentimiento de ternura. Además, considero todo aquello como una aventura excepcional, que me da una especie de posición ventajosa desde la cual puedo mantenerme apartada para mirar la vida. Al aparecer en el mundo ya crecida, obtengo una perspectiva que les es imposible lograr a los demás, criados en ese mundo, al que pertenecen como partes integrantes.

Conozco a muchas chicas (Julia, por ejemplo) que no saben que son felices. Están tan acostumbradas a no carecer de nada, que se les embota la sensibilidad y no saben valorar semejante privilegio. ¡Yo, en cambio! Cada minuto de mi vida soy perfectamente consciente de ser feliz. Y seguiré siéndolo, sean cuantas fueren las cosas desagradables que puedan acontecerme. Yo las voy a considerar como experiencias interesantes. Hasta los dolores de muelas. Y me alegraré de haber probado cómo eran.

Sin embargo, Papaíto, no vaya a tomar demasiado al pie de la letra este cariño nuevo que siento por el A. J. G. Si llego a tener cinco hijos, como Rousseau, le aseguro que no los voy a dejar en ningún umbral de asilo para que los críen con sencillez.

Déle usted mis recuerdos amables (eso me parece lo justo, ya que "cariños" sería demasiado) a la señora Lippett y no se olvide de explicarle que se ha ido desarrollando en mí un hermoso carácter.

*Afectuosamente,
Judy*

Los Sauces, 4 de abril

Querido Papaíto:

¿Se fijó en la dirección? Es que Sallie y yo estamos embelleciendo Los Sauces con nuestra presencia durante las vacaciones de Pascua. Resolvimos que era lo mejor que podíamos hacer en nuestros diez días: venir a descansar a este lugar tranquilo. Teníamos los nervios destrozados a tal punto, que ya no nos era posible soportar una comida más en Fergusen. Comer en un salón con cuatrocientas chicas es una prueba dura cuando uno está agotado. Es tal el ruido, que no se puede oír ni a la chica que habla enfrente de uno, a menos que ahueque las manos como un megáfono. ¡Palabra de honor, Papaíto!

Aquí en Los Sauces, Sallie y yo vagabundeamos por las colinas y nos sentamos a leer o escribir y lo pasamos muy bien mientras descansamos del bullicio. Esta mañana nos trepamos al tope de la Colina del Cielo, donde el niño Jervie y yo cocinamos una noche. ¡Parece imposible que haga de eso ya dos años!

Todavía se ve el sitio ennegrecido de la roca donde hicimos fuego... Es gracioso cómo algunos sitios quedan asociados en nuestra mente con ciertas personas y no se puede volver a visitarlos sin pensar en ellas. Durante unos dos minutos, más o menos, me sentí completamente nostálgica del niño Jervie.

¿Y cuál cree usted que es mi última actividad, Papaíto? Va a decir que soy incorregible. ¡Estoy escribiendo un libro! Lo empecé hace tres semanas y lo estoy despachando con suma velocidad, pues ya he descubierto el secreto. El niño Jervie y el editor aquel tenían razón. Convince uno mucho más cuando escribe acerca de cosas que sabe. Y esta vez estoy escribiendo de algo que por cierto conozco no sólo bien sino en forma exhaustiva: el asilo John Grier. ¡Y está saliendo bueno, Papaíto, se lo aseguro! Todo

sobre las pequeñas cosas que sucedían allí a diario. Ahora me he dedicado al realismo, abandonando, por supuesto, el romanticismo. Pero se trata de un abandono temporario. Ya volveré a él cuando comience mi porvenir aventurero.

Verá que este nuevo libro se terminará y será publicado. Si uno desea algo con fervor y sigue empeñándose en lograrlo, al final lo consigue. Hace cuatro años que estoy tratando de conseguir que usted me escriba una carta y todavía no he renunciado a la esperanza.

Adiós, Papaíto querido.

*Afectuosamente,
Judy*

P. D. Me olvidaba las noticias de la granja, pero son muy tristes. Saltee esta posdata si no quiere destrozar su sensibilidad.

Murió el pobre Grover. Se puso tan viejo que no podía ya ni masticar y tuvieron que pegarle un tiro.

La semana pasada, una comadreja —o quizás una rata— mató a cinco pollos.

Una de las vacas está enferma y tuvimos que llamar al veterinario del pueblo, quien recetó aceite de linaza y whisky, Amasai se quedó levantado toda la noche para cuidarla y abrigamos serias sospechas de que la pobre vaca enferma no tomó nada más que aceite de linaza.

Ha desaparecido Tommy, el gato manchado, y sospechamos que cayó en una trampa.

Realmente, son muchas las aflicciones de este mundo.

17 de mayo

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

Ésta será muy breve porque me duele el hombro de sólo ver una pluma. Apuntes todo el día... Novela inmortal por la noche... Es de veras mucho escribir.

Faltan tres semanas para la fiesta de fin de año (esta vez con colación de grados). Creo que debería usted venir a conocerme en esta solemne ocasión y le aseguro que lo voy a odiar si no lo hace. Julia invitó al niño Jervie, ya que es de su familia; Sallie invitó a su hermano Jimmie, y... ¿a quién puedo invitar yo? Sólo a usted y a la señora Lippett. Y a ella no la quiero conmigo ese día* ¡Por favor, venga usted!

*Suya, con muchos cariños y sufriendo el "calambre de los escritores",
Judy*

Los Sauces, 19 de junio

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

Mi educación ha terminado. Tengo el diploma en el fondo del baúl, junto con mis dos mejores trajes (que aquí no me pondré nunca). La fiesta de fin de año fue como de costumbre, sin que faltase uno que otro chaparrón en los momentos cruciales. Muchas

gracias por sus pimpollos; eran preciosos. El niño Jervie y el "niño Jimmie" también me mandaron rosas, pero las dejé en la bañera y en el desfile de mi clase llevé las que usted me envió.

Y aquí estoy, en Los Sauces por todo el verano... Tal vez para siempre, ya que la pensión es barata y los alrededores tranquilos son propicios para la vida literaria. ¿Qué más puede desear un escritor incipiente que lucha por abrirse camino? Estoy loca con mi libro. Pienso en él todo el día y luego sueño con él toda la noche. Lo único que deseo en el mundo es paz y tranquilidad para trabajar, además de tiempo, naturalmente, y de comidas bien nutritivas.

El niño Jervie vendrá a pasar una semana en agosto y Jimmie también caerá por aquí en algún momento del verano. Se ha metido en una firma de bonos comerciales y recorre el país vendiendo acciones a los bancos. Piensa combinar la Convención de los Granjeros con Los Sauces en un mismo viaje, para ganar tiempo.

Como ve, no le faltará a Los Sauces su parte de sociabilidad. Lo natural sería esperar que viniera usted también cuando anduviera en sus correrías por el país en auto... Pero ya sé que no debo abrigar esperanzas. Ya que fue usted capaz de faltar a mi colación de grados, lo he arrancado de mi corazón y lo enterré para siempre.

Licenciada Judy Abbott

24 de julio

Queridísimo Papaíto-Piernas-Largas:

¿No es cierto que es muy divertido trabajar? O quizá no lo haya hecho usted nunca y no sepa. Y es más divertido aún, claro, cuando ese trabajo es precisamente aquello que usted prefiere hacer en el mundo. Me he pasado el verano escribiendo, con toda la rapidez con que me llevaba la pluma, y lo único que tengo que reprocharle a la vida es que el día no sea bastante largo como para que me alcance para escribir todos los pensamientos bellos, valiosos y entretenidos que se me ocurren.

Ayer terminé el segundo borrador y mañana a las siete y media voy a empezar el tercero. Es el libro más precioso que haya visto. De veras, Papaíto, me es imposible pensar en otra cosa. Apenas si puedo contener mi impaciencia por las mañanas, mientras me visto y me desayuno para comenzar. Y entonces me pongo a trabajar y escribo, escribo y escribo, hasta que de pronto estoy tan cansada que me siento languidecer. Salgo entonces a corretear por el campo, acompañada de Colín (el nuevo perro ovejero) y voy juntando nuevas ideas para el trabajo del día siguiente. Es el libro más hermoso que usted haya visto.* ¡Oh, perdón, me parece que eso ya se lo dije antes! ¿Verdad que no me cree usted vanidosa, Papaíto?

En realidad no lo soy, sólo que estoy ahora en la etapa del entusiasmo. Después tal vez me ataque el espíritu crítico y me ponga difícil y despreciativa. Aunque, en realidad, no lo creo. ¡Esta vez he escrito un libro verdadero! Espere hasta que pueda leerlo.

Por espacio de un minuto voy a tratar de hablar de otra cosa. Creo que nunca le conté que en el mes de mayo pasado se casaron Amasai y Carrie. Siguen ambos trabajando aquí y, por lo que puede verse, el matrimonio los ha echado a perder por completo. Antes Carrie se reía cuando él ensuciaba los pisos con sus botas llenas de barro o cuando tiraba cenizas en el suelo. Pero ahora... ¡tendría que oírla protestar! Y ya no se riza más el pelo...

En cuanto a Amasai, solía ser muy comedido y cortés cuando se trataba de sacudir alfombras o de alcanzar leña. Ahora gruñe en cuanto se le sugiere algo semejante. Antes se ponía corbatas rojas o violetas; ahora todas son de color oscuro... He resuelto no casarme nunca, pues encuentro que el matrimonio es un proceso que produce gran deterioro en el ser humano.

No tengo muchas noticias de la granja. Los animales gozan todos de perfecta salud. Los cerdos están más gordos que nunca, las vacas parecen contentas y las gallinas ponen muy bien. ¿Le interesa la cría de gallinas? En ese caso, permítame recomendarle una pequeña obrita de valor incalculable: Doscientos huevos por gallina, por año. Pienso comprar una incubadora la primavera próxima y empezar a criar parrilleros. Como ve, estoy definitivamente instalada en Los Sauces. Decidí quedarme aquí hasta que escriba ciento catorce novelas como aquel escritor francés cuyo nombre ahora no recuerdo. Sólo entonces habré terminado el trabajo de mi vida y podré jubilarme... ¡y viajar! El señor James McBride pasó con nosotros el domingo último. Comimos pollo frito y helados y ambas cosas parecieron gustarle muchísimo. Tuve verdadero gusto en verlo y me recordó que el mundo existe fuera de Los Sauces. Al pobre Jimmie parece no irle muy bien con la venta de bonos. La Convención de Granjeros no quiso saber nada, pese a que pagan el seis por ciento de interés y en ocasiones hasta siete. Creo que acabará por regresar a Worcester y trabajar en la fábrica del padre. Es demasiado confiado, generoso y franco para llegar a ser nunca un financista de éxito. Pero ser gerente de una próspera fábrica de overoles no es ninguna posición despreciable, ¿no? Por ahora, él frunce la nariz cuando se los nombran, pero yo creo que al final tendrá que ir a parar a ellos.

Espero que valore usted debidamente el mérito que significa recibir una larga carta de una persona que sufre el típico calambre de los escritores. Pero es que lo quiero mucho, Papaíto, y soy muy feliz aquí gracias a usted; no crea que lo olvido. Rodeada de paisajes hermosos, con comida en abundancia, una como4ísima cama de cuatro pilares, una resma de papel en blanco y medio litro de tinta,.. ¿qué más se puede ambicionar en el mundo?

*Suya, como siempre,
Judy*

27 de agosto

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

Me pregunto dónde está usted en este momento.

Nunca puedo ubicarlo en el mundo en un momento determinado, pero tengo esperanzas de que no esté en Nueva York con estos calores espantosos. Espero que se encuentre en la cima de una montaña (aunque no en Suiza sino en algún lugar más cercano), mirando la nieve y pensando en mí. Me siento muy sola, Papaíto, y necesito que alguien piense en mi humilde persona. ¡Ojalá nos conociéramos! Así, cuando uno de los dos se sintiera desdichado, el otro podría consolarlo y devolverle la alegría.

Me parece que no voy a aguantar mucho tiempo más en Los Sauces. Ya estoy pensando en mudarme. Sallie piensa hacer obra social en Boston en invierno próximo. ¿No le parece que sería fantástico que yo fuera con ella y alquiláramos juntas un departamento? Yo podría escribir mientras Sallie "socializa", y tendríamos la noche para estar juntas. Las

noches son muy largas cuando no hay nadie con quien conversar salvo la señora Semple, Carrie y Amasai. Sé de antemano que no le va a gustar nada la idea del departamentito y, desde ya, veo la nota que me va a enviar su secretario:

"Señorita Jerusha Abbott "Muy señora mía:

"El señor Smith prefiere que permanezca usted en Los Sauces.

"De usted, sinceramente, Elmer H. Griggs."

Odio a su secretario. Tengo la seguridad de que un hombre llamado Elmer H. Griggs tiene que ser horrendo.

Sinceramente, Papaíto, creo que tendré que irme a Boston. No me puedo quedar más aquí. Si no pasa algo pronto, soy capaz de arrojarme al pozo del silo de puro desesperada.

¡Y hace un calor! El pasto se ha quemado todo, los arroyos están completamente secos y los caminos son una polvareda total. Hace muchas semanas que no llueve.

Esta carta da la sensación de que yo padeciera de hidrofobia, pero no es eso lo que me pasa, sino que necesito... una familia.

Adiós, Papaíto querido. Ojalá lo conociera.

Judy

Los Sauces, 19 de septiembre

Querido Papaíto:

Ha pasado algo y necesito su consejo. Y necesito que ese consejo me lo dé usted y nadie más que usted.

Es mucho más fácil hablar que escribir. Además, siempre creo que su secretario lee mis cartas.

Judy

P. D. Soy muy desgraciada.

Los Sauces, 3 de octubre

Querido Papaíto-Piernas-Largas:

Esta mañana me llegó su notita, escrita por su propia mano (y una mano bastante temblorosa). ¡Cuánto siento que haya estado enfermo! De haberlo sabido, no lo habría molestado con mis asuntos privados. Sí, naturalmente que le contaré de qué se trata. Pero es un asunto complicado... y muy reservado. Por favor, no conserve usted esta carta. ¡Quémela!

Antes de empezar, aquí va un cheque de mil dólares. Parece raro que yo le envíe dinero a usted, ¿verdad? ¿De dónde cree que he sacado esa suma? Pues he vendido mi libro, Papaíto. Lo van a publicar en una serie de siete partes y luego, en forma de libro. Usted creará que estoy loca de alegría, pero no es así. El asunto me ha dejado completamente apática. De lo que realmente me alegro es de poder empezar a pagarle.

Todavía le debo como otros dos mil... Ya llegarán, a plazos. Por favor, no se ponga pesado y no trate de rehusarlos, porque me hace muy feliz devolverle esos importes. En realidad le debo mucho más que dinero, y eso seguiré pagándoselo toda mi vida con gratitud y cariño.

Y ahora, Papaíto... al otro asunto. Por favor, déme usted el consejo que crea más eficaz, le parezca o no que me vaya a gustar.

Usted sabe muy bien que siempre tuve un sentimiento muy especial para con usted, ya que representaba para mí toda mi familia, pero... ¿verdad que no le va a importar si le digo que tengo un sentimiento mucho más especial para con otro hombre? No le dará mucho trabajo adivinar de quién se trata. Me parece que hace bastante tiempo que mis cartas están llenas del niño Jervie.

Ojalá pudiera hacerle comprender a usted cómo es, y lo buen compañero que es para mí. Pensamos igual sobre casi todas las cosas... Aunque sospecho que yo tengo tendencia a rehacer mis ideas para que concuerden con las suyas. Pero es que siempre tiene razón en lo que piensa, y así corresponde que sea, ya que me lleva catorce años de ventaja. En ciertas cosas, sin embargo, no es más que un muchachote grande y necesita que lo cuiden. No tiene la menor precaución respecto de su salud, por ejemplo, y siempre hay que estar recomendándole que se ponga las galochas cuando llueve... En cuanto al sentido del humor, coincidimos de un modo asombroso. Siempre nos parecen graciosas exactamente las mismas cosas. ¡Y eso tiene tanta importancia en la vida! Es horrible cuando dos personas discrepan en su sentido humorístico. No creo que sea posible salvar semejante abismo entre dos seres.

Además, es... Bueno, es sólo él; con eso queda todo dicho, y lo extraño como loca. Mucho más de lo que puedo expresarle. Parece como si todo el mundo estuviera vacío y doliente. Odio la luz de la luna porque él no está conmigo para que la admiremos juntos. Tal vez no necesito explicarle nada, ya que probablemente usted también ha estado enamorado alguna vez y sabrá todo lo que uno siente. Si es así, no necesito explicárselo. Si nunca estuvo enamorado, de nada vale que se lo explique.

Así son en verdad las cosas. Y sin embargo, me negué a casarme con él.

No le quise decir por qué me negaba. Sólo me quedé sentada y muda, sintiéndome muy desdichada, y él se marchó creyendo que me quiero casar con Jimmie McBride, cosa que jamás se me ocurriría. Jimmie ni siquiera terminó de crecer... Después, el niño Jervie y yo nos hundimos en un mar de desentendidos, lastimándonos recíprocamente los sentimientos más hondos. A usted sí puedo decirle por qué lo rechacé: no por no quererlo bastante, sino por quererlo demasiado. Tuve miedo de que más adelante fuera a lamentarlo... y eso no lo podría soportar. No me pareció bien que una persona con mi falta de antecedentes familiares se una a una familia como la suya, ¡que tiene tantos! Nunca le dije nada a él acerca del asilo de huérfanos y me pareció detestable tener que explicarle que ni siquiera sé quién soy. Mi origen puede ser espantoso, y su familia tiene mucho orgullo. Sin contar con que el mío es también muy considerable.

Otro inconveniente es que me siento en cierto modo atada a usted. Después de haberme educado para que sea escritora, lo menos que puedo hacer es tratar de serlo; no sería justo haber aceptado la educación que usted me brindó y luego mandarme a mudar sin utilizarla. Por más que, ahora que empecé a estar en condiciones de devolverle ese dinero invertido, me siento como si ya hubiera pagado en parte esa deuda. Además, supongo que podría continuar escribiendo si me casara... Las dos profesiones no son forzosamente excluyentes.

Me vuelvo loca pensando en estas cosas. Es cierto que él es socialista y tiene ideas poco convencionales; es posible que no le importe tanto como a otros hombres casarse con un miembro del proletariado. Quizá cuando dos personas están en perfecto acuerdo, siempre felices cuando se encuentran juntos y tristes cuando se separan, no deberían dejar que nada en el mundo pudiera apartarlos. Por supuesto, eso es lo que yo quiero creer. ¿Pero es correcto este pensamiento? Todas estas ideas encontradas me están trastornando. Por eso deseo su opinión desapasionada. Es lo más probable que usted pertenezca a una familia igual a la de él y va a saber mirar este asunto desde un punto de vista mundano y no solamente desde el ángulo humano y de ía comprensión de los sentimientos ajenos. En realidad, soy muy valiente al exponerle a usted el asunto para que lo solucione, siendo que puede resolverlo en mi contra.

Supongamos que voy y le explico que la dificultad no es en modo alguno Jimmie, sino el asilo John Grier. ¿Le parece que eso estaría bien o no? Sé que se necesitaría para ello mucho coraje... Tanto, que casi preferiría seguir siendo desdichada por el resto de mi vida.

Hace ya dos meses que sucedió todo esto. Y no he vuelto a recibir una sola palabra después de que él estuvo aquí. Ya me estaba aclimatando a vivir con el corazón destrozado, cuando una carta de Julia vino a desbaratar de nuevo todo mi estoicismo. Me dice, como al pasar, que a "tío Jervis" lo sorprendió una tormenta mientras cazaba en el Canadá y que se quedó afuera toda la noche, pescándose una pulmonía que todavía lo tiene mal. ¡Y yo sin saberlo! ¡Sintiéndome resentida con él por haberse esfumado así, sin una palabra! Estoy segura de que sufre y se siente desdichado. Por mi parte, estoy segura de que yo también lo estoy.

¿Que cree usted que es lo mejor que debo y puedo hacer?

Judy

6 de octubre

Queridísimo Papaíto-Piernas-Largas:

Naturalmente que iré a verlo: a las cuatro y media del próximo miércoles. ¡Claro que no me voy a perder! Estuve tres veces en Nueva York y no soy precisamente una nena.

No puedo convencerme de que realmente lo voy a conocer. Hace tanto tiempo que lo imagino, que ya me parece imposible que sea usted una persona concreta, de carne y hueso. Es usted muy bueno, Papaíto, de tomarse tanto trabajo por mí cuando no se siente muy bien. ¡Mucho cuidado con tomar frío! Estas lluvias de otoño suelen ser muy dañinas.

Afectuosamente,

Judy

P. D. Acaba de asaltarme una idea horrible. ¿Tiene usted mayordomo? Siempre les tuve mucho miedo a los mayordomos, y si uno de esos señores me abre la puerta de su casa, sé que me voy a desmayar en el umbral. ¿Qué le voy a decir? ¿Tengo que preguntarle por el señor Smith?

Mi muy queridísimo niño Jervie-Papaíto-Piernas-Largas-Pendleton Smith:

¿Dormiste bien anoche? Yo no pude pegar un ojo. Estaba demasiado atónita, demasiado confundida, demasiado emocionada y demasiado feliz; tengo la sensación de que ya no volveré a dormir nunca más, ni a comer tampoco. Pero tú debes dormir, queridísimo. Es preciso que te pongas fuerte lo más pronto posible para venir a reunirme conmigo. Mi hombre querido, no puedo soportar la idea de lo enfermo que has estado y yo sin enterarme. Cuando el doctor me acompañó ayer hasta el coche, me dijo que durante tres días te habían desahuciado. ¡Dios mío!... Si no te hubiera recobrado, la luz habría desaparecido para mí. Me imagino que algún día, en un futuro muy lejano, uno de los dos deberá dejar al otro; pero por lo menos entonces habremos disfrutado ya de nuestra felicidad y nos quedarán los recuerdos para seguir viviendo.

Mi intención era levantarte el ánimo, pero resulta que soy yo la que necesita que me reanimen. Porque, a pesar de lo feliz que me siento, en cierto sentido también estoy más sosegada y más seria. El temor de que pueda llegar a sucederte algo malo echa una sombra sobre mi alegría. Antes podía ser frívola, despreocupada e indiferente, porque no tenía nada precioso que perder. En cambio ahora... Ahora me acosará siempre La Gran Preocupación, por todo el resto de mi vida.

En cuanto te apartes de mí un segundo estaré pensando en todos los automóviles que pueden pisarte, en todos los letreros que te pueden caer en la cabeza y en todos los microbios que puedes tragarte. Mi paz espiritual ha desaparecido para siempre. Pero lo cierto es que nunca me importó demasiado tener paz.

Por favor, mejórate pronto, pronto, pronto... Quiero tenerte lo antes posible cerca de mí para tocarte y convencerme de que eres palpable y concreto. Fue tan breve la media horita que pasamos juntos, que a veces pienso si no la habré soñado. Si yo fuese un miembro de tu familia, algo así como una prima lejana en cuarto o quinto grado, podría con toda propiedad ir a visitarte todos los días y leerte en voz alta y acomodarte las almohadas y alisarte esas dos arruguitas de la frente y hacerte sonreír... con tu linda y alegre sonrisa.

Aunque creo que ahora estás alegre de nuevo, ¿no? Ayer lo estabas, antes de que yo me fuera. El doctor dijo que debía ser buena enfermera, ya que tú parecías diez años más joven. Espero que estar enamorado no le quite a todo el mundo diez años de encima... ¿Me querrías lo mismo, querido, si resultara que no tengo más que once años?

Ayer fue el día más maravilloso desde que el mundo es mundo. Aunque llegue a los noventa años, no olvidaré ni el detalle más insignificante. La muchacha que salió de Los Sauces a la madrugada era una persona muy distinta de la que regresó por la noche.

La señora Semple me había llamado a las cuatro y media de la mañana. Comencé a vestirme a oscuras sin poder dejar de pensar: "¡Voy a conocer a Papaíto-Piernas-Largas!". Me desayuné en la cocina a la luz de una vela y luego hice diez kilómetros hasta la estación en el sulky, con un paisaje bellissimo de colores otoñales.

A mitad de camino salió el sol y tanto los arces como los cornejos tomaron tonalidades rojas y anaranjadas, mientras las paredes y rocas brillaban con la helada. El aire estaba fresco y penetrante, muy promisorio. Yo sabía que en el curso del día iba a suceder algo importante. Mientras avanzaba en el tren, el ruido de los rieles parecía repetirme: "Vas a conocer a tu Papaíto-Piernas-Largas". Me hacía sentir segura, tanta fe tenía en la habilidad de Papaíto para arreglar las cosas. Y sabía que, en otra parte, otro hombre más

querido aún que Papaíto, también quería verme y presentía que antes de que aquel viaje terminara lo iba a ver a él también... Y ya ves cómo así fue, exactamente.

Cuando llegué a la casa de la avenida Madison me pareció tan grande, oscura e imponente, que no me atrevía a entrar, de modo que di la vuelta a la manzana para cobrar valor. Pero no tenía por qué tener miedo. Tu mayordomo es un viejo tan paternal y encantador que me puso cómoda en seguida.

—¿Usted es la señorita Abbott? —me preguntó.

—Sí —le dije, sin tener que mencionar para nada al señor Smith. Me hizo esperar en la sala, que me pareció grande y sombría, como cuarto típicamente masculino, aunque magnífica. Sentada en el borde de un gran sillón, no podía pensar más que:

"¡Voy a conocer a Papaíto-Piernas-Largas!... ¡Voy a conocer a Papaíto-Piernas-Largas!..."

Después, volvió el sirviente y me pidió que pasara a la biblioteca. Estaba tan emocionada, que parecía como si los pies no quisieran llevarme. Al llegar a la puerta, se volvió y me dijo por lo bajo:

—Ha estado muy enfermo, señorita, y hoy es el primer día que le permiten sentarse fuera de la cama... ¿Verdad que no se quedará usted mucho para no excitarlo?

Por el modo como me dijo esas palabras comprendí que te quiere mucho y me pareció un tesoro de viejo.

Luego golpeó a la puerta y anunció:

—La señorita Abbott. —Y al entrar yo, él cerró la puerta tras de mí.

La luz era tan tenue, comparada con la del hall iluminado, que apenas si pude distinguir nada en el primer momento; por fin, vi un gran sillón frente al fuego y una mesa de té, brillante de platería, con una sillita al lado. Y me di cuenta de que en el sillón había un hombre recostado en varios almohadones y con una manta sobre las rodillas. Antes de que pudiera impedírselo, el hombre se levantó, algo tembloroso, y trató de serenarse apoyándose en el respaldo del sillón. Me miró sin decir una palabra. Y entonces... sólo entonces, ¡me di cuenta de que eras tú! Aún así, no podía entender. Llegué a creer que Papaíto te había llevado allí para sorprenderme...

En ese momento te echaste a reír y extendiste la mano, diciendo;

—Mi pequeña Judy, ¿no pudiste adivinar que tu Papaíto-Piernas-Largas era yo?

En un instante me iluminé, pero, por Dios, ¡qué tonta he sido! Mil cosas pudieron habérmelo indicado si hubiera tenido la cabeza bien puesta. No sería yo buena detective, ¿eh Papaíto?... Jervie... ¿Cómo tengo que llamarte? Jervie a secas parece irrespetuoso y no puedo ser irrespetuosa con mi Papaíto...

Fue una media hora deliciosa la que pasamos, hasta que vino tu médico y me echó. Cuando llegué a la estación, estaba tan aturdida que casi tomo el tren para St. Louis... Tú también estabas ofuscado, tanto, que te olvidaste de convidarme siquiera con un té. Pero fuimos muy felices, ¿verdad?

El viaje de regreso a Los Sauces fue con noche cerrada, pero ¡cómo brillaban las estrellas! Y esta mañana anduve visitando con Colín todos los lugares donde estuvimos juntos y recordando las cosas que dijiste y qué aspecto tenías cada vez. Los bosques están hoy de color bronce y en el aire se siente el frío de la helada. Hace tiempo bueno para trepar y ¡ojalá estuvieras aquí para subir conmigo por las colinas! Te extraño espantosamente, Jervie querido, pero es una nostalgia feliz; pronto estaremos juntos y ahora sí que nos pertenecemos sin duda alguna; nada de juegos de "hacer creer". Parece raro que yo pertenezca por fin a alguien, ¿no? Pero es una sensación muy,



muy dulce. Y no dejaré que lo lamente un solo instante.

*Tuya para siempre,
Judy*

P. D. Ésta es la primera carta de amor que escribo en mi vida. ¿No es una maravilla que haya sabido cómo hacerlo?

JEAN WEBSTER

Jean Webster, cuyo verdadero nombre era Alice Jane Chandler Webster; nació en 1876 en Fredonia (Nueva York), EE.UU. En su familia ya existían importantes lazos con la literatura, pues era sobrina nieta del escritor Mark Twain, y además su padre era editor. Se licenció en Lengua Inglesa y Ciencias Económicas, y al finalizar sus estudios colaboró como escritora en diversas revistas.

En su época de estudiante, había quedado muy impresionada durante sus visitas a instituciones para carenciados y delincuentes, y varios de sus libros se verían influenciados por esta temática. En 1903 publicó su primer libro, *When Patty Went to College*, inspirado en sus propias experiencias escolares.

De la lectura de *Papaíto-Piernas-Largas* (1912), y su continuación *Mi querido enemigo* (1914), se desprende el convencimiento de que los chicos con falta de recursos o privilegios también pueden tener éxito en la vida, si se les brinda una oportunidad. Este es el mensaje realista y esperanzado de una autora que se caracterizó por una disciplina literaria diligente y práctica.

En *Papaíto-Piernas-Largas* nos encontramos con una huérfana que despierta el interés de un protector; y recibe así la ansiada educación a la cual nunca hubiera tenido opción. La autora se habría basado en la vida de su íntima amiga y compañera de clase, Adelaide Crapsey, para elaborar esta obra inmortal que fue escenificada en el teatro, traducida en todo el mundo e inmortalizada en el cine por Mary Pickford en 1918.

Jean Webster se casó en 1915 y murió en 1916, a los cuarenta años, al dar a luz a una niña.

